

La Gandhi

ARGENTINA

KLEIN
PÉREZ
URIARTE
FOGWILL
LAISECA
ABBATE
CHITARRONI
SAAVEDRA
EHRENHAUS
SCHIAVI
DEL MÁRMOL
JELINEK
PIRO
BOBBIO
MARIASCH
YOSHIMOTO
BONAPARTE
MORENO
LUDMER
SARDÁ
HERNANDO
GOLDSTEIN
RAPISARDI
DIVINSKY
LIBERTELLA
CANGI

EL ABORTO
COMO
DERECHO
HUMANO

MINORÍAS

LESBIANAS
a la vista

TRAVESTIS
SENSIBLES DE PALERMO

Mujeres
en movimiento

JOSEFINA
LUDMER Y LAS
MUJERES QUE
MATAN

LAURA BONAPARTE:
LA MEMORIA Y LA CARNE

OBJECIONES AL CHE

LEOPOLDO MARECHAL OBRAS COMPLETAS



TOMO I. LA POESÍA
Días como flechas, Heptamerón
y otros
{550 pág. \$ 30.-}



TOMO III. LAS NOVELAS
Adán Buenosayres
Adán de Adán Buenosayres
{698 pág. \$35.-}



TOMO IV. LAS NOVELAS
El banquete de Severo Arcángelo
Megafón, o la guerra
{696 pág. \$35.-}

De próxima aparición:

**TOMO II. EL TEATRO
Y LOS ENSAYOS**

HÉCTOR TIZÓN OBRAS ESCOGIDAS



**TOMO I. CUENTOS
Y NOVELAS**
cuentos: Cuentos escogidos
novelas: Fuego en Casabindo
El cantar del profeta y el bandido
{560 pp. \$30.-}



TOMO II. NOVELAS
Sota de bastos, caballo de espadas
La casa y el viento
El hombre que llegó a un pueblo
Luz de las crueles provincias
{668 pp. \$35.-}

PERFIL LIBROS



EDITORIAL.....	3
EL LIBRO QUE VENDRÁ	
El aborto como derecho humano: una defensa imposible. Fornicar y matar. (El aborto en cuestión) de Laura Klein.....	4/5/6
RECIENVENIDO	
Un año sin amor. (Diario del sida) de Pablo Pérez.....	8/9
STOCK	
Objeciones al Che por Claudio Uriarte.....	10/11
Sorias & fractales por Fogwill.....	12
Sobre Los Soria de Alberto Laiseca.....	12
Reminiscencia de un crimen por Florencia Abbate. Sobre El carapálida de Luis Chitarroni.....	13
El tartajeo competente por Guillermo Saavedra. Sobre Monogatari de Andrés Ehrenhaus.....	14
Hay que subir arriba por Daniel Schiavi.....	14
De la naturaleza al odio por Luis del Mármol. Sobre Los excluidos y La pianista de Elfriede Jelinek.....	15
Bobbio en vida salvaje por Guillermo Piro. Sobre De Senectute de Norberto Bobbio.....	16
¿Existe la banalidad? por Marina Mariasch. Sobre Kitchen, Lizard y N. P. de Banana Yoshimoto.....	17
MILITANCIAS	
La memoria y la carne por Laura Bonaparte.....	18/19
Lohana líder por María Moreno.....	20/21
DISCO RÍGIDO	
Mujeres que matan por Josefina Ludmer.....	22/23/24/25
MACEDONIA	
No soy un bombero pero tampoco ando con puntillas de Alejandra Sardá y Silvana Hernando.....	26/27
LA VUELTA AL MUNDO	
¡La guerra cultural terminó! por Richard Goldstein.....	28/29/30
Con un solo ojo.....	31
Crítica y diferencia: sobre las políticas queer de emancipación por Flavio Rapisardi	32/33
EDITOR EN JEFE	
Daniel Divinsky: made in Argentina.....	34/35
ENTRE NOS	
Héctor Libertella: Jaculatorias o el arte de lanzar dardos por Adrián Cangi.....	36/37

EDITOR: Elvio Vitali.

DIRECTORA PERIODÍSTICA: María Moreno.

DISEÑADORA GRÁFICA: Andrea Max. Tel:(15) 434-3889.

CORRECTORA: Andrea Gutiérrez.

PELÍCULAS: eMe gráfica. Defensa 441 2ºA Tel: 342-4355.

PUBLICIDAD: Analía Monner Sans.

IMPRENTA: A.B.R.N. Producciones Gráficas.

LA GANDHI REAPARECE, AUNQUE NO HABÍA DESAPARECIDO. SIMPLEMENTE, REUNIR ALGUNOS TEXTOS SOBRE UNA TEMÁTICA QUE DESPUNTA -LA DE LAS MINORÍAS- LLÉVÓ EL TIEMPO PROLONGADO ACORDE CON LA INCIPIENTE PERO NADA PROLIFERANTE VISIBILIDAD DE LOS FENÓMENOS QUE INTENTABA REGISTRAR.

EN PRINCIPIO UNA CITA, A MODO DE FETICHE: «SOY COMO UN NEGRO EN UNA SOCIEDAD RACISTA QUE HA QUERIDO ADORNARSE CON UN ESPÍRITU TOLERANTE. SOY UN «TOLERADO». LA TOLERANCIA ES SÓLO Y SIEMPRE PURAMENTE NOMINAL. NO CONOZCO UN SOLO EJEMPLO O UN SOLO CASO DE TOLERANCIA REAL. Y ESTO PORQUE UNA «TOLERANCIA REAL» SERÍA UNA CONTRADICCIÓN EN SUS PROPIOS TÉRMINOS. EL HECHO DE «TOLERAR» A ALGUIEN ES LO MISMO QUE «CONDENARLO». LA TOLERANCIA ES INCLUSO UNA FORMA MÁS REFINADA DE CONDENAR. EN REALIDAD AL «TOLERADO» -DIGAMOS QUE AL NEGRO QUE HABÍAMOS TOMADO COMO EJEMPLO- SE LE DICE QUE HAGA LO QUE QUIERA, QUE TIENE TODO EL DERECHO DEL MUNDO A SEGUIR SU PROPIA NATURALEZA, QUE SU PERTENENCIA A UNA MINORÍA NO SIGNIFICA PARA NADA INFERIORIDAD, ETC., PERO SU «DIVERSIDAD» -O MEJOR, SU «CULPA DE SER DIFERENTE»- SIGUE SIENDO LA MISMA TANTO ANTE QUIEN HA DECIDIDO TOLERARLA COMO ANTE QUIEN HA DECIDIDO CONDENARLA. NINGUNA MAYORÍA PODRÍA ELIMINAR JAMÁS DE SU CONCIENCIA EL SENTIMIENTO DE LA «DIVERSIDAD» DE LAS MINORÍAS». ESTA CITA DE PASOLINI RECOGIDA POR ARTURO CARRERA Y TERESA ARIÓN PARA ENCABEZAR UN LIBRO SOBRE LA MINORÍA DE LOS POETAS ES CRUDA PERO VERISTA. PASOLINI, ASESINADO POR UN *RAGAZZO DE VITA*, NO LLEGÓ A CONOCER LA EXPLOSIÓN DE CULTURAS MINORITARIAS QUE EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS AGITÓ SUS COLORES -ASTUTAMENTE EXPLOTADOS POR BENETTON- SOBRE TODO EN LOS CLAUSTROS NORTEAMERICANOS. LAS MINORÍAS NUNCA PODRÍAN TRADUCIRSE EN UNA INFERIORIDAD NUMÉRICA SINO MÁS BIEN COMO MAYORÍAS SILENCIOSAS QUE AL POLITIZARSE CONVIERTEN EL GUETO EN TERRITORIO Y EL ESTIGMA EN ORGULLO -GAY, ÉTNICO, DE GÉNERO- («SOMOS TODOS JUDÍOS ALEMANES» SE DECÍA EN MAYO DEL 68).

ALGUNOS PENSADORES DEL PRIMER MUNDO, COMO ALAIN TOURAINE, ESTÁN PREOCUPADOS PORQUE VEN EN LA EMERGENCIA DE LAS MINORÍAS LA FUENTE DE NACIONALISMOS AUTORITARIOS Y A LAS POLÍTICAS DE IDENTIDAD COMO AMENAZANTES PARA LA DEMOCRACIA. CON MALA FE, TOURAINE DESCONOCE QUE ESAS OBJECIONES YA HAN SIDO REALIZADAS DESDE LAS MISMAS MINORÍAS A QUIENES ÉL REDUCE A SUS EXPRESIONES «POLÍTICAMENTE CORRECTAS». Y, YA SE SABE, LO POLÍTICAMENTE CORRECTO ES UN PROTOCOLO EXIGIDO POR EL OPRIMIDO QUE A VECES CAE EN PEDIR LA PROHIBICIÓN DE *MISTER MAGOO* PORQUE OFENDE A LOS CIEGOS Y DE *LA MAJA DESNUDA* PORQUE OFENDE A LAS MUJERES. SIN EMBARGO, EL HACER DE LAS MINORÍAS NO SE REDUCE A LA LUCHA CONTRA LA DISCRIMINACIÓN, POR EL DERECHO A **SER COMO TODO EL MUNDO**, SINO QUE PROPONE OTROS MODOS DE VIVIR. EN ESE SENTIDO ERA EJEMPLAR QUE MICHEL FOUCAULT RECORDARA EN LA DÉCADA DEL SETENTA QUE LO QUE MOLESTABA DE LA HOMOSEXUALIDAD NO ERA EL SIMPLE HECHO DE PROPONER EL AMOR ENTRE SERES DEL MISMO SEXO SINO LA INTENCIÓN DE EXPLORAR OTRAS FORMAS DE CIRCULACIÓN DE LOS CUERPOS. HOY ESOS MODOS DE VIVIR HAN EXPLOTADO EN UN CALIDOSCOPIO DE IMÁGENES QUE INCLUYEN TAMBIÉN A MINORÍAS DENTRO DE OTRAS MINORÍAS -A VECES CON DUDOSAS RAZONES POLÍTICAS- QUE CIRCULAN POR INTERNET BAJO LA FORMA DE «DOMINATRICES LESBIANAS PRACTICANTES DE KNUTS EN TORONTO», «PADRES BISEXUALES CICLISTAS DE VIRGINIA», «GAYS CAMBIADORES DE PAÑALES DE ANCIANOS» Y OTROS «GREMIOS».

RICHARD GOLDSTEIN ESCRIBE EN *THE VILLAGE VOICE* UN ARTÍCULO DONDE SUGIERE QUE LA IDENTIDAD ES UN MOTIVO DE DIVERSIÓN TAL QUE INEXORABLEMENTE SE TRANSFORMA EN OBJETO DE CONSUMO. SIMPLEMENTE PORQUE ES MÁS DIVERTIDO SABER CÓMO FUE CONCEBIDO EL HIJO DE MICHAEL JACKSON -A QUIENES MUCHOS LLAMAN «EL NIÑO GUANTE»- QUE ESCUCHAR AULLAR A BILLY GRAHAM EN UN ESTADIO LLENO DE «VIRTUÓCRATAS». SI EN EL PRIMER MUNDO LA PREOCUPACIÓN ES UNA ENCRUCIJADA ENTRE LA GLOBALIZACIÓN Y EL NACIONALISMO CULTURAL Y LAS POLÍTICAS DE IDENTIDAD QUE PROPONEN LAS MINORÍAS, ENTRE NOSOTROS ESTAS ÚLTIMAS APENAS DESPUNTAN. ANTES DE LA DICTADURA LA ESTRUCTURA DE LA IZQUIERDA ARGENTINA NO FAVORECIÓ LA HETEROGENEIDAD DE DISCURSOS ENTRE NOS. LAS PRÁCTICAS DE LAS MINORÍAS PARECÍAN EXIGIR SIMPLEMENTE UN PLUS PARA LAS LECTURAS APOYADAS EN EL EJE CLASISTA O ANTIIMPERIALISTA, EL LLAMADO A LA CREACIÓN DE UN CATÁLOGO DE RASGOS, DE UNA SUCURSAL DE LA JUSTICIA. LUEGO LA POLARIZACIÓN DE LA LUCHA LESIONÓ LA POSIBILIDAD DE DAR LUGAR A LA INSCRIPCIÓN DE ESAS ZONAS CONSIDERADAS ACCESORIAS, COMO LA DIFERENCIA DE LOS SEXOS, LOS PROTOCOLOS DEL PLACER, LA DEMOCRACIA EN LA VIDA COTIDIANA, LAS INVENCIONES VITALES DE LOS GAYS Y SUS DERECHOS, LA ÉTICA REPRODUCTORA.

HOY ALGUNOS TRABAJOS LLEGADOS DESDE EL ÁREA UNIVERSITARIA, COMO LOS DE FRANCINE MASIELLO, JORGE SALESSI, JOSEFINA LUDMER, SYLVIA MOLLOY Y HUGO VEZZETTI, QUE JUEGAN EN LOS CRUCES DE UN OBJETO QUE RELACIONA CÁNONES DE CLASE, RAZA, GÉNERO, IDENTIDAD SEXUAL, MODELOS PSICOPATOLÓGICOS MUESTRAN QUE ESOS REGISTROS NO SON REGIONALES DE LOS DERECHOS HUMANOS SINO TANTO EFECTOS DE LA POLÍTICA COMO SUSTENTOS DE SU CONSTRUCCIÓN. NUESTRA SITUACIÓN ES PARADÓJICA SI NO PERVERSA. MIENTRAS LAS MINORÍAS EMPIEZAN A BALBUCEAR YA SE LAS ACUSA DE EXCESOS -BASTÓ ESCUCHAR EL DISCURSO DE ALGUNOS VECINOS DE PALERMO ANTE EL HECHO DE QUE LAS TRAVESTIS ESTUVIERAN AL ALCANCE DE LA PUPILA DE SUS HIJOS-. MIENTRAS UNA MUJER MUERE CADA DÍA POR CAUSA DE UN ABORTO CLANDESTINO Y LAS ENCUESTAS CONFIRMAN QUE LOS MIEMBROS DEL SEGUNDO SEXO GANAN EL 30% MENOS QUE LOS DEL PRIMERO, TODA ESTRELLITA EN ASCENSO SE APRESURA A DECLARAR ¡YO NO SOY FEMINISTA! COMO SI DEFENDIERA ALGUNA HONORABLE VIRTUD DEMOCRÁTICA; Y UN RECITAL DE PATRICIO REY Y SUS REDONDIOS DE RICOTA O UN VIAJE DE EGRESADOS PUEDEN TERMINAR EN UN BAÑO DE SANGRE. Y EL PELIGRO QUE ANUNCIA ALAIN TOURAINE DE UNAS MINORÍAS QUE RECHAZAN LOS PRINCIPIOS UNIVERSALISTAS DEL DERECHO, UN CHISTE. QUE EN EL SIEMPRE TAMBALEANTE CONGRESO DE LA NACIÓN, EN LAS TEMPLADAS AULAS UNIVERSITARIAS Y/O EN LOS ESPACIOS TELEVISIVOS, AUNQUE SEA FRENTE A DUBITATIVOS CONDUCTORES RECIENTE ESTRENADOS COMO PROGRESISTAS, LAS MINORÍAS EMPIECEN A HABLAR RESULTA UNA DECLARACIÓN DE MAYORÍA DE EDAD. LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE ESTO ES INCALCULABLE PERO PINTA CON OTRA PALETA LOS COLORES DE LA CIUDAD. POR LAS CALLES DE PALERMO, CONSTITUCIÓN O FLORES MONJAS OBLATAS DE LA AGRUPACIÓN PUERTA ABIERTA, INTEGRANTES DE LA ALIT (ASOCIACIÓN DE LUCHA POR LA IDENTIDAD TRAVESTI), FEMINISTAS DE LA ASAMBLEA RAQUEL LIBERMAN (MUJERES CONTRA LA EXPLOTACIÓN SEXUAL), MADRES DE PLAZA DE MAYO LÍNEA FUNDADORA Y OTROS DISIDENTES PATRULLAN PARA GARANTIZAR EL CUMPLIMIENTO DEL NUEVO CÓDIGO DE CONVIVENCIA URBANA. SON VECINAS Y VECINOS POR LA CONVIVENCIA QUE HACEN CARNE LA CONSIGNA ACUÑADA POR NÉSTOR PERLONGHER EN LOS AÑOS SETENTA: «VIVIR Y AMAR EN UNA CIUDAD LIBERADA».

**EL DERECHO A LA VIDA
NO ES LA VIDA**

Abortar es un crimen popular, el más masivo y el más impune. En la Argentina, donde el Presidente recoge las sobras papales y la prohibición del aborto no perdona ni a violadas ni a enfermas, 1.000 mujeres abortan cada día. Un millón cada tres años. Ineficaz ilegalidad. Bruta violación de la ley. Sin embargo, reina la paz entre los autodenominados pro-vida (defensores del aborto ilegal). Nadie combate ese incurrimento masivo de las mujeres en el crimen, ningún amague tampoco de aplicar sobre ellas el peso de la ley. No se molestan en erradicarlo ni en castigarlo, se contentan con dejarlo fuera de la ley. No obstante, nadie aprovecha ese «derecho al crimen» para aniquilar más óvulos fecundados que en el caso en que éstos tuviesen mejor protección estatal.

En los países donde el aborto es legal, no mueren menos zigotos sino menos mujeres. En estos casos, las mujeres que el aborto mata son cien veces menos que donde es ilegal (1 cada 100.000 mueren cuando la ley las ampara, 1 cada 1.000 cuando las empuja a la clandestinidad). Su prohibición no protege al embrión ni desalienta a las mujeres que quieren abortar.

El aborto prohibido no es el embrión protegido. El Estado que prohíbe abortar nunca declaró defender la vida del embrión sino su derecho a la vida. No es por hipócritas que Barras y Quarracinos acusen las destrucciones fetales y nada hagan frente a la mortalidad infantil; que pongan el grito en el cielo por los abortos intencionales y ni un lamento por los espontáneos. Tampoco es que sean, como muchos denuncian, «inconsecuentes» al defender la pena de muerte y prohibir el aborto.

Para Iglesia y Estado no se trata de que algo/alguien viva sino de que (muera sin que) nadie lo mate. Esto es, que nadie lo mate ilegítimamente: se trata de quién tiene derecho a matar. Y en las democracias modernas el Estado detenta, por definición, ese monopolio. Entonces: lo que amenaza el poder del Estado sobre la vida y la muerte no es el hecho de que las mujeres aborten, sino que tengan el derecho a hacerlo.

El derecho a abortar negado no anula el poder de abortar. Las mujeres abortan lo que en ellas engendran. Prohibirles abortar separa su poder de dar vida del inevitable poder que lo acompaña de quitarla antes de que nazca. Pero esta separación es imaginaria («instinto materno» de un lado, «berrante asesinato» del otro, como si madres y abortantes fuesen dos razas de mujeres diferentes, como si el embarazo y la vida zigtal -cualquiera sea su destino- no viniesen de sexo). Aunque el lenguaje político de la comunicación moral se empeñe en hacer ajenos poder y derecho de abortar, las costumbres y hasta las leyes desdicen esa separación.

**PARA LA LEY,
ABORTO NO ES HOMICIDIO**

El mismo Código Penal que sanciona a la mujer que aborta (art. 88) la absuelve del cargo homicida. Asigna a la aniquilación de la vida prenatal una figura específica -«aborto», «feticidio» según la expresión de Carrara- que la distingue del atentado contra nacidos. Por un lado permite «ese pequeño homicidio», al menos en algún caso (en nuestro país, en el caso de violación sexual si la mujer es idiota o demente). Por otro, la comparación entre el castigo asignado a un homicida y el impuesto a abortantes y a aborteros muestra cómo las leyes desprecian la vida embrionaria al sancionar su muerte con una pena harta menor que la que asignan al culpable de dar muerte a una vida nacida (de 1 a 4 contra de 8 a 25 años de prisión). Además, no penan su tentativa ni contemplan su reincidencia.

El mismo Código Civil que eleva al zigoto a rango de «persona desde la concepción» (art. 70) no lo trata como tal en el resto de su texto. La declamación del zigoto-persona acaba en esa frase. Basta salir del artículo en el que se declara la

El aborto como derecho humano:

UNA DEFENSA

**FORNICAR Y MATAR.
(El aborto en cuestión).
LAURA KLEIN.
Editorial Planeta.
Buenos Aires, 1999.**

humanidad fetal para ver cómo se pone en juego su extrañeza en el conjunto del Código Civil: éste instaure como comienzo de la persona su nacimiento. Se cuenta la edad a partir de la fecha en la que nacemos (si un «anti» meticoloso quisiese agregarse los 9 meses faltantes, el Estado no se lo permitiría -aunque afirmase, como el argentino, el comienzo de la vida desde la concepción-). Ni el embrión abortado -accidental o intencionalmente- ni el bebé nacido muerto valen como herederos a la hora de dividir los bienes. No se inscriben en la contabilidad de entradas y salidas de este mundo. El «derecho a la vida» del óvulo fecundado no le da derecho a nombre ni sepultura. No hay hijo ni cadáver.

**PARA EL SENTIDO COMÚN,
ABORTO NO ES ASESINATO**

Los mismos que acusan de «madres asesinas» a las mujeres que abortan rehúsan, fuera de este debate, dar el nombre «madre» a aquellas mujeres embarazadas que no han parido (por accidente o por voluntad). Tienen prohibido bautizar «hijos» en el vientre, hacer misas por los «inocentes» abortados o incluirlos en el árbol genealógico familiar. Si creyeran en la dignidad del embrión-persona, deberían ocuparse no sólo de castigar (además de sancionar) a abortantes y a aborteros sino también de inventar un modo de inscribir socialmente a las nuevas «personas» en el vientre materno (identidad ecográfica y genética mediante), de extender los cementerios para dar humana sepultura al menos a los abortados espontáneamente (cuyos cuerpos no deben ser hurtados de la vista de la ley), de reconocer como «madres», como señala Eva Giberti, a las desgraciadas que Dios o el destino despojó de dar a luz.

Fuera del ring ideológico, las mujeres que abortan son vistas más como víctimas que como criminales. Una mujer que testimonia en la televisión haber matado a su hijo (o a cualquier otro) pierde inmediatamente su libertad; nadie fue a encarcelar a las centenas de mujeres que públicamente testimoniaron haber abortado. Un profesional especializado en el crimen de provocar abortos a pedido de sus clientes no lleva en su guardapolvo blanco el estigma del sicario. Casi todos pue-

CUANDO LOS PROGRESISTAS DEBATEN CON SUS ENEMIGOS SUELEN HACERLO COMO EN UNA SUERTE DE ESPEJO INVERTIDO. ESTE TEXTO INTENTA ELUDIR LOS IMPERATIVOS DE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO SITUANDO AL ABORTO EN UNA DIMENSIÓN ÉTICA, ES DECIR MÁS ALLÁ DEL PALIATIVO JURÍDICO, CIENTÍFICO O MORAL

den obtener teléfono o dirección de un abortero, muchos menos los de un mercenario. Un asesino serial confeso e impune no recibe la tolerancia que recibe una mujer que se ha hecho varios abortos. ¿Reaccionamos igual si una amiga nos relata haberse realizado tres abortos que si otra nos cuenta que mató a tres personas, aun cuando su justificación sea válida? Casi todos conocen al menos a una mujer que abortó, casi nadie conoce a alguien que mató a un nacido.

**LA ESFINGE
DE LOS DERECHOS HUMANOS**

En general, los defensores de los derechos humanos son también defensores de la legalización del aborto. Esta doble pertenencia es conflictiva: luchar por despenalizar el aborto fuerza a afrontar el cargo de violar el derecho a la vida. Contra el aborto legal se esgrime el descubrimiento de las cualidades humanas del embrión y su consiguiente dignidad como un progreso de los derechos humanos; así se postula la exigencia de legitimar el derecho de las mujeres a matarlo como una violación del derecho a la vida. A algunos les parece un sofisma; a otros, un malentendido y a unos terceros, un cargo injusto e infamante. Sin embargo, la contradicción lógica con la que tropieza la simultánea denuncia contra el terrorismo de Estado y contra la opresión de las mujeres no es simplemente un asunto lógico o una trampa leguleya. Esta contradicción encierra un dilema auténtico.

Quienes ansan cuajar en un mismo nudo libertad política y libertad sexual quedan entrapados en argumentos en los que no creen. Esquivos al desgarrar, se agotan en el dilema planteado al no querer salirse del debate jurídico ni renunciar a sus críticas al sistema. Para no sacar los pies del plato, echan mano a las catego-

rías liberales de «persona», «libertad», «propiedad», «privacidad». Y por una suerte de mimetismo de jerga terminan creyendo en ellas. Pero el torniquete de la estructura jurídica no deja muchas puertas: el derecho excluye las coordenadas esenciales del aborto -cuerpo, sexo y muerte-. Tal vez, entonces, no debamos buscar el forzamiento legal del derecho a abortar sino su fundamento político, social y existencial (en cuya búsqueda surgirán aquellos fundamentos políticos, sociales y existenciales que rechazan su pacífica inserción legal).

Para hacer hablar a la esfinge hay que interrogar la lógica discursiva de los derechos humanos. En un país como la Argentina esto es difícil. Cualquier intento de cuestionarlos puede ser leído como un argumento a favor de la justificación de los genocidas; cualquier asomo de ponerlos en duda puede ser leído ambiguamente -exculpación de los verdugos, traición a las víctimas: olvido y perdón-. Pero su interrogación es necesaria, precisamente, para que los derechos humanos dejen de ser un discurso de la derrota.

La contradicción es idealista: el recurso a los derechos humanos implica compromisos que la experiencia del aborto rehúsa soportar. «Inalienables e imprescriptibles por naturaleza» dice de ellos la Declaración francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. En tanto «derechos naturales» presentan automáticamente una objeción de principio contra el derecho al aborto, ya que el acto de abortar consiste, precisamente, en un ejercicio de rebelión contra los procesos naturales. Comunes a «todos los miembros de la familia humana» por igual, según reza la Declaración de las Naciones Unidas de 1948, el carácter universal de los derechos humanos requiere un grado de abstracción tal que cierra el camino legal del aborto a otras figuras jurídicas menos espectaculares pero ya vigentes. El amparo de la figura de los derechos humanos no permite ni la sutileza entre «homicidio» y «feticidio» del Código Penal ni la contundencia con la que el Civil instaure el nacimiento como el instante que da comienzo



IMPOSIBLE

a la «persona».

Los derechos humanos no tienen sexo ni edad. No toleran los matices que el sentido común reconoce entre perder un embarazo y perder un hijo, o entre necesidad y libertad. Los derechos humanos no tienen «madre», son el motor inmóvil del Estado. Bajo su mira, ser «humano» antecede a ser «hijo»: el derecho a la vida no supone sexo ni muerte.

EL DERECHO HUMANO AL ABORTO Y SUS ABOGADOS

Para los defensores del aborto legal, se trata de legitimar la decisión de una mujer de dar muerte a su embrión. ¿Cómo defender el derecho a matar (a un ser vivo celular, potencial, prehumano, persona o cómo se lo defina) sin impugnar automáticamente el «no matarás»? ¿A partir de qué supuesto universal elevar a derecho de las mujeres los hechos en los que éstas dan fin a lo humano en su estadio primigenio? Puesto que abortar consiste, sin duda alguna, en dar muerte a algo que vive -y no es una muela o un parásito sino el antecesor cronológico de cada miembro de la especie-, el problema para los pro-ley es hacer entrar esa experiencia en el lenguaje jurídico, cuya materia ficcional excluye la de sexo, reproducción y muerte que el aborto pone en juego.

¿Dónde buscar el sésamo que justifique abortar sin violar los derechos humanos? Paradójicamente, en los mismos derechos humanos. La comedia no logra ocultar la tragedia pero propone una racionalización optimista de entendimiento en el terreno común de los derechos del hombre, la mujer y los ciudadanos. Sea en nombre de los principios democráticos de «libre elección», «derecho al propio cuerpo» y «autonomía individual», sea elevando el sexo a derecho humano en tren de desligarlo de su tradicional sometimiento a la reproducción, el boom mundial de los derechos humanos parece un prestigioso saco de valores, justo y útil para defender el derecho de las mujeres a abortar. A condición, claro, de no violar algún otro (mi libertad, mi derecho terminan donde empiezan los del otro). Entonces, perseguido por el fantasma de violar los derechos hu-

manos, el aborto deja de ser el acto en el cual una mujer decide no tener un hijo para convertirse en el meollo donde se juega la definición de «ser humano».

Abandonado el magmático espacio del sexo y la procreación, el desafío consiste, ahora, en desdoblarse el acto de abortar del acto de matar. El desafío se dobla ante la esfinge: porque apelar a los derechos humanos resiente la fundamental intención progresista de demostrar que abortar no trae mácula contra (el derecho a) la vida. Se trata de persuadir ¿a quiénes? No a las mujeres que abortan sino a los que las acusan.

Escribió Sartre en el prólogo a **Los condenados de la tierra**: «Este libro es peligroso, no les habla a sus enemigos sino a sus compañeros». Fanon es peligroso: aumenta la distancia entre los condenados y sus verdugos, quiebra su diálogo represivo. Muchos de los modos en que se presentan las defensas del aborto legal no son peligrosos: intentan convencer al enemigo, pillarlo en flagrante contradicción, demostrar su mala fe.

Los que defienden legalmente el aborto como derecho humano son abogados de las mujeres que abortan, no sus aliados. Las justifican (como víctimas de una ley sexista, poco democrática o clasista), las representan (elaboran proyectos de ley); son mediadores (traducen a términos políticos experiencias que los exceden). No hacen peligrar el sistema, quieren ser reconocidos por él.

EL FETICHE DE LA VIDA SAGRADA

Una misma máscara asumen partidarios y enemigos del aborto legal, y la llevan igualmente adherida a la piel: la máscara de los derechos humanos. ¡Derecho a la Vida!, trepidan unos. ¡Derecho a la Libertad!, exigen los otros. En la primera escena es protagonista el embrión; en la segunda, las mujeres. A la luz de los dere-

chos humanos, los reclamos que nos interpelan desde ambos dramas son justos. En el primero, lo no nacido es un ser humano y por lo tanto abortar es un asesinato. En el segundo, las mujeres han de emerger de su opresión sexual -montada sobre la capacidad de procrear- y acceder a una igual libertad para decidir sobre sus destinos y sus cuerpos, y por lo tanto abortar es un derecho democrático. Ambos gozan de razón: a la luz del debate sobre el aborto, la estructura de los derechos humanos se revela en conflicto.

Los anti-ley cuentan con una carta fuerte: el anzuelo del término «vida», que genera en todo mortal una adhesión emocional inmediata, más aun después de un siglo de genocidios en masa. Hasta que los pro-ley terminan de desplegar sus argumentos, sus críticos logran, con una sola frase -la vida es sagrada-, un poder de persuasión y un efecto de verdad incontestables. Forzados a responder a la acusación de asesinato, los intentos de despenalizar el aborto se debilitan. Su defensa de la libertad no quería avasallar la vida: si antes se apoyaban en el derecho de las mujeres a «elecciones libres», «cuerpos propios», «igualdad sexual», ahora deben levantar el cargo de atentar contra «la vida». Como el fiscal es corrupto, es fácil devolverle el tiro. Porque el «derecho a la vida» puede ser también un buen argumento a favor del aborto legal -todo depende de qué se entienda por «vida»-: son hipócritas quienes dicen defenderla condenando a las mujeres que abortan, prefiriendo la vida potencial a la real, condenando infelices a nacer, apoyando la pena de muerte, bendiciendo guerras y genocidios.

Desde ambos lados se arrojan la «defensa de la vida». Es interesante observar que, bajo esta disputa, se juega la adhesión a un mismo valor de base. Los aborto-crimen suponen que: a) la vida es sagrada -en términos democráticos: «inalienable» e «inviolable»-; b) el feto es un ser humano; por lo tanto c) el aborto es un asesinato. Para que abortar sea un derecho es preciso conseguir dar a c) un valor negativo. Nada más fácil: los aborto-derecho invierten b), y obtienen que abortar NO es asesinar tomando como premisas: a) que la vida es sagrada y b) que el feto NO es un ser humano. La premisa mayor

-la vida es sagrada- marca el tono del acuerdo y fermenta la banal separación.

El problema, entonces, es anterior a la discusión sobre el aborto: ¿qué se dice cuando se dice «vida»? ¿qué, cuando se la llama «sagrada»? Aunque parezca extraño, el supuesto sagrado o inalienable de la vida es un valor reciente, una noción moderna, deudora de las desgracias de la libertad y de la muerte de Dios. Antes, sagrada era la vida en el espíritu: más valía la salvación del alma que su tullido tránsito en el cuerpo. Hoy, sagrada es la vida en el derecho. Pero es evidente para cualquiera que, fuera de la esfera celestial de la ley, la vida no sólo no es sagrada sino que no alcanza el valor de un pasacasete.

MIEDO A MATAR (¿O A DECIRLO?)

Como valor de cambio discursivo, el fetiche sagrado de la vida no tolera equívocos lingüísticos. Los términos con que los defensores del aborto legal lo han rebautizado marcan su sometimiento a esa frase (el miedo a ser cogidos en apología del crimen contra la vida). En el intento de acoplarlo a píldoras, condones y diafragmas (insospechables de asesinato) y de relevar el sexo entre aborto y libertad sexual, se lo llamó «último recurso anti-conceptivo». En ridículo ardid, se quiso hacer pasar el acto de aniquilar lo concebido por el de haberlo evitado. El esfuerzo es transparente: se trata de retroceder en el tiempo para neutralizar el atentado contra la vida implicado en el acto de abortar. Retroceder verbalmente: porque rebautizar el aborto como «método anti-conceptivo extremo» no esfuma al embrión ni lo hace retornar al estado de un óvulo solitario. Aunque «aborto» resulte un buen término para defender su legalización (*ab-oriri* = privar de nacer), esta palabra enciende los corazones y remite a lo trunco, lo disforme, lo siniestro. Para librarlo de feas asociaciones (y no faltar a la verdad), hoy se lo define técnicamente como «interrupción voluntaria del embarazo». «Esto es tan hipócrita como llamar a la horca interrupción de la respiración», escupe Julián Marías y da en la llaga. Interrumpir para siempre se llama anular, destruir, abolir, aniquilar. Nadie manda al freezer de las nuevas tecnologías reproductoras al embrión que decide abortar, las mujeres que «interrumpen» voluntariamente un embarazo no lo «continúan» jamás (aunque después se arrepientan). Así como el poder de las definiciones no hace correr hacia atrás el tiempo, tampoco lo suspende, pero delata nuevamente su afán de borrar del debate toda huella que recuerde el hecho de que una mujer se deshizo de lo que engendró.

Sea porque no es una buena táctica política, sea porque el chupadero ideológico es más fuerte que las posiciones puntuales sobre el aborto, hay en estos discursos un fuerte rechazo a aceptar que abortar implique de alguna manera matar (algo). Inmediatamente se procede a justificar que ese algo no es sino un «manejo de células», una «vida potencial», un ser vivo pero «aún no plenamente humano», un ser humano pero no una «persona». En verdad, a los del aborto legal no los conmueve la pregunta por el estatuto del embrión sino su corolario: están convencidos de que las mujeres tienen derecho a decidir sobre tal «algo», de que el Estado interfiere abusando de su poder, de que nadie más que sus genitoras pueden dar destino a la vida que gestaron, de que prohibir el aborto significa considerar a las mujeres como prestadoras de vientres o máquinas de parir. Con estas ideas, el feminismo ha cambiado el mapa político-social y la existencia concreta de millones de mujeres; incluso ha arrastrado a la razón liberal en su apoyo. Ha socavado el poderoso mito de la mujer-madre en su doble faz de la anatomía como destino y del instinto materno, liberado el sexo de su encierro en la finalidad reproductora, atacado la servidumbre del género mujer. Sin embargo, frente al fetiche de la vida sagrada, presas del pánico a salirse del juego, las buenas conciencias rehúsan decirse lo que





todos saben (que el «último recurso anti-conceptivo» consiste en aniquilar lo concebido y la «interrupción voluntaria del embarazo», en deshacerse del embrión).

MIEDO AL PODER (LA ESTRATEGIA JURÍDICA)

Se habla del derecho de las mujeres a abortar como si no tuviésemos ese poder. Hay quien ve en su prohibición un «decreto de embarazo obligatorio», la «reducción de las mujeres a máquinas de parir». El aborto es ilegal, abortar es delito penal y las mujeres abortan igual. No tienen el derecho, pero tienen el poder (desiguales).

Las mujeres ejercen un poder al que no tienen derecho; tienen el poder de infringir la ley. En él reside la fuerza que hace valer la lucha por su legalización: «Si la ley puede garantizar el ejercicio de las libertades, éstas no existen más que por un contenido concreto que no proviene de la ley, sino de las costumbres» (Levi-Strauss).

Desde la defensa de sus abogados, se reivindican sus derechos pero se callan sus poderes. Se habla de las abortantes no como de quienes ejercen un poder ilegítimo sino como de quienes están privadas de un derecho que les corresponde (como si fuese más importante ese reconocimiento jurídico que la acción misma). Por eso aluden a ese poder de las mujeres sólo cuando -paradigma terrorífico de la clandestinidad- ponerlo en juego las lleva a la muerte.

UNA DECISIÓN TRÁGICA NO ES UNA ELECCIÓN LIBRE

El poder es doloroso; los derechos que no provienen de él, impotentes. Son las mujeres que ejercen el poder de abortar quienes más lo padecen (por sí mismas y por lo que nunca llegará a ser). No es el hecho de que abortar sea un crimen la causa de ese dolor, negarles ese derecho no lo aumenta, agrega otros. Arrojad a abortar fuera de la ley, las mujeres son víctimas del Estado que lo prohíbe; figuradas como mujeres sin derecho y sin poderes, las víctimas son convertidas en victimarias. Un hiato sordo y ciego separa la experiencia de las mujeres que abortan de los discursos que dicen representarlas. Resulta inquietante que los vericuetos legales por los que desollar una defensa democrá-

ca del aborto terminen encorsetando esa experiencia en una incorpórea materia ficcional. Porque la experiencia de una mujer que aborta invalida los argumentos que la justifican frente a la ley.

La «autonomía» que se le supone como «persona» estuvo ausente cuando quedó encinta. ¿Ha de serlo para abortar y no para engendrar, en la muerte y no en el sexo? ¿Persona en lo uno y animal en lo otro? Atestigua contra esta autonomía, amén de los cuidados anticonceptivos traicionados por materia de azares u olvidos, la decepción de las mujeres que buscan y no logran concebir un hijo en sus entrañas (el eslogan «hijos si quiero y cuando quiero» se vuelve patético).

Tanto si es legal como si no, no se «elige», se «decide» abortar. Más que de una «elección libre», se trata de una decisión trágica. La «elección» está determinada por un embarazo no deseado. El aborto no es fruto de la libertad: esa mujer está entre la espada y la pared, ni quiere tener un hijo ni quiere abortar. Le está vedado batirse en retirada; quisiera no haberse embarazado, quisiera perderlo espontáneamente (como en muchas otras cosas de la vida, decide hacer algo que no quiere). Signifique para ella una experiencia traumática o solamente desagradable, su situación tiene un sesgo trágico (término que la necesidad contemporánea rebajó a terrible o espantoso). Hay una encrucijada no buscada y de la que no cabe evadirse; hay una muerte y una decisión grave que cambian el curso de la vida. Como en las tragedias antiguas, todos llevan parte de razón y todos pierden algo. Las mujeres no impugnan los derechos de la vida concebida que están abortando. Llevan impreso en sus cuerpos preñados este sello trágico: esa muerte se produce en ellas; nadie la padece más.

Que a una mujer se le conceda la «libertad» de abortar significa estrictamente que «no comete delito» (del mismo modo, todos

somos «libres» de recorrer el mundo o de hartarnos como sibaritas, nadie lo prohíbe). En esta inocuidad jurídica empiezan y acaban los beneficios del derecho humano al aborto. La «libertad» otorgada por la ley para «interrumpir» su embarazo no la liberaría de ese trance (angustioso, sórdido o incómodo). No eligió quedar preñada; está forzada ahora por esa falta de libertad original.

EL ABORTO COMO DERECHO HUMANO: UNA DEFENSA IMPOSIBLE

Es propio de la condición humana violentar la naturaleza. Torcemos los ríos, curamos enfermedades, fecundamos lo estéril. ¿Qué se le incrimina a la mujer que aborta? Que no finja ser «naturalmente» humana. Imposible negar que la mujer que aborta impone al destino «natural» de los cuerpos la violenta impronta de su voluntad; de aquí que defender el aborto como derecho humano resulte una empresa infructuosa.

Doble sacrilegio contra Natura comete la mujer que aborta. Se rebela contra el curso de la vida natural, altera el ritmo de su reproducción, dice no donde la naturaleza dijo sí y transgrede las barreras que la cultura quiso leer en ella -el mito de la mujer-madre y la finalidad procreadora del sexo-. Triple avas-

llamiento sobre la experiencia de las mujeres que abortan cometen quienes abogan en su favor los derechos humanos: naturalizan su voluntad, desconocen su poder, presentan su tragedia como libertad. No es necesario reducir la humanidad del embrión para defender el derecho a abortarlo: o se afirma la ética de abortar independientemente de la vara científica o jurídica, o se la somete como sus excrecias. O se afirma el poder (¿sexual?) de las mujeres de dar la vida o quitarla antes de que nazca, o se reniega de esta violencia y se descarga la responsabilidad en las ubres impávidas de la ciencia y de la ley.

De los 70 a los 90, los derechos humanos ascienden a protagonistas de la escena político-social. De los partidos políticos a los medios de comunicación de masas, de la militancia a la investigación periodística, de Walsh a Verbitsky, de la lucha de clases a la denuncia jurídica: es en este contexto que la lucha por la legalización del aborto asume la forma de una defensa de los derechos humanos de las mujeres.

La escalada jurídica implica el demente desafío de desnaturalizar la maternidad sin desnaturalizar la muerte. Fenómenos biológicos los son tanto la maternidad como la muerte. Pero sólo los humanos deciden sobre su descendencia, y sólo ellos tienen conciencia de muerte y muerte voluntaria. La fuga hacia la ley obliga a alienar sexo y reproducción, vida y muerte. Atajo o panacea, el rasero jurídico obliga a liberar del «destino natural» al poder femenino de dar la vida sin invocar el tabú de su mortífera contrapartida.

Hay una distancia irreductible entre el discurso del derecho y el de la experiencia. Y la experiencia del aborto dice que el cuerpo no cabe en el derecho, que la tragedia no se resuelve jurídicamente, que hay poderes no legítimos y derechos impotentes. ■

(Escrito antes de que un fallo de la Corte Suprema de Santa Fe condenara a Mirta Insaurralde, una mujer que habita en el cordón industrial de Rosario, por practicarse un aborto y luego de que ésta le confiara el hecho a la doctora Silvia Cortez quien la atendió en el hospital y la denunció.)



GANDHI

- El Orden y el Tiempo.**
MANUEL SACRISTÁN.
Edit. Trotta. \$ 13.
- Figura.**
ERICH AUVERBACH.
Edit. Trotta. \$ 13.
- Problemas actuales sobre la prohibición del recurso a la fuerza en Derecho Internacional.**
MARÍA DEL CARMEN MARQUEZ CARRASCO.
Edit. Tecnos. \$ 39.
- El Giro Hermenéutico.**
HANS-GEORG GADAMER.
Edit. Cátedra. \$ 15.
- ¿Qué le ocurre a la Posmodernidad?**
CHRISTOPHER NORRIS.
Edit. Tecnos. \$ 39.
- El Diálogo Social y su Institucionalización en España e Iberoamérica.**
FEDERICO DURÁN LÓPEZ (coordinador).
Edición del Consejo Económico y Social. \$ 22.
- Memorias del Mediterráneo.**
FERNAND BRAUDEL.
Edit. Cátedra. \$ 25.
- Teorías Contemporáneas del Desarrollo Económico.**
PABLO BUSTELO.
Edit. Síntesis. \$ 19.
- Cultura de Paz y Gestión de Conflictos.**
VICENC FILSAS.
Edit. Icaria & Antrazyt. Unesco. \$ 28.
- De los Derechos Humanos (las conferencias Oxford Amnesty de 1993).**
LUKES-RAWLS-MACKINNON-RORTY-LYOTARD-ELSTER.
Edición de Stephen Shute y Susan Hurley. Edit. Trotta. \$ 18.
- Complejidad y Modernidad. De la unidad a la diferencia.**
NIKLAS LUHMANN.
Edición y traducción de J. Beriain y J. M. García Blanco.
Edit. Trotta. \$ 22.
- Ética de la Liberación. En la edad de la globalización y de la exclusión.**
ENRIQUE DUSSEL.
Edit. Trotta. \$ 43.
- Política de la Amistad -seguido de- El Oído de Heidegger.**
JACQUES DERRIDA.
Edit. Trotta. \$ 30.
- La Cárcel y sus Consecuencias. La intervención sobre la conducta desadaptada.**
JESÚS VALVERDE MOLINA.
Edit. Popular. \$ 15.
- Norte-Sur. La fábrica de la pobreza.**
Centro nuevo modelo de desarrollo.
Edit. Popular. \$ 20.
- La Literatura en la Construcción de la Ciudad Democrática.**
MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN.
Edit. Crítica. \$ 21.
- Ética contra la Estética.**
AMELIA VALCÁRCEL.
Edit. Crítica. \$ 23.
- Sobre la Historia.**
ERIC HOBSBAWM.
Edit. Crítica. \$ 27.
- Historia de América Latina / 12: Política y sociedad desde 1930.**
LESLIE BETHELL.
Edit. Crítica - Cambridge Univ. Press. \$ 48.
- Giro Lingüístico e Historia Intelectual.**
ELÍAS JOSÉ PALTÍ.
Univ. Nacional de Quilmes. \$ 18.
- De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad.**
BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS.
Siglo del Hombre Editores.
Ediciones Uniaedes.
Universidad de los Andes. \$ 39.
- Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad.**
JOSÉ MARÍA BLAZQUEZ.
Edit. Cátedra. \$ 25.
- Mi siglo XX.**
ADAM SCHAFF.
Edit. Sistema. \$ 19.
- Las Fuentes de Información. Estudios teórico-prácticos.**
ISABEL DE TORRES RAMÍREZ (coord.).
Edit. Síntesis. \$ 39.
- Terrorismo, Nacionalismo, Pacificación.**
PAUL GILBERT.
Edit. Cátedra. \$ 19.
- Populismo, Caudillaje y Discurso Demagógico.**
JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO (comp.).
Centro de Investigaciones Sociológicas. \$ 15.
- El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes des Jus Publicum Europaeum.**
CARL SCHMITT.
Centro de Estudios Constitucionales. \$ 9.
- Fuerza de Ley. El fundamento místico de la autoridad.**
JACQUES DERRIDA.
Edit. Tecnos. \$ 12.
- Etnonacionalismo.**
WALKER CONNOR.
Trama Edit.. \$ 25.
- La Cultura Escolar en la Sociedad Neoliberal.**
A. I. PÉREZ GÓMEZ.
Edit. Morata. \$ 31.
- Poderes Inestables en Educación.**
J. GIMENO SACRISTÁN.
Edit. Morata. \$ 32.
- Pedagogía, control simbólico e identidad.**
B. BERNSTEIN.
Edit. Morata. \$ 29.
- Conductas de acoso y amenaza entre escolares.**
D. OLWEUS.
Edit. Morata. \$ 15.
- Historia del Currículum. La construcción social de las disciplinas escolares.**
IVOR F. GODDSON.
Ediciones Pomares Corredor. \$ 17.
- Repensar la Escuela. Subjetividad, burocracia y crítica.**
IAN HUNTER.
Ediciones Pomares Corredor. \$ 17.
- Nuevo discurso del relato.**
GÉRARD GENETTE.
Edit. Cátedra. \$ 13.
- Cómo leer el Arte Egipcio. Guía de los Jeroglíficos del Antiguo Egipto.**
RICHARD H. WILKINSON.
Edit. Crítica. \$ 29.
- La gestión del museo.**
KEVIN MOORE.
Edit. Trea. \$ 64.
- El Siglo del Renacimiento.**
ANA ÁVILA y otros.
Edit. Akal. \$ 29.
- Historia del pensamiento estético árabe. Al-Andaluz y la estética árabe clásica.**
JOSÉ M. PUERTA VILCHEZ.
Edit. Akal. \$ 69.
- Salmos.**
ERNESTO CARDENAL.
Edit. Trotta. \$ 11.
- Arte y Cultura Negros en el siglo XX.**
RICHARD POWELL.
Ediciones Destino. \$ 35.
- Poemas de Amor.**
BERTOLT BRECHT.
Edit. Hiperión. \$ 11.
- Quiebros y Poemas.**
SAMUEL BECKETT.
Ediciones Ardora. \$ 15.
- Poemas.**
FRIEDRICH NIETZSCHE.
Edit. Hiperión. \$ 14.
- Levantad, carpinteros, la viga del tejado - Saymour: una introducción.**
J. D. SALINGER.
Edit. Edhasa. \$ 16.
- La Casa Ideal y otros textos.**
ROBERT LOUIS STEVENSON.
Edit. Hiperión. \$ 12.
- La Lección de este Siglo (con dos charlas sobre la libertad y el estado democrático).**
KARL POPPER.
Grupo Edit. Temas. \$ 14.
- El folclore obscuro de los niños.**
CLAUDE GAIGNEBET.
Edit. Alta Fulla. \$ 19.
- El Pasado es un País Extraño.**
DAVID LOWENTHAL.
Ediciones Akal. \$ 47.
- La Ruta de la Seda. Antiguas culturas entre China y Roma.**
HELMUT UHLIG.
Ediciones del Serbal. \$ 39.
- Pensamiento Crítico vs. Pensamiento Único.**
AA.VV.
Temas de Debate. \$ 17,50.
- Conceptos básicos del judaísmo.**
GERSHOM SCHOLEM.
Edit. Trotta. \$ 13.
- Lo Improbable.**
YVES BONNEFOY.
Alción Editora. \$ 23.
- Diario Irlandés.**
HEINRICH BÖLL.
Galaxia Gutenberg. \$ 39.
- De Adriano a Zenobia. Temas de la historia clásica en la literatura, la música, las artes plásticas y el teatro.**
ERIC M. MOORMAN y WILFRED UITTERHOEVE.
Ediciones Akal. \$ 28.
- El Museo y su Entorno.**
GARRY THOMSON.
Ediciones Akal. \$ 28.
- El Ocaso de los Mandarines Alemanes. La comunidad académica alemana, 1890-1933.**
FRITZ K. RINGER.
Ediciones Pomares Corredor. \$ 39.
- Nuevos Poemas I.**
RAINER MARIA RILKE.
Edit. Hiperión. \$ 17.
- El Sex Appeal de lo Inorgánico.**
MARIO PERINOLA.
Trama Editorial. \$ 19.
- Propuesta de Signica del Escenario. Diseño del objeto escénico.**
GASTÓN BREYER.
CELCIT. \$ 15.
- Grandes Temas y Personalidades de la Cábala.**
GERSCHOM SCHOLEM.
Edit. Riopiedras. \$ 39.
- La Leyenda de las Plantas. Mitos, tradiciones, creencias y teorías relativos a los vegetales.**
CARLOS MENDOZA.
Edit. Alta Fulla. \$ 33.
- Las Humanidades en la Era Tecnológica.**
CIRIACO MORÓN ARROYO.
Ediciones Nobel. \$ 19.
- El Problema de la Incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais.**
LUCIEN FEVRE.
Ediciones Akal. \$ 39.
- Milenio.**
STEPHEN JAY GOULD.
Edit. Crítica. \$ 21.
- La Idea de Desarrollo del Tercer Mundo. La visión Inglesa y Norteamericana: 1900-1950.**
JAVIER G. ALCALDE CARDOZA.
Universidad del Pacífico. \$ 18.
- El Paraguas de la Rectoría. Cajón de Sastre.**
LEWIS CARROLL.
Parsifal Ediciones. \$ 17.
- Cartas desde los Campos de Batalla del Paraguay.**
RICHARD BURTON.
Librería El Foro. \$ 48.
- Los Intelectuales y la Invención del Peronismo.**
FEDERICO NEIBURG.
Alianza Editorial. \$ 19.
- El Ocaso de la Virtud. Ensayos sobre la corrupción y el discurso del control social.**
JOSÉ MARÍA SIMONETTI.
Univ. Nac. Quilmes - Univ. Nac. La Plata. \$ 15.

UN AÑO SIN AMOR.
(Diario del sida.)
PABLO PÉREZ.
Editorial Perfil, Colección Minorías.
Buenos Aires, 1998.

SÁBADO 17 DE FEBRERO

Tengo que escribir. Hace tiempo que nadie me llama, hace tiempo que no escribo y cuando me siento a escribir siempre interrumpe algún inoportuno. Pero esto es una simple trampa, me siento en un simulador de escritura para estimular a la campanilla del teléfono. Digo bien, campanilla: tengo un viejo teléfono que no me permite acceder a muchos de los nuevos servicios de telefónica porque no tiene teclas, un viejo teléfono a disco. Lo que sí tengo es un contestador automático, que en realidad no es mío, es de mi tía Nefertiti a la que en la intimidad de mis escritos me atrevo a llamar Nefritis, según me sienta o no molesto con su presencia. Tiene la manía de pasar entre la tele y yo, (la caprichosa TV blanco y negro también es de ella) saltarina como una cabra muda a veces, otras como una cabra charlatana, siempre sacando de su memoria genética algunos pasitos de ballet, ya que dice que no es hija de mi abuelo, ordenanza en una compañía de seguros, sino de un vecino de la pensión donde vivía cuando era chica, director de orquesta. Según Nefritis la abuela le ponía los cuernos a Pérez (así lo llama ella), lo que me extrañaría, pero en fin, dejémosla soñar con una familia más «real». No me cabe ninguna duda de que «Pérez» sí es mi abuelo, mi padre es su vivo retrato y es más: cuando era chico me los confundía en las fotos, videnciando la creciente calvicie de mi padre que más tarde trataría de revertir recomendándole tisanas alopécicas que terminé usando yo, por temor a que fuera hereditaria. Ahora que lo pienso, el hipotético padre director de orquesta de mi tía también debió ser calvo, ya que Nefritis pierde pelos por toda la casa y yo los encuentro en mi cepillo de dientes, enroscados en los tenedores como espaguetis o adentro de la mayonesa.

24 DE MARZO

Empiezo a escribir sin ver ni recordar lo escrito anteriormente. Desde la llegada de Elisabeth a Buenos Aires debo haber escrito muy poco, creo que una vez, en la que cuento que ella se emborrachó. Volvió ayer a París y yo decidí pasar el domingo en casa porque me cansé de tanto andar de aquí para allá. Empecé a hacer un arreglo de plomería que tenía pendiente, la pileta de la cocina pierde, desarmé los caños de plástico, traté de volver a armarlos pero siguió chorreando el agua, me cansé, comí, tomé una copa de Armagnac (voy por la segunda) y sentí ganas de sentarme a escribir aunque la cocina fuera un caos y aunque veo que lo que escribo es duro, torpe, poco fluido. Después del primer vaso de Armagnac, escuchando a Kathleen Ferrier, sentí una fuerte inspiración y pensé que escribiría algo maravilloso. Ahora creo que tal vez debería dormir una siesta, pero insisto y sigo escribiendo aunque sea inútil. Estoy un poco excitado, no sé lo que quiero, sigo bebiendo embriagado por el sol de la tarde que da en mi cuarto, por la música, por el alcohol. Pienso que quería escribir algo y ya no recuerdo qué.

¿Importa? Todas estas líneas caóticas por la embriaguez de estar nuevamente solo, entregado al primer deseo que tenga, a la primera palabra que me salga sin preocuparme por si me gusta o no. Ahora recuerdo una de las cosas sobre las que quería escribir. Se trata de un presentimiento que me invade desde hace varios días: no pasará de este año. Otro tema: Nefertiti dice que cobrará una pensión de 220.000 pesos por su marido desaparecido y que me va a comprar un departamento a mí, un auto a mi papá, que le va a dar guita a Danielito (su nieto, que merece un capítulo aparte en esta comedia humana porteña), todo en suspenso.

No sé lo que me pasa. Terminó la botella de riquísimo Armagnac holandés que Elisabeth trajo. Creo que tal vez la familia pueda disfrutar de ese dinero, pero no yo. Tengo el extraño presentimiento de que moriré antes. Me da pena no poder disfrutar de la ascensión de los Pérez, sé que me pongo tético y me divierto porque nada es seguro, y alguno de estos tres premios me espera: un departamento, la muerte o el desconocido. Voy a tratar de ser un poco más explícito:

Un departamento:

La casa en la que vivo se pone en venta y cuando se venda mi padre, con su parte, comprará un departamento para mí. Este es el plan A. El plan B es la pensión de Nefertiti que dijo que me compraría un departamento cuando la cobrara.

UN AÑO SIN AMOR

UN DIARIO CUYA CALIDAD LITERARIA NO EMPAÑA SU CARÁCTER POLÍTICO.
UN TESTIMONIO QUE SE ALEJA DEL TREMENDISMO Y LA INTROSPECCIÓN
MELANCOLICA QUE CONSTITUYEN LOS CLICHÉS DEL GÉNERO. GLAMOUR Y
DESESPERACIÓN EN DOSIS HOMEOPÁTICAS PARA CONTENER LAS LÁGRIMAS DE EROS.
LA IRONÍA IMAGINATIVA DE QUIEN HA APRENDIDO A HACERSE SUJETO DE LA
PROPIA CURA.

La muerte:

Si este presentimiento que me invade desde hace unas semanas se cumple, creo que me cago en todo lo demás, no necesitaría ningún departamento. Lejos de pensar en un suicidio, creo que la muerte, con todos los misterios que ella implica, sería un regalo precioso.

Lo desconocido:

Lo desconocido sería cualquier cambio en cualquiera de estos planes anteriores: departamento plan A, departamento plan B o muerte. Un acontecimiento extraño siempre es bienvenido en la vida de un curioso.

Lástima que este Armagnac se haya terminado, porque todo lo volvía muy dulce.

25 DE MARZO

Ayer, excitado por el Armagnac, fui al cine porno de Laprida a las seis de la tarde. Ya había alguna gente. Al poco tiempo de haber llegado me acerqué a un grandote que había entrado después que yo. Tenía buena pija, pero creo que nunca terminó de pararsele. Quiso meterme una mano en el culo pero yo estaba sucio y tuvimos que ir a lavarnos al baño. Allí mismo me pidió que lo cogiera, lo que hice a pesar de que últimamente las relaciones como activo no me calientan tanto. Disfruté bastante, e incluso pude acabar, creo que porque el tipo tenía un súper buen culo que me dio morbo. Cuando salimos del baño me gastó una hora con su conversación. La pepa que se había tomado en Berlín, con lujo de detalles, y que le había pegado mal. Yo, mientras tanto, pensaba en cómo sacarme a ese pesado de encima y así poder ir a dar una vuelta para encontrar a alguno que me cogiera a mí. Pensaba también en un posible futuro reencuentro con el grandote, y si no me contaría otra de sus experiencias con la droga en otra ciudad y cuando se le haya acabado el rubro drogas, ¿tendría alguna otra cosa que contar? Creo que no. Me dio su número, y creo que lo voy a llamar más por curiosidad que por otra cosa. Más tarde me levanté un hombre tamaño oso, con brazos fuertes como rocas. Apenas me vio quiso llevarme a su casa y acepté. Allí quiso bañarme pero no lo dejé, tuvimos un sexo muy light sin penetración y me pidió que me quedara a dormir. Yo le expliqué que dormía muy mal por la tos. Él me contestó que pensara en mí y no en él y yo no pensé en nada y le contesté que sí. Muy mal hecho. Nada valió la pena. Apenas empecé a toser empecé a retarme, a preguntarme por qué no iba al médico, sin saber que yo estoy yendo al hospital por lo menos dos veces a la semana. No pude dormir por contener la tos para no despertar. Una verdadera noche de pesadilla. De pronto la voz se

le había aflautado y dejó de ser un confortable oso para transformarse en una especie de loca paternalista. Salí decidido a no llamarlo más. Me arrepentí de la salida compulsiva a ese cine. Debí de haberme quedado en mi casa, arreglar ese caño maldito que sigue allí, desarmado en medio de una cocina caótica invadida por las cucarachas que se pasean por los platos sucios. Me siento congestionado, con tos, cansado (anoche en lo del oso habré dormido menos de dos horas) y de lo que menos ganas tengo es de dedicarme a la plomería. Bueno, esta mañana fui a ver al doctor Rizzo, me recetó un antibiótico, tal vez mañana me sienta mejor.

19 DE ABRIL

El diagnóstico de la broncofibroscopia no es tan terrible, parece que no es ninguna oportunista, sino más bien una neumonitis de tipo inflamatorio. Sin embargo ésta no justificaría una capacidad respiratoria tan baja como la mía y además el tratamiento para este tipo de enfermedades consiste en altas dosis de corticoides que en los casos de VIH implicaría algunos riesgos. El doctor Rizzo quiere seguir ajustando el diagnóstico y tal vez tengan que hacerme una biopsia.

Decidí, después de haber pasado una semana muerto de miedo y sin voz, salir a divertirme. Había pensado en ir al teatro a ver la comedia musical de Damián Dreizik y volver a casa a la medianoche. Pero pasó Adrián con el auto para que fuéramos a la vernissage de Garnica, tomé un poco de bourbon, después fuimos con Andrés Moguillanes a tomar cerveza al Shamrock. Además de las cervezas seguimos tomando bourbon de la petaca de Adrián. Empecé a sentirme ansioso, me despedí de los chicos y me fui a caminar por Santa Fe, en donde levanté del piso una entrada sin cargo para Angel's. Allí fui, me estuve besando con un par de chicos, nada extraordinario. Hoy dormí hasta las dos de la tarde, tomé unos mates y la tarde se me pasó tratando de redactar dos avisos para NX. Uno, que no me llevó nada de tiempo, ofreciendo clases de francés, traducciones, copias en PC y cursos de español a extranjeros. Necesito trabajar para poder irme de esta maldita casa. El otro es el que realmente me llevó toda la tarde. ¿Qué soy? ¿Qué busco? No me resultó nada fácil poder explicarlo en un anuncio de contactos, no solamente porque trataba de descubrir seriamente cuál era el tipo de relación que buscaba, sino porque me lo planteaba como si estuviera escribiendo un poema. Quería aparecer como un chico masculino sin explicarlo, quería que en mi discurso se reflejara mi personalidad, sin de



«Por una parte, la escritura es el registro de la autoobservación y del cuidado de sí. Es el recuento de degluciones y ejercicios, rituales y recetas. Es el sumario de los estados de ánimo de un narrador que tambalea en el filo de la navaja. En este sentido puede decirse que el libro es un ensayo donde el propio autor es el conejillo de Indias.»

(Del prólogo de Roberto Jacoby.)

Si en la revista no existiera el límite de 30 palabras por aviso, tal vez habría podido escribir algo así, pero creo que nunca hubiese podido darle fin.

Mi temor por el anuncio que redacté es que empiecen a llamarme tipos que me quieran moler a palos. Tendría que ir a la primera entrevista con mis amigos SM para que ellos me cuiden o citar a los que llamen en un bar y someterlos a un interrogatorio de varios días. Porque una vez atado quedaría totalmente indefenso: podrían tenerme secuestrado todo el tiempo que quisieran, podrían perforarme, quemarme, tatuarme, afeitarme la cabeza y al final matarme.

13 DE JULIO

Creo que efectivamente me voy a morir hoy. Tengo que escribir doblado en dos, con los codos apoyados en las piernas, a veces puedo levantarme, como ahora, pero respiro muy mal. El aerosol cada vez me hace menos efecto. En el mejor de los casos tengo que tomarlo cada tres horas, si no cada dos. Más plomo en la cabeza, más pesada la respiración. Siento que no puedo ir hasta el Ferrer y además que sería inútil, recuerdo la mala experiencia que ya tuve en esa guardia. Busqué en la guía el posible número del doctor Rizzo. Hay cinco en la guía de Capital, tal vez viva en provincia. Yo no me animo a llamarlo por no molestar. Nunca me gustó molestar y a veces esto me llevó a consecuencias no tan graves como la de hoy, que seguramente será morirme.

Más tarde, a las seis de la tarde, viene Nicolás. Espero estar vivo para entonces así puedo confiarle este diario, porque si lo viera alguien de mi familia lo destruiría.

Tendría también que escribirle una nota por si mi familia llega a poner trabas para su publicación.

30 DE NOVIEMBRE

Ayer fui al Estetoscopio. Tocaba el grupo alemán Blumfeld, nada del otro mundo. En realidad fui por la instalación bar surrealista de De Loof donde me encontré con mis amigos, tomamos cerveza y whisky. Las conversaciones y las risas se entrecruzaban amablemente lo que sí, por estos días, me da la sensación de estar en otro mundo mucho más divertido que el cotidiano. Creo que este bar tiene la magia de todo lo efímero, porque cuando el Estetoscopio se termine, el bar tendrá su fin. Hoy siento algo distinto. Ayer, después del Estetoscopio, fui a la casa del chico de dedos deformes, esta vez con una buena provisión de forros. Habíamos quedado en que yo pasaba entre las once y la medianoche y que él me esperaría en el balcón porque no tenía luz y el portero eléctrico no funcionaba. Llegué en taxi, a las 23.55, y esperé hasta las 00.10. Hace mucho que nadie me dejaba plantado. Me fui a un cine porno, allí me quedé hasta las 6 y tuve sexo indiscriminadamente. Cuando volví pasé por la panadería y compré un pebete de jamón, queso y tomate que me pareció un manjar, además de que siempre mis diálogos de trasnochado con la panadera me ponen de un especial buen humor.

Después de comerlo me acosté y dormí hasta las 16.30, lo que da por tierra con mi teoría de que no puedo dormir de día. ¿O será el efecto del alcohol y de haberme agotado sexualmente en el cine?

Decía que hoy me siento extraño. Me siento bien. Siento ganas de dedicarme obsesivamente a escribir a los muertos, a la oscuridad:

*«Et la soif malsaine
Obscurcit mes veines.»*

¿Por qué no dejarme llevar en vez de ir en contra de estos sentimientos? Por mi salud. Tengo que cuidarme. ¿Cómo compatibilizar los cuidados con una vida que se aventura en la noche, en los sentimientos oscuros, en el regodeo con la muerte? ¿Es bueno que luche por vivir cuando la vida se me hace difícil y en cambio la muerte se me entrega a los pies y me pide que la siga? ¿Qué sentido tiene la lucha desesperada por vivir? A veces odio sentirme gobernado por un sentimiento cultural que es el del miedo a la muerte y el de hacer todo lo posible por evitarla. ¿Qué tiene de malo morir? ¿El miedo a la muerte no es un miedo tonto hacia lo que no conocemos? ¿Qué es más insano? ¿Pelear obsesivamente por mantenerse vivo y enfermo? ¿Dejarse alcanzar por la muerte reposadamente? ¿No es un poco egoísta de parte de los demás insistirnos a los enfermos para que aguitemos y luchemos por vivir aunque esto se nos haga cuesta arriba, para que después, cuando nos sentimos abatidos y necesitamos ayuda, se muestren impotentes e incapaces de

brindárnosla? Todavía no sé si todo lo que hago por vivir lo hago porque yo lo quiero así o porque me lo piden mis amigos.

31 DE DICIEMBRE

Aprovecho los últimos momentos de soledad de este año para escribir, aunque hubiera preferido seguir durmiendo la siesta hasta que Nicolás llegue. Me llamó recién para avisarme que salía para acá, es decir, tengo menos de una hora.

Hoy a la mañana, mientras estaba trabajando llamo Luis, el primer Luis con quien yo pensaba que todo se había diluido. Sigo pensando que es así y que llamo por una mera formalidad. Yo también había pensado en llamarlo para desearte un feliz año nuevo y no lo llamé por eso mismo. ¿Un año sin amor?

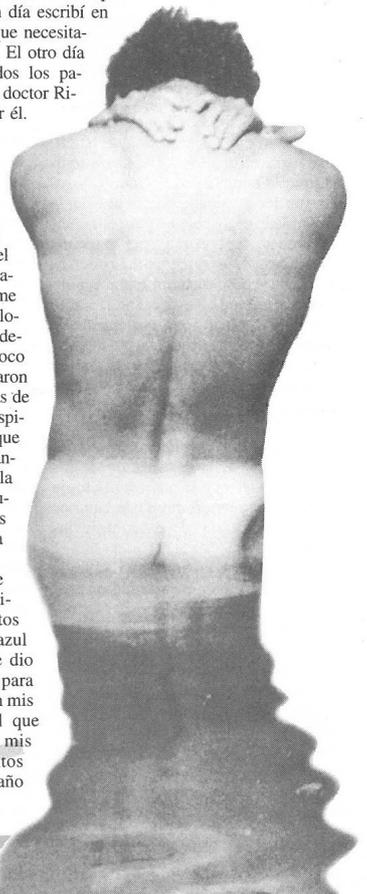
Esta noche vamos a recibir 1997 en la casa de Gustavo, un amigo con el que después de muchos años de no vernos la amistad vuelve como una ola y empieza a recobrar intensidad, otra intensidad. El plan para esta noche es cenar, tirar fuegos artificiales a la medianoche y comenzado el año próximo travestiremos. Cada uno hará un número musical, yo elegí «Romántica» de Lía Crucet:

*«Yo sé bien que a ti te gusta
que te diga cosas lindas
vente aquí con tu romántica
y gocemos de la vida.»*

Cuando les propuse esto a mis amigos solamente pensaba en divertirme, en reírme, pero también hay algo más. Siento que tenía resuelta mi femineidad mientras Paula vivía. Su nombre, el femenino del mío, lo elegí yo y además me gustaba aconsejarla sobre cómo vestirse o con qué chico ponerse de novia. Todo esto, en realidad, era lo que yo habría deseado hacer si hubiese sido una chica. Ahora siento que hacer algo vestido de mujer me ayuda, sin que esto vaya más allá de nada, no dejaré de ser una diversión para la fiesta de año nuevo. Todo sigue siendo igual, ninguno de mis presentimientos se cumplirá este año, ni siquiera el acontecimiento extraño, de no ser que tome seguir viéndolo como algo exótico.

Si hay un deseo que se cumplió sin que yo haya puesto demasiada expectativa en ello: algún día escribí en este mismo diario que necesitaba un buen médico. El otro día cenamos juntos todos los pacientes con VIH del doctor Rizzo, convocados por él. Una demostración de amor que necesitábamos. Entre risas y vino, las chicas empezaron a hacer preguntas sobre un médico del hospital que les gustaba, yo conté que me daba morbo el radiólogo y algunos de los demás chicos, un poco más tímidos, se soltaron hablando de las tetas de la psicóloga del hospital. Nunca pensé que nos divertiríamos tanto, sobre todo con la nueva patente del auto de Rizzo cuyas tres letras forman la palabra SEX.

Ahora tengo que intervenir quirúrgicamente los zapatos de taco de gamuza azul número 39 que me dio mi amiga Judith para lograr que entren en mis pies 43. Más fácil que intentar achicar mis pies con ungüentos pestilentes. Feliz año nuevo. ■



cir cómo soy. Finalmente no sé si se entiende qué es lo que quiero, pero ya está, ya lo entregué y va a aparecer así: «30, 1.73, 60, tipo latino, buen cuerpo, tendencia slave, a veces muy obediente. Busco master o amigo varonil, activo, protector, bien dotado, para relación estable con sexo seguro.»

El año pasado había empezado a redactar uno que empezaba así: «Poeta joven, etc., etc. ...». En esa época pasaba por una especie de trance de las musas en el que pensaba que todos los poetas, los vivos y los muertos, estábamos intercomunicados por una suerte de red invisible tejida por las huellas que dejan los poemas, lo que creí aún más cuando tratando de redactar este anuncio me encontré por casualidad con un poema de Ginsberg:

«Mensaje personal»

*«Yo también enviaré una foto
si tú me envías una tuya.»*

R. Creeley

«Poeta mundialmente famoso profesor en sus años otoñales

busca compañero pareja protector y amigo amante joven alma delicada vacía compasiva espíritu exuberante, franco y bello físico atlético y mente abierta, valeroso guerrero capaz de amar mujeres y chicas, no hay problema, para compartir cama meditación apartamento en Lower East Side, ayudar a vencer la furia y la culpa del mundo, inspirar humanidad Impulsada por Whitman Blake Rimbaud Ma Rainey y Vivaldi, priápico despreocupado, familiar o ávido de la majestad primordial del ante juguetón inecente como esclavo o amo, mortalmente tierno al paso veloz del tiempo, fotógrafo, músico, pintor, poeta, yuppie o intelectual. Encuétrame si puedes, estoy aquí en Nueva York, solo con la Sala yendo a la psiquiatra que dice tómate tiempo en tu vida para alguien que puedas llamar encanto, dulzura y que te ame que pueda emocionarte y pose su cabeza sobre tu corazón en paz.
Post Office Box 582 Stuyvesant Station, New York 10.009, N.Y.»

OBJECIONES AL CHE

MI AMIGO EL CHE.

RICARDO ROJO.

Legasa. Buenos Aires, 1994.

LA VIDA DEL CHE, MÍSTICA Y CORAJE.

JEAN CORMIER.

Editorial Sudamericana.

Buenos Aires, 1997.

EL CHE GUEVARA- LA BIOGRAFÍA

DEFINITIVA.

HUGO GAMBINI.

Editorial Planeta.

Buenos Aires, 1997.

Sobre la ideología de la pureza

EL CHE GUEVARA O EL FUTURO DE AYER

POR CLAUDIO URIARTE



Hay una ideología de la pureza que anda dando vueltas, una vocación de fe que parece brotar paradójicamente del desencanto, la corrupción, la pérdida de identidad y autoconfianza y la falta de pertenencia de la vida contemporánea, como si las mismas lacras de esta última generaran la consoladora añoranza de un paraíso perdido como ilusorio. El hecho está a la vista, y se expresa en una multiplicidad de síntomas, aparentemente contradictorios: desde las catarsis radicales y lunáticas del fundamentalismo islámico, el neonazismo y las «limpiezas étnicas» hasta las enunciaciões suaves y aparentemente inocuas del culto a la vida sana, el ecologismo, las dietas y la abstinencia respecto del alcohol, del cigarrillo, de las drogas y de las comidas hipercalóricas; desde las censuras de lo «políticamente correcto» hasta el culto de los ángeles, las flores de Bach y los libros de la vida después de la muerte.

Hay mucho más en común entre estas cosas de lo que parece: no hay que olvidarse de que también Adolf Hitler, en su diseño utópico de los territorios orientales del Tercer Reich, imaginaba una sociedad vegetariana, abstermia de alcohol y de tabaco y consagrada a la salud y a la gimnasia; ni de que Hitler, en su aspiración a lograr una raza «pura», quería también -a su manera, y según sus luces- el mejoramiento de la humanidad; ni de que el Führer personalmente no era corrupto -por lo menos en términos de enriquecimiento personal- y que -como diría un lugar común progresista, aquí insospechadamente revelador- «murió por sus ideales». Quizás el destino de todas las utopías sea envenenarse de sangre y de mal en el camino hacia su realización, ya que la utopía implica una completa negación de la realidad previamente existente, necesita ser implantada y requiere -por ende- de la destrucción de los tejidos sociales que la preceden: utopía hecha poder viene siempre con campos de concentración y de exterminio incorporados.

La Argentina y la América Latina de finales de siglo han encontrado un icono perfecto en el que depositar la encarnación de la ideología de la pureza: Ernesto «Che» Guevara, comandante guerrillero argentino-cubano de quien en octubre de 1997 se cumplieron 30 años de su muerte a manos de militares bolivianos. 1997 fue el año guevarista, y por lo tanto el Che estuvo en todas partes: desde las remeras de los adolescentes hasta los anaqueles de las librerías, desde la industria cinematográfica

A TRAVÉS DE SUS BIOGRAFÍAS EL CHE EMERGE ESENCIALMENTE COMO UN AVENTURERO APOLÍTICO, VAGAMENTE INFLUIDO POR EL ANTINORTEAMERICANISMO DE LA CLASE DOMINANTE EN DECADENCIA A LA QUE PERTENECÍA Y POR EL SOCIALISMO FABIANO DE SU MADRE. SEGÚN ELLAS, COMO MILITAR SE REVELÓ COMO UN GRAN LÍDER DE HOMBRES Y COMO UN TÁCTICO NATO PERO ERA UN ESTRATEGA DEFICIENTE QUE FUNCIONABA BIEN SÓLO CON LO QUE TENÍA ANTE SU VISTA Y CARECÍA DE UNA VISIÓN GENERAL DE LAS COSAS; SIEMPRE QUE ESTUVO BAJO EL MANDO DE FIDEL TUVO ÉXITO PERO FRACASÓ CUANDO TUVO QUE OPERAR SOLO. COMO POLÍTICO Y COMO TEÓRICO ERA UN ULTRAIZQUIERDISTA ESQUEMÁTICO, INCAPAZ DE TRASCENDER LA RIGIDEZ DE LA LETRA ESCRITA Y LA DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS.

y los pósteres hasta el hallazgo de su cadáver en Bolivia, su entierro en Cuba y las efusiones nostálgicas de una intelectualidad progresista que ha renunciado a pensar y se aferra a la superstición del socialismo como el niño a su osito de frente a los terrores de la noche. Jóvenes que no conocen su vida llevaron su imagen consigo, mientras incluso sus enemigos históricos le rindieron tributo en el cumpleaños de su muerte, elogiándolo por su «valentía», o por su «fidelidad a sus principios», como si fuera difícil -o imposible- hablar mal de él.

Una coincidencia y una adhesión tan amplias deberían despertar sospechas: Guevara, después de todo, era un revolucionario, es decir alguien que dividía la realidad en dos partes enfrentadas en una lucha a muerte; también era un acérrimo partidario de la lucha armada, de la construcción autoritaria del socialismo y de la creación de un «nuevo hombre»: sus enemigos, la industria cultural y la juvenilia deberían tener más dificultades en absorberlo. Sin embargo, el Che se nos presenta hoy como un artículo *ready-made*, listo para su uso, tanto en remeras como en películas, tanto en libros como en evocaciones; incluso aquellos que abominan de Fidel Castro, de su régimen y de la experiencia de la Revolución Cubana -entre ellos algunos viejos soldados del Che- se inclinan ante la figura romántica del héroe malogrado. Terminados los regímenes del «socialismo real» -y también sus ideologías, culturas y metáforas-, cuando ya no sólo Stalin sino también Lenin, Trotsky, Mao y Castro -e incluso parcialmente Marx- son objetos de un repudio tan universal como tácito y espontáneo, Guevara sigue resplandeciendo con un fulgor virginal y nuevo. Sus ojos -desde la célebre, iconográfica fotografía tomada en los días de Playa Girón- siguen avizorando el porvenir y la utopía. Alguna vez, generaciones enteras avizoraron lo mismo que él; aho-

ra, sin embargo, lo que queda de ellas -y las nuevas- sólo pueden avizorar sus ojos, y lo que ellos reflejan de ese porvenir del día de ayer.

La industria editorial vio el filón y lo aprovechó: si bajo el Proceso la tenencia de un libro del o sobre el Che podía ser motivo de muerte, ahora no hay ya casi manera de eludir su proliferación. Primero, en 1996, Legasa sacó unas **Obras Completas** (notoriamente incompletas) del propio Che, la reimposición de su **Diario del Che en Bolivia** y del clásico **Mi amigo el Che**, de Ricardo Rojo, así como el nuevo libro **El año que estuvimos en ninguna parte**, de Paco Ignacio Taibo II, y otros sobre la campaña en Congo. Ya en 1997, Planeta reeditó entonces **El Che Guevara**, la biografía clásica de Hugo Gambini. Y luego llovieron en sucesión las nuevas biografías: **Ernesto Guevara, también conocido como el Che**, del mejicano Paco Ignacio Taibo II (¿quién será Paco Ignacio Taibo I?); **La vida del Che, mística y coraje**, del francés Jean Cormier; **La vida en rojo**, del mejicano Jorge Castañeda; **El Che, una vida revolucionaria**, del norteamericano Jon Lee Anderson, y **Che Ernesto Guevara, una leyenda**, del francés Pierre Kalfont.

Claramente, hay ya una situación de sobreoferta -mucho más si se considera que cada libro oscila entre las 400 y las 800 páginas-. Sin embargo, la previsible vacilación del lector ante este exceso de opciones puede resolverse rápidamente. Salvo el libro de Cormier -un vergonzoso refrito mal escrito y sin ninguna idea se trata en todos los casos de buenas biografías, algunas mejor escritas (o pensadas) que otras, pero todas con ese necesario grado de honestidad intelectual que permite al lector sacar una conclusión diferente de la del autor, a partir de los datos que este mismo suministra. A mi juicio, Castañeda ofrece la interpretación más inteligente, y Anderson la investigación más ex-

haustiva (sin que ninguno contradiga al otro en ningún punto importante). La biografía de Gambini -publicada poco después de la muerte de Guevara- conserva su valor como clásico y referencia de época, como también ocurre con el libro de reminiscencias de Rojo. Taibo II, por su parte, se enamora demasiado del personaje para mi gusto -vale decir que su biografía será buena para los incondicionales de Guevara. Asimismo, su libro -que es el de un escritor de novelas populares, no el de un historiador, un biógrafo, un periodista o un ensayista- no siempre suministra la tensión o la estructura necesarias para sostener sus 600 páginas, pero su investigación es buena y su exposición de los datos es honesta, lo que también permite trascender el infantilismo entusiástico del autor hacia conclusiones menos encendidas. **Che Ernesto Guevara, una leyenda**, del francés Pierre Kalfont, aporta una óptica analítica diferente, junto con nuevos datos.

Pero justamente gracias a esta probidad general de los autores, que permite corroborar esencialmente la imagen general de un texto con la de otro, me surge una duda sacrílega: ¿era necesario tanto esfuerzo? ¿Valían la pena tanta investigación, tanta escritura, tanta reflexión, tantas páginas para este personaje que vivió sólo 39 años y que no ganó ninguna batalla? Tengo tendencias ambiguas ante esta pregunta: a lo mejor no valía tanto contar la vida, sino analizar la construcción del mito. Veamos la primera.

A través de todas estas biografías, el Che emerge esencialmente como un aventurero apolítico, vagamente influido por el antinorteamericanismo de la clase dominante en decadencia a la que pertenecía y por el socialismo fabiano de su madre: sus ideas eran básicas y rudimentarias, y nunca dejaron de serlo. El encuentro con Fidel Castro en Méjico en 1955 fue providencial: sin él Guevara podría haber terminado muy bien sus días en la caza al oso polar, la búsqueda del Yeti o de tesoros escondidos, el destino al que tan bien lo habían predispuesto las lecturas de Jack London y Emilio Salgari de su adolescencia. Como militar se reveló como un gran líder de hombres y como un táctico nato, pero era un estratega deficiente, que funcionaba bien sólo con lo que tenía ante su vista, y carecía de una visión general de las cosas: siempre que estuvo bajo el mando de Fidel tuvo éxito, pero fracasó cuando tuvo que operar solo. Como político y como teórico era un ultraizquierdista esquemático e ingenuo, incapaz de trascender la rigidez de la letra

DICEN QUE PRONTO LA MINORÍA MÁS PEQUEÑA SERÁ LA DE LOS MUERTOS. HOY EXISTE OTRA NO POR MÍNIMA MENOS VIRULENTE: LA DE LOS ANTIGUEVARISTAS.



escrita y la declaración de principios: siempre hubo algo libresco en el socialismo de Guevara, algo de lección mal aprendida y digerida, de amateur. Se indignaba con Castro por sus pactos oportunistas con la oposición burguesa y los guiños a los Estados Unidos, los mismos que le facilitaron acceder al poder. Cuando triunfó la Revolución asumió con todo voluntarismo y absoluta ignorancia la dirección del Banco Central y luego la del Ministerio de Industrias de Cuba, cargos en los que contribuyó a destruir -siempre con las mejores intenciones- la economía de la isla. Quería industrializar a Cuba, pero sus métodos para lograrlo incluían comprar fábricas en el bloque socialista para procesar materias primas de las que la isla no disponía. Quiso eliminar el monocultivo de azúcar en un solo año, y terminó generando un caos agrícola. Moviéndose en medio de un pueblo tan hedonista como el cubano, trató de suprimir el alcohol y las diversiones y de construir un «hombre nuevo» basado en el «trabajo voluntario», nada más que una sublimación ideológica del regreso a la esclavitud. Su aventura en África fue entre trágica y chaplinesca, y aterrizó en Bolivia con una idea de guerrilla rural de manual que ignoraba todas las características sociales y políticas del sitio en el que se encontraba: igual podría haber aterrizado en el Tíbet o en Birmania -como antes lo había hecho en el entonces Congo Belga- ya que para él la técnica de la revolución se resumía en una vulgata de validez universal deducida muy simplísticamente de algunos de los hechos básicos de la Revolución Cubana, a la que nunca comprendió verdaderamente. Ya que el Che consideraba en serio que la técnica de la Revolución se resumía tan sólo en la instalación y propagación de un foco de guerrilla rural, olvidando los desagradables pactos y transacciones que su maestro Fidel había debido concretar para que ese foco tuviera algún relieve y alguna proyección política.

Aunque el Che no lo supiera, en estas presunciones era profundamente antimarxista. Al tiempo que situaba el centro de gravedad de la lucha en el campo -contra las ciudades, la civilización, el proletariado-, depositaba una confianza y una adoración últimas en los indígenas y en el atraso, heredando la sublimación de su decadente clase burguesa sobre una ilusoria Arcadia anterior. Con el fanatismo del autodidacta, la rebelión del desclasado y el resentimiento antiurbano y antinorteamericano de la vieja oligarquía terrateniente argentina -a la que pertenecía-, el Che

confiaba menos en el proletariado marxiano que en el «buen salvaje» rousseauniano, campesino o indígena, que lo sorprendió en el Congo -al descubrir que comía carne humana- y terminó traicionándolo en Bolivia, entre otras cosas porque el gobierno boliviano respetaba la reforma agraria, y porque el Che -que no se había preocupado por estudiar la situación previamente- era un extranjero anómalo.

Al mismo tiempo, no comprendía verdaderamente a los hombres de la vida real, a quienes exigía un permanente comportamiento espartano, «trabajo voluntario», y contra quienes creía legítimo establecer campos de concentración. La gente, en realidad, no le gustaba; trataba a casi todo el mundo con una fría y despectiva ironía, y hacía alarde de su propio desaliño y de su propia descortesía, como anticipando los modos de la sociedad con la que soñaba. Indudablemente, él mismo daba el ejemplo de lo que quería en los otros -cortando caña, viviendo austeramente, trabajando mucho, durmiendo poco y yendo al frente del combate heroico cada vez que éste se presentaba, como si intuyera que su último destino era morir para dejar el ejemplo- pero esto no podía reproducirse en los otros, lo que él no entendía. Actualmente, y dentro del progresismo, está de moda refugiarse en la cómoda antinomia de «Guevara sí, Castro no», y no es difícil entender por qué: porque Guevara huyó siempre hacia adelante en la aventura del revolucionario impoluto -al África, a Bolivia, hacia la muerte- mientras Castro, el *realpolitiker*, se quedó en casa construyendo un Estado cuando la revolución ya no era heroica, se ensució las manos y asumió el lugar del Príncipe (o sea, del villano). Ser guevarista -incluso serlo ahora- es muy fácil, porque el guevarismo tiene kilómetros de extensión pero centímetros de profundidad: sólo se necesitan una fobia básica hacia los Estados Unidos, la desconfianza antimoderna a las ciudades, una confianza rousseauniana en el campesino y en el «buen salvaje» latinoamericano, una vaga idea de socialismo y una decidida inclinación a los métodos violentos. Ser leninista, trotskista, maoísta o castrista es más difícil porque implica asumir aristas y contornos muy desagradables de la vida y de las obras de aquellos que trataron de modificar las cosas desde el poder. Guevara, en cambio, se queda con la luz romántica del rebelde sin patria y sin Estado, y encima se muere a la conveniente edad de 39 años.

La razón de su actual popularidad universal radica precisamente en que es

inocuo: toda su teoría es una ineficaz y mala deducción de la Revolución Cubana. La coartada para su torpeza era el ultraizquierdismo, que naturalmente nivela y achata todos los fenómenos que son ajenos a su posición extrema para terminar diciendo que todo el resto es sólo más de lo mismo. Apenas llegó a Bolivia, Guevara exigió nada menos que el acatamiento del Partido Comunista local -con años de trabajo político, persecuciones y amenazas sobre sus espaldas- a su figura de líder. Naturalmente, no lo consiguió, y por muy buenas razones, aunque aún hoy se siga hablando sobre la «traición» de Mario Monje frente a un *rugbier* argentino y prepotente, que demandaba para sí algo así como la jefatura incuestionada de la revolución mundial. Y para la Argentina -país estructuralmente urbano, y del que él era nativo- Guevara soñaba con una insurrección del despoblado campo que desbordaría las ciudades. No hay una política del guevarismo, porque el guevarismo -en contradicción con el castrismo- es el rechazo de toda política, y se parece más bien a un simple estado de ánimo. Incluso en su exaltación de la lucha armada, que es su costado aparentemente más radical, hay una ingenuidad y una trampa: cada lucha tiene distintos tipos de armas y distintos momentos; mayor poder de fuego no equivale necesariamente a mayor izquierdismo, y detrás de la coraza de la hiperagresividad militar y la intransigencia política también merodean el miedo y el desprecio del «alma bella» hegeliana a mezclarse con el sucio curso del mundo (es decir con los pactos políticos). Sin una política, «los fierros» no valen más que los fetiches, amuletos y crucifijos, o que el unguento supuestamente antibalas de los congoleños, que Guevara tanto despreciaba.

Justamente por esto, Guevara encarna en América Latina la ideología de la pureza en su presente estadio. No se trata de lamentarse porque el mercado lo haya asimilado como una mercancía más, sino de preguntarse por qué lo asimila tan rápidamente el mercado -entendido éste no como una conspirativa junta de directores sino como una relación entre oferta y demanda que refleja un cierto consenso social-. O dicho de otro modo: su absorción por el sistema es posible precisamente porque el futuro revolucionario que postulaba es hoy -y de manera inequívoca- el futuro de ayer. El mejor revolucionario es el revolucionario muerto, utópico, romántico y envuelto en toda la dignidad de un programa imposible, legitimado además con todos los blasones de la más absoluta

integridad personal. Guevara expresa la rebeldía valiente y sin manchas y la renuncia a los compromisos de la política y el poder. Sin embargo, en esta misma pureza se encuentra su punto de falla, ya que es precisamente de esos compromisos -incómodos, un poco sórdidos, a veces repulsivos- que se hace también el progreso (o bien el retroceso) de los pueblos y las naciones. La revolución permanente en el mejor de los casos es un mito, y en los hechos es una pesadilla. Se ha dicho que el utopismo del Che es un rechazo a la corrupción y el exitismo, pero vale la pena recordar que la medida del valor de cualquier política -y especialmente la revolucionaria, la que quiere favorecer a los desfavorecidos, modificar un mundo que (como todo lo vivo) tiende naturalmente a la autoconservación y al conservadurismo- es la eficacia. Y sin embargo, todavía hoy encontramos científicos políticos serios -impecables en su conocimiento de Hobbes, de Maquiavelo o de Hegel- que caen seducidos ante la «otra política» que supuestamente habría implicado el voluntarismo de Guevara; todavía hoy encontramos intelectuales dispuestos a propulsar -e integrar- cátedras universitarias sobre «el pensamiento del Che Guevara» -si tal cosa existe-. El elemento narcisista que parece implícito en el alma bella chaplinesca de Guevara parece haber contagiado a sus comentaristas: seduciéndolos.

La ideología de la pureza destaca la indudable limpidez personal del Che (por otra parte desaseado), su inobjetable honestidad, su valentía y su carácter espartano rayano en el masoquismo, su entrega incondicional a su causa y -sobre todo- el hecho de que es algo así como el antónimo absoluto de cualquier posible corrupción económica. Sin embargo, más allá de la corrupción vulgar, rastrera y a precios fijos -véanse los tres Poderes en la Argentina de hoy- creo que existe, y debe ser considerada como problema, una corrupción ideológica, una corrupción nacida paradójicamente del ideal de pureza, que postula una humanidad abstracta contra los individuos concretos, y al fin deja a estos últimos sin otro camino que la postulación impotente ante la imagen del sacrificio heroico.

Ésta es una degeneración monstruosa del altruismo. Y también un motivo para interrogar, estudiar y escrutar la fenomenología del Che, pero de un modo abiertamente crítico. La tarea no es cumplida del todo por ninguna de estas biografías, pero todas ellas ofrecen abundante materia prima para empezar a pensar sobre el tema. ■

SORIAS & FRACTALES

Los Soria.
ALBERTO LAISECA.
Simurg, Buenos Aires, 1998.

En un diálogo con Noemí Ulla publicado a comienzos de los ochenta Silvina Ocampo confiesa sus sueños de una narrativa hipercoherente. Por ejemplo, imagina una novela que en cada uno de los niveles de su construcción refleje la misma estructura. Léxico, sintaxis, períodos narrativos y descripciones presentarían en ella idéntica morfología, difiriendo del referente narrado -es decir del «mundo» construido por el relato- sólo por su escala y su posición espacial.

Aficionada a Brahms, y no exenta de Mahler, el paradigma de imbricación entre armonía y timbres en el instante, con melodía y acentos en la sucesión, ha de haber estimulado esta reflexión de la Ocampo. Apuesto a que ignoraba la noción matemática de fractal, esa entidad descripta por Mandelbrot cuyas propiedades topológicas, en tiempos de aquellos diálogos, no se habían convertido en un lugar común de la divulgación científica.⁽¹⁾

Fractal es una figura demarcada por líneas o planos que se compone de líneas o planos cuyas anfractuosidades repiten, a menor escala, la morfología del nivel anterior. Son fractales esos cristales que copian y traen al alcance de la vista la forma del agregado de moléculas que los compone y que sólo se revela bajo el microscopio. Muchos efectos de crecimiento -ramas, rafes, genealogías humanas- son más fieles a la determinación de un algoritmo como los que en geometría abstracta dan lugar a un fractal que a esa intervención del azar que preferiría nuestra tendencia a simplificar y a des-explicar las cosas. Las propiedades de un fractal son frecuente resultado de los procesos de erosión.

El fjord escandinavo es el primer ejemplo que viene a la mente cuando se piensa en fractales: el caprichoso festoneo de la costa que el turista abarca con su mirada es geométricamente igual al que los cartógrafos patean en croquis de escala reducida cinco mil veces: cada saliente grabada en el papel se compone de salientes por las que camina el turista muerto de frío. Cada oquedad del croquis se integra por una sucesión de oquedades que sólo se interrumpe en la tierra de nadie entre piedras y agua, donde las gaviotas picotean lo que dejó la bajamar y otean hacia los matorrales, como buscando la cámara de Bergman que las captaba para convertirlas en metáforas de cualquier cosa.

El Fiordo de Osvaldo Lamborghini es un fractal. En ese relato las relaciones interpersonales de los moradores de la casa son a la vez producto de sus relaciones con la intimidad de sus cuerpos y representaciones en escala de las relaciones sociales de la nación que habitan. La misma crisis del discurso que testimonia el habla grupal se reproduce en las introspecciones del personaje y producen, o son efecto, o producen-el y son al mismo tiempo efecto-del malestar que padece el narrador en el momento de concebir los acontecimientos del relato.

Como Lamborghini siempre me sorprendió con sus conocimientos de transmitilación, parénquima hepático, balística, historia medieval y fenomenología francesa, cuando apareció la primera referencia a Bertil Mandelbrot en *La Recherche* le pregunté si sabía algo sobre fractales. «Nada, pero fractal me resulta una hermosa palabra...», dijo.

De Homero a Filloy, el arte occidental persigue tanto esta idea de armonía autocontenida que es natural que sueños como el de la Ocampo, y especulaciones como las de Schoenberg, Filloy, Valéry y Escher, se hayan anticipado a las formalizaciones de los matemáticos y a los registros empíricos, y macro y microfotográficos de geólogos, cosmólogos y cristalógrafos.

El devaneo de las tendencias estéticas puede narrarse bajo la forma de un reflejo de la organización de las fuerzas productivas contemporáneas a ellas. Pero también puede describirse como un ir y venir de aspiraciones extremas y parciales renunciadas al ideal supremo de organización de los mensajes sin más finalidad que autorreproducirse.

Historiador y político procedente de la izquierda nacional, Julio Fernández Balaibar pasó su exilio en Suecia, donde tuvo tiempo de reponerse de su sorpresa por la vir-

tual ausencia de discusiones sobre la literatura nacional, hasta comprender que los suecos carecen de preocupaciones sobre la literatura nacional porque tienen literatura nacional.

En esos años, cuando Videla figuraba presidiendo el país, una noche, en la ciudad de Concordia, gracias al entusiasmo de su encuentro con un poeta pueblerino y un polaco exiliado en estas tierras, Emilio Renzi pudo dar forma al modelo que da cuenta de por qué el mayor escritor argentino del siglo XX se caracterizó por escribir mal. «La ficción de Arlt es su estilo... La ficción de Arlt está hecha, en el plano lingüístico, del mismo material con el que construye sus temas. Por eso dan risa los que dicen que es un gran escritor a pesar de su estilo... La literatura de Arlt es una máquina que funciona toda ella con el mismo combustible...»

No creo que deba atribuirse al azar que el primero en llamar la atención sobre *Los Soria* de Laiseca haya sido el cronista de ese encuentro de un intelectualito porteño y un centro europeo formado en Cambridge bajo la tutela de Wittgenstein. Acababan de aparecer *Respiración artificial* y ese libro de diálogos con la Ocampo y llevaba una quincena tratando de terminar la mil trescientas noventa páginas oficio monstruosamente mecanografiadas por Laiseca cuando reconocí las iniciales de Piglia al pie de esa columna elogiosa que le dedicó en *Punto de Vista*.

«El mundo es un pañuelo -me dije-. Y *Los Soria* -anoté para salir del paso- es un fractal.»

Había pasado cerca de ciento cincuenta horas leyéndolo, odiando a Laiseca en las jornadas durante las que su trabajo apunta a horadar minuciosamente la paciencia del lector, adorándolo cada vez que su imagen se me representaba como parte de algo sublime inalcanzable y amándolo al cabo de cada capítulo interminable, cuando volvía a la convicción de que su empeño en torturarme perseguía el goce de producir un cambio en mí, convenciéndome, al mismo tiempo, de que yo lo merecía.

La Soria de la novela es un estado que limita con Cataluña, Chanchín del Norte, la Unión Soviética y Tecnocracia. Es una geografía tan imposible y pertinente como los hechos narrados, como la biografía de cualquiera de tantos personajes que habitan el libro, como cualquiera de las frases con que Laiseca los construye y registra sus destinos.

Desde que García Marketing aterrizó un hombrecito con alas en un gallinero e hizo llover perfume o puré sobre Macondo, no hay taller literario en el que falte un relato de uno que vuela, ni editorial que no promueva obras como esa novela de María Granata donde alguien padece ataques repentinos de carisma. Con estos recursos se pueden acumular premios, fotos en Clarín y montañas de justificable olvido. Es el camino opuesto al de Laiseca. En *Los Soria* las nubes no exhalan perfumes de rosas y nadie vuela y ni siquiera se interesa por levitar. El delirio organizado elude cualquier lugar común, y toda desopilancia es pertinente y se imbrica con precisión en la geometría de su conjunto. Por ser gigante, a veces llega a narrarse en escala real y, entonces, una receta de repostería puede ser, efectivamente, una verdadera receta de repostería o una asamblea sindi-

cal puede transcurrir en *real time* dando lugar a sus debidas actas, resoluciones ejecutivas, resquemores entre miembros de una y otra tendencia gremial.

¿Alguien se aburre?

Hay un arte que el joven Wagner importó de Oriente que sabe convertir el tedio en una pasión. Cuando el arte de la novela renuncia al modelo sinóptico audiovisual y asume la lengua como su única disponibilidad, el paso de la escala narrativa a la escala «real» asimila el tiempo de la lectura al tiempo del acontecimiento y algo se modifica en el lector.

¿Qué es?

Muchos han entregado sus vidas para que nadie quede fuera de la posibilidad de responderlo, pero, es sabido que el humano prefiere reiterarse diariamente en la vida a descubrirse contenido en un mensaje que muestra su permanencia en la constante del tiempo real.

Soria es un anagrama de «arios», aunque la historia no transcurre allí sino en su vecino Tecnocracia. El personaje central se llama Personaje y, como muchos de los personajes del relato, habita Soria, pero es oriundo de otra nación.

En los primeros dos mazos de fotocopias del manuscrito hay aventuras que evocan la narrativa del Renacimiento aunque transcurran en escenografías que invitan a pensar en Eumeswil o en Locos Solus. Pero *Los Soria* es una novela demasiado argentina para referirla a Rabelais, Junger o Roussel.

¿Habrá que referirla a Borges?

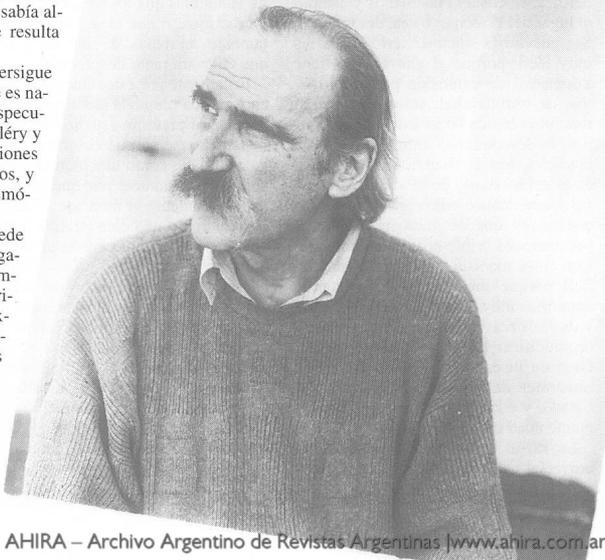
No: Borges se burlaba de Laiseca. Cuando apareció la colección de relatos *Matando enanos a garrotazos* alguien intentó comentárselo y el viejo rehusó argumentando que jamás toleraría un libro cuyo título incurriera en un gerundio. Laiseca no teme gerundios, rimas ni cacofonías que enervan la noche de los narradores. Me imagino que desde arriba de sus dos metros y pico mira el reloj y siente que «tiempo» es el más gerundio de los sustantivos abstractos y que, por efectos del microclima de su entorno, Borges murió privado de esa noción de tiempo que Laiseca -el maestro de *Los poemas chinos*- refleja en la voz del guerrero que en su última noche, antes de emprender el cruce del desierto, afirma: «el rocío aumenta el peso de mi túnica/ el sueño danza lejos de mí/ ignorando las puertas que le ofrecen mis ojos». O en la escritura del poeta exquisito de la corte, que rodeado de «objetos blandos e indolores» percibe, en gerundio, que *escribiendo*: «la tinta al deslizarse produce un ruido ensordecedor/ y el pequeño dedal de malaquita/ crece hasta contener el Río Amarillo». Tiempo en el que solamente un Laiseca puede reparar, y que, al quedar suspendido en la pintura de una rosa bermellón, lo «aturde con el perfume de miles de flores».

Cuando emprende la creación de la compleja geografía humana y política de Tecnocracia, como el Arlt de Emilio Renzi, Laiseca elude este tipo de excelencias de la lengua y de la autoobservación para las que es el más capacitado. Llegado al tercer mazo de fotocopias el lector se entrega definitivamente a creer y cree, preguntándose si acaso no había creído antes en Francia, España, Norteamérica, con la misma confianza que lo llevó hasta a creer en la Argentina. De la mano de Laiseca se cree en Soria, en Tecnocracia y en el inmenso desierto que la circunda y donde sólo habita el anti-ser, y queda en suspenso toda creencia previa en

Rusia, Italia, Chile y el Kuwait.

Y esto no porque las nacionalidades son meras convenciones pictóricas punteadas en el mapa, sino porque, desde *Los Soria*, se las entiende constituidas de algo que excede la realidad del mapa y de la superficie del planeta que los mapas intentan representar, y que necesita la mano de un poeta como Laiseca para ser indicado. ■

FOGWILL



⁽¹⁾ Este registro de una lectura de *Los Soria* data de 1982. Desde entonces, la noción de fractal se ha trivializado al extremo de que cualquier tarado con Macintosh puede comprarse un CD Rom que, sin mayor dificultad, instala un programa que *fractaliza* lo que se le antoje: el 30 de diciembre de 1997, Infoseek detectaba 34.256 páginas de Internet con referencias a fractales; Yahoo poco más de 39.000.

REMINISCENCIA DE UN CRIMEN

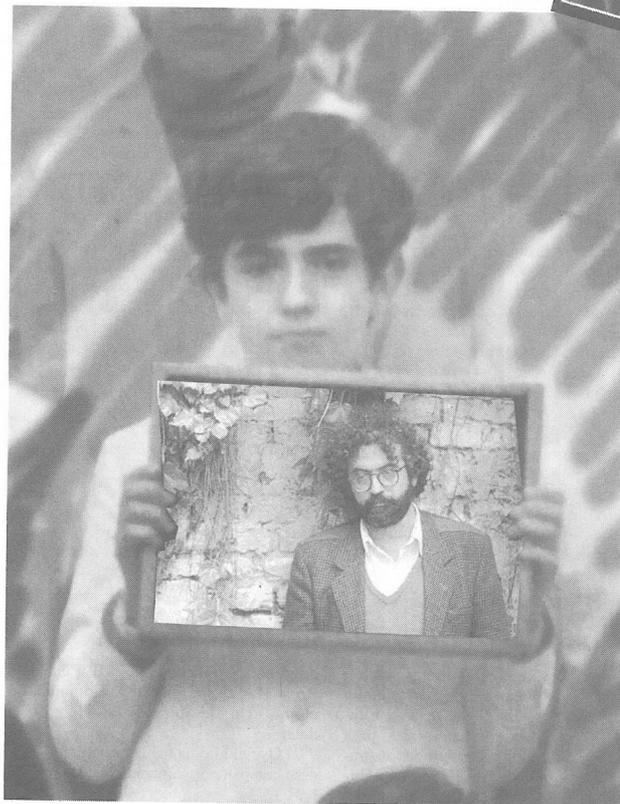
En cierta ocasión Thomas Bernhard afirmó que cuando los matrimonios creen poner niños en el mundo se trata de un error: «Engendran un posadero o un criminal de guerra sudoroso, espantoso, panzudo. Engendran a un octogenario que se mea, que apesta y renguea, y a quien la gota le impide moverse. Es a éste al que hacen nacer, no a niños». Conocida es la afición de numerosos artistas por romantizar la infancia, el paraíso perdido de esos ojos tempranos que sabían hallar un universo dotado de misterio. Aquel mundo que, una vez abandonada la pureza del descubrimiento, se tornaría con los años más banal, más tosco, más pesado. **El carapálida**, primera novela de Luis Chitarroni, se inscribe en este linaje de melancólicos cuyo esfuerzo -condenado desde el vamos a la imposibilidad- está abocado a recuperar la infancia. Sin embargo una chatura brutal vendrá a burlarse de este tópico antiguo.

Raciones mínimas, tal es el destino de sus pequeños personajes y de una historia que transcurre, presumiblemente, en el radio de una escuela del sur de la provincia de Buenos Aires; y, alegóricamente, en la escuela pública argentina. 1971 es el año. El narrador, un observador empedernido de la foto de séptimo grado -que todavía conserva-, pone su empeño en evocar y describir gestos nimios: borrar el cuaderno con la goma Dos Banderas, hacerse la rata en un depósito de artefactos eléctricos descompuestos, jugar al tusacarcata, mirar las polleras tableadas de las chicas de la escuela de al lado. La clase media argentina es el mundo que indaga; de allí surgen las costumbres retratadas con obsesión minimalista, no para llevar al lector a percibir el fulgor luminoso que se oculta bajo lo cotidiano sino un rotundo tedio. Una parodia al pretendido sabor de lo anodino: «¿Cómo era posible que esos cordones que habían pasado la mañana, la tarde y parte de la noche arrastrados por el suelo permanecieran tan ajustados, proponiendo un enigma gráfico gracias a la tensión?».

Nada notable sucede y, no obstante, en el centro de estos calcos de la trivialidad yace un cadáver: un muerto que podría haberle dado a la novela un auténtico enigma. El carapálida, a mitad de camino entre el hogar y la escuela, ha sido asesinado; y a partir de ello sería esperable que la trama urda una intriga, a no ser quizá porque, equidistante entre las dos instituciones, el niño fue sencillamente atropellado por un auto. Para cualquier lector sensato el rótulo de «enigma» al cadáver del carapálida le sentará algo holgado; pero este narrador, por el contrario, considera que cuando Emilio Both -de madre modista y padre jubilado, venido a menos y que se gana unos pesos sacando fotos de fiestas de egresados y de casamientos- penetró en el colegio le dejó un testimonio que está allí y reclama. Emilio Both ignoró que al ordenar «digan whisky» estaba a punto de eternizar el recuerdo de un crimen fantasmal.

El narrador ha decidido investigar en ese material que tiene enfrente de sí los rostros de esos niños que, en cambio, no murieron; sus pesquisas obtienen re-

EL CARAPÁLIDA.
LUIS CHITARRONI.
Tusquets. Buenos Aires, 1997.

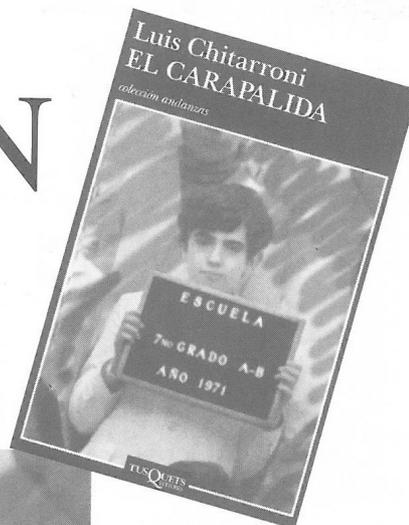


sultados muy pobres, precisamente porque la tragedia no se esconde detrás sino en la superficie. Así reaccionan los compañeros del muerto en el momento en el que la señorita Norma Ceffirelli de Proietto le anuncia a su clase el accidente reflexionando en torno de que Dios necesita más ángeles en el cielo: «Asturias, en la segunda fila, simuló con las primarias manos unas alitas sobre sus omóplatos. Bonfiglioli en la tercera parpadeaba atónito oliendo la fermentación de un pedo silencioso de cuya autoría no se haría cargo. Collodi extrajo algo que se había pegado a su colmillo con una succión de lengua. Sarraute jugaba a la batalla naval con Simieri».

El carapálida ha rechazado proveerse de una trama atractiva, está atestada de lugares comunes, nada hay de conmovedor en los niños y ya al principio del libro se advierte lo que, en el mejor de los casos, un niño habrá de ser: un muñeco de ventrílocuo

adiestrado en un proyecto de lengua hecho por padres y maestros «deseosos de dar a entender que en la infancia de ellos no podría haber existido». En efecto, las fórmulas rituales puestas reiteradamente en las bocas de estos púberes no distan demasiado de aquellas que sus padres y maestros repiten jactanciosos. Los pequeños, podemos advertirlo, serán en un futuro sus fieles herederos: «Hágame el favor, querido, de ir inmediatamente a la dirección. ¡Qué bárbaro, su amigo está muerto y usted haciéndose el vivo! Vibración por simpatía: los compañeros más cercanos le prodigaban ahora la felicidad de sentirse exentos.».

Chitarroni tiene entonces un mérito doble: zambullirse en esa materia pueril bajo la cual ninguna trama fascinante es posible; y hacerlo con un tono melancólico y ácido, que se distingue del frecuente cinismo de una corriente de los escritores actuales. El cinismo ha sido aquí reemplazado por la ironía



lacónica. En los móviles mezquinos, en la certeza de que eso que suele llamarse «actualidad» no sea sino «lo que ha ocurrido dos o tres años antes en cualquier otra parte», en la futilidad de los diálogos, en esa «detección por el anuncio que comparten las solteronas y los niños», en esos niños que sueñan que alguien les ofrece un ravioli insistiendo «droga droga», en las niñas anticuadas que juegan a esperar a sus maridos «lejos del hogar a causa de la guerra», en un fotógrafo que pierde los dientes, el narrador está fotografiando él también la insipidez general de una ciudad que a pesar de su tráfico conserva los evidentes vestigios de una sociedad pueblerina.

Hacia el capítulo 18 incurre en definiciones y explicaciones de las que habría podido prescindir, y que además desentonan con uno de sus principales aciertos: presentar personajes sin fondo, sin profundidad, que así consiguen provocar -además de una risa recurrente- hastío hacia esa microsociedad donde transcurre la novela y que nos es profundamente familiar. Retratos caricaturescos de padres, niños, maestros y de dos conductores de un programa televisivo nocturno llamado «El soplón local». Osorio y Carrados, con pantalones oxford que también los pequeños adquirirían para imitar al cantante de «Humble Pie», en mitad de la novela irrumpen en la escuela y realizan una significativa donación: «El televisor viene libre de todo gasto, gratis. ¿Conocen el valor de esa palabra gris que anuncia la primavera? ¡Gratis! De ahora en adelante tienen la excusa perfecta para no memorizar sonetos, e incluso olvidarse de las provincias del mapa mudo, y para ver, acuérdense, no se lo pierdan, «El soplón local» los jueves a la medianoche por...». En estos dos advenedizos, en la maestra que habla de la manzana podrida que pudre a las demás, presumo que esta novela advierte la trama cotidiana en la cual se entretejieron los años venideros. Un enigma posible en **El carapálida** podría, en todo caso, consistir en develar ¿por qué esta maestra que, a diferencia de los dos conductores, no pensaba que mirar televisión hiciera bien la encontró útil unos años después para el Mundial 78? ■

FLORENCIA ABBATE

2 X EHRENHAUS

MONOGATARI.
ANDRÉS EHRENHAUS.
Ed. Mondadori.
Barcelona, 1997.

EL TARTAJEO COMPETENTE

En la pueril discusión acerca de si hay que contar o no historias para sacar chapa de narrador, Andrés Ehrenhaus (Buenos Aires, 1955 -vive en Barcelona desde 1976-) participa al sesgo. Ya en *Subir arriba* (1993), su primer libro de cuentos que pasó por estos pagos en puntas de pie, Ehrenhaus hacía del lenguaje una materia translúcida y encerrada: patinaba allí el voluntarismo de los que quieren arrancarle a las narraciones sólo un puñado de anécdotas para contar en las tertulias. En *Monogatari*, segundo libro de Ehrenhaus, los resultados son aun más felices para los amantes de la literatura como desvío hacia lo inesperado y decididamente desalentadores para los repetidores de argumentos. Porque en estos nueve

cuentos hay historias, pero su sustancia suele ser disparatada y bizarra, como si el mundo se hubiera convertido finalmente en lo que ya casi es, un interminable programa de televisión en cadena, y sufriera de tanto en tanto los ataques de un dadaísta desengañado.

En los relatos de Ehrenhaus más que las historias, desplegadas en dislates perfectos y de una coherencia interna irrochable, intriga lo que hay del otro lado de la voz del narrador. Éste pone buena parte de su tremenda eficacia en interesarnos por ese algo que apenas insinúa, que no dice, que dice no saber. Y está tan seguro de habernos atrapado que en el último cuento, «Bodeler, Bodeler», se atreve a pedir plata a cambio de revelarnos el final del relato.

Ese algo desconocido e insinuado no es otra cosa que un mundo según Ehrenhaus: un estado de cosas, una legalidad distinta de la conocida que hace posible los personajes, las peripecias y sobre todo el lenguaje capaz de narrarlos. Una estolidez brillante, jactanciosa y lúcida parece anunciarnos, con tono didáctico y moralizador, la victoria definitiva de la pulcra mediocridad, del lucro incesante, de la verdad encerrada en una jaula.

La voz que narra puede anunciar la buena nueva de ese mundo barnizado de falsas certezas desde la piel de un ángel de la guarda que no duda en confesarnos su onanismo, un comerciante que escribe para advertirnos del flagelo de la lectura o un impersonal administrador de fábulas

con moralejas vacantes. En todos los casos, esa voz encuentra su felicidad en un registro que parece la cruz de un burócrata con un traductor de best-sellers. En su tartajeo competente y desopilante, es capaz de inventar palabras, torcer regímenes de verbos, alterar el curso de la lógica. Y, en esas valencias cambiadas, brilla también aquello que las traiciona: el lujo de unos héroes torcidos, divergentes, refractarios. Habitantes, incomprensidos de un mundo lelo y levemente atrofiado, sin ejercer la parodia ni abusar de la ironía, alcanzan una extraña lucidez, una eficacia oblicua, como atletas retirados que todavía amenazan con la perfección de un salto. ■

GUILLERMO SAAVEDRA

HAY QUE SUBIR ARRIBA

Andrés Ehrenhaus es un personaje de nariz (como se dice, «de fuste»), estatura mediana (alta para nuestras longitudes australes), eterno jugador de fútbol, ex habitante de Buenos Aires, ex militante del 70 (columna Sabino Navarro), ex Colegio Nacional, ex tocador de violonchelo, ex estudiante de Medicina, ex estudiante de dirección (teatro), ex tocador de contrabajo, dibujante ocasional (a pedido), fundador de la legendaria revista de poesía *Miserere* en Barcelona, traductor fino (padre alemán, madre inglesa, abuelos sirios), seductor de amplia banda (ancianos, púberes, tías, colegas, esposas, cosas y etc.) y padre de tres niños, cuyo crecimiento vigila en un tupido bosque de Valldoreix (Barcelona) junto a su bella esposa catalana. También escribe. Digamos que es su cosa, su molinillo de oro.

Escribe cuentos, poesía, cartas y notas innumerables. Los cuentos han aparecido en *Subir arriba* y en *Monogatari*, ambos editados en Barcelona con cierta pompa (Ed. Sirmio y Grijalbo-Mondadori). Las gracias de Ehrenhaus son varias:

1) Posee el arte de titular (la carnada del buen pescador): «Naspier o el ver-

dugo de Eiszeit Stadion», «El Pum de Rosy-Mar 2», «Cimas de la Comunicación», «Un Besapiés», «Bodeler, Bodeler».

2) Oye al idioma hablar: contar un suceso con palabras contando que las palabras (o sus ensambles) son un suceso. Así empieza «Una excursión a la sierra»: «¿Por qué se llevaron a Delio Perm Gomenoso? A las quince cincuenta y dos». Respuesta imposible pero realista. Ver escrito jokei, metre de hotel, turs, suvenirs, aprouch, palabras extranjeras castellanizadas con soltura, produce una alegría del intelecto pocas veces satisfecha.

3) Es sexual: la sofisticación arborecente de la cultura está siempre atada al duro hueso del sexo: máquinas lamedoras o chupadoras, vaginas-agujero negro, gigolos perdidos entre charlatanas, neuróticos que se adormecen en boutiques.

4) No es sexual: ¿cómo escribir después de Borges? Siendo tan fino o más que él. Elusivo, equidistante, mañero, digresivo (retóricas lógicas y científicas, maneras de comportarse, códigos variopintos, tradiciones comentadas en una época disoluta..., más luego, en medio de una exquisita abstracción, dejar caer un pesado plato de polenta). En «Cimas de la Comunicación» un tipo aborda a una mujer en la calle con largas parrafas

das sobre sus piernas y, en especial, su vagina, con un tono neutro, de analista de sistemas. Y, de una manera similar, un hombre es citado a una repartición pública para ser aniquilado («Moratoria»). En «Una excursión a la sierra» un profesor es secuestrado y luego matado y creo que aquí se hace explícita la Vía Ehrenhaus: jugar los juegos de la cultura, pero no hacerse el boludo. Y viceversa, apretar el pomo de la tragedia, pero gritar ¡Carnaval!

Ehrenhaus forma parte de la generación del exilio de los 70, y ha resuelto el problema del idioma (ser argentino en España) de una manera sólida y filosa: vocabulario de la técnica y las ciencias salpicado con barbarismos, en general, hilarantes. Como traductor ha sabido llevar y traer palabras de regiones distantes sin perder nada en el camino. Todo con la mirada (alguien dijo: «Andrés es un dandy») de la vieja Eironeia y con la pata (como zancadilla) de la distancia.

Debemos reseñar que este escritor, por fuera de lo que se llama «obras», es personalmente artista de la gracia, surtidor de novedades y mantenedor del interés en esta era del Gran Bostezo. ■

DANIEL SCHIAVI

DE LA NATURALEZA AL ODIO

LOS EXCLUIDOS.

ELFRIEDE JELINEK
TRADUCCIÓN: CARMEN VAZQUEZ DE CASTRO.
Ed. Mondadori, Madrid, 1992.

LA PIANISTA.

ELFRIEDE JELINEK
TRADUCCIÓN: PABLO DIENER OJEDA
Ed. Mondadori, Madrid, 1993.

Ninguna sociedad de la Europa occidental ha encontrado tantas dificultades en la construcción de su identidad como la segunda república austríaca, cuya plena autonomía política no quedó sellada hasta el tratado internacional de Staatsvertrag en 1955, momento en el que los aliados se comprometieron a abandonar el país ocupado a cambio de la neutralidad permanente de la nación.

Este frágil camino a la democracia encubierto por la neutralidad plantea dos problemas fundamentales en la concepción de la nacionalidad austríaca. El primero se relaciona con la posibilidad de considerar o no a este pequeño Estado como heredero de aquella monarquía supranacional de los Habsburgo, cuyas disensiones acabaron con la guerra civil del 34, y el segundo, los siete largos años de anexión hitleriana y el favor con el que contó la política nacionalsocialista por una gran parte de la población.

Entre todas las heridas infligidas a la Europa que surgió después de la Segunda Guerra Mundial, Austria constituye por sí misma una dolorosa cicatriz, abierta aún hoy. El Holocausto dibujó el abismo entre la sociedad austríaca anterior a la anexión y la de la posguerra. Como en toda sociedad que no acepta las aberraciones de su historia, la clase política ha querido reprimir y borrar las huellas del genocidio con la pluma de la identidad, el ser nacional y la reconciliación.

La tesis oficial, que se remonta a la conferencia de Moscú de 1943, hacía de Austria «la primera víctima del nazismo» y reducía así el período de anexión a un paréntesis trágico que velaba y oscurecía la transición del imperio a la república «neutralizada»; y, mientras, la negativa a reconocer la responsabilidad austríaca durante el nazismo («una nación de criminales exculpados muy pronto, ... la nación en donde Hitler aprendió su antisemitismo») impedía el regreso de los exiliados, la exaltación de las bellezas naturales del país se convertía en cimiento de la identidad nacional.

La Naturaleza contra la Historia. La verdad contra la mentira política.

Toda la literatura austríaca contemporánea, heredera de la tradición satírica de Karl Krauss o Robert von Musil, no hace más que representar una y otra vez este doloroso reconocimiento de las fracturas históricas y su represión; es la literatura de la emigración, el exilio, los conflictos raciales y políticos; basta con remitirse a la célebre «tradición austríaca» para ver que tales paradojas tienen su historia bien definida: Kafka y Rilke eran de Praga, Joseph Roth era un judío de Galitzia que emigró a Francia y allí murió, y Wittgenstein sólo llegó a ejercer como profesor de filosofía en Inglaterra.

DE THOMAS BERNHARD A ELFRIEDE JELINEK

La inevitable recurrencia del nombre de Bernhard en cualquier aproximación a la literatura austríaca rinde homenaje a su grandeza. Habida cuenta de la feroz crítica

que ejerció contra su país, este autor ha encarnado más que cualquier otro escritor de la posguerra la extraña riqueza de la literatura anterior a la anexión: **Extinción**, la más extraordinaria novela de Bernhard, recorre de forma impiadosa la historia de Austria del siglo XX. Todas sus obras son crudos acercamientos a los traumas históricos del siglo y en particular del compromiso con el nazismo. Como si tras años de haber estado reprimido el recuerdo se hubiera convertido en una obsesión: la misma obsesión que mueve a Elfriede Jelinek, nacida en Viena en 1946, y que la transforma en una de las escritoras más importantes de Europa.

El odio tenaz, el odio sin raíz y sin lógica que se difunde por grandes sectores de la vida europea de los años 50 es hacia donde Jelinek dispone sus personajes, generalmente jóvenes autistas y solitarios «expresión de la barbarie, expresión de la poscultura». En este punto Jelinek reconoce la influencia de uno de los escritores más brillantes de la Europa de entreguerras, Odón von Horvath, para quien juventud equivale no sólo a gregarismo violento y a parricidio sino, y muy pronunciadamente, a conservadurismo radical.

Ese mismo odio transforma el paisaje austríaco en tierra yerma donde ronda la gran masa de los muertos víctimas de los nazis o nazis ellos mismos, indiferentemente «...la memoria del suelo no alcanza a mantener los muertos en tierra. Reaparecen, siempre». (Los niños de los muertos, 1995.) Todo desaparece en un enorme bosque, un alud y el amasijo de los cuerpos. Al igual que Hans Lebert, Jelinek parece extremar en sus obras el pesimismo, la tensión y la desesperanza. Su exposición directa y feroz de los hechos, sin eludir los detalles más crudos, su voz excesiva, histriónica, sus cuadros de costumbres y el determinismo ciego de los personajes recuerdan no sólo la exageración del expresionismo alemán sino también su salvajismo, «...ni el amor ni el placer han de provocar a la crítica. Endurecidas por el ácido silíceo, los labios de las vaginas de las dos hembras viejas golpean con un estorzo seco, como las tenazas de un cascós moribundo, pero nada cae en sus garras. Así, se enseñan con la carne joven de la hija y nieta y la trocean lentamente mientras hacen guardia armadas hasta los dientes para que nadie se acerque a envenenar la sangre adolescente». (La pianista, 1993, Mondadori.)

LA PROVOCACIÓN JELINEK

Elfriede Jelinek es una escritora política y formalista. Sólo la tradición austríaca

del lenguaje entregada a una crítica social puede explicar tan extraña combinación. Ya no se trata de subvertir una percepción o de suscitar otra lectura, en Jelinek la lengua se orienta en función de la sonoridad de las palabras que se enfrentan a toda autoridad, a toda institución. La fuerza de las novelas de Jelinek no se sostiene sólo en la implacable crítica interna del lenguaje sino, y más justamente, en su práctica del collage, del montaje y de la cita, que permiten poner en práctica una muy eficaz crítica del nacionalismo y de la fe literaria dominante: «La víctima es siempre mejor, porque es inocente. La verdad es que en nuestros días es todavía posible encontrar numerosos criminales inocentes. Éstos se asoman amistosamente a través de las ventanas ornadas de flores para saludar, llenos de recuerdos de guerra, al público: Otros ostentan altos cargos. Y en medio de todo, geranios». (Los excluidos, 1992, Mondadori.)

La provocación, el cinismo, los modos de expresión preferidos de Jelinek, toman como objeto el consenso político socialdemócrata de la civilización europea occidental a partir de los 50, pues se trata de la sexualidad, del totalitarismo y de la muerte: «...algún origen se está gestando ahí abajo, porque todo se está gestando a un ritmo desenfrenado, hasta un comienzo concebido de hecho como un fin». (Los niños de los muertos.)

Es importante resaltar, para entender qué significa la crítica del lenguaje en la literatura de Jelinek, lo que ella misma señala: «Lo que de verdad es importante en esa tradición austríaca de crítica es que la ejerzamos casi únicamente a través del lenguaje. También hay razones históricas para eso: el imperio austro-húngaro era plurilingüe, había una gran influencia del mundo eslavo. Hay que hacer notar que toda la tradición de vanguardia quedó brutalmente interrumpida por el fascismo».

TORTURADOS Y TORTURADORES

Tanto en **Los excluidos** como en **La pianista** queda claro con premura cuál es el motor, el verdadero interés de la escritura de Elfriede Jelinek: trazar los rasgos, los rostros, la palidez de lo que ella misma denomina «inocencia criminal»: «En Rainer se esconde demasiada fealdad, esto supone una enorme carga para un niño y para un adolescente es difícil poder librarse luego de ella. El niño presenció con demasiada frecuencia cómo, bajo las palizas del padre, la madre -semejante al esqueleto de un

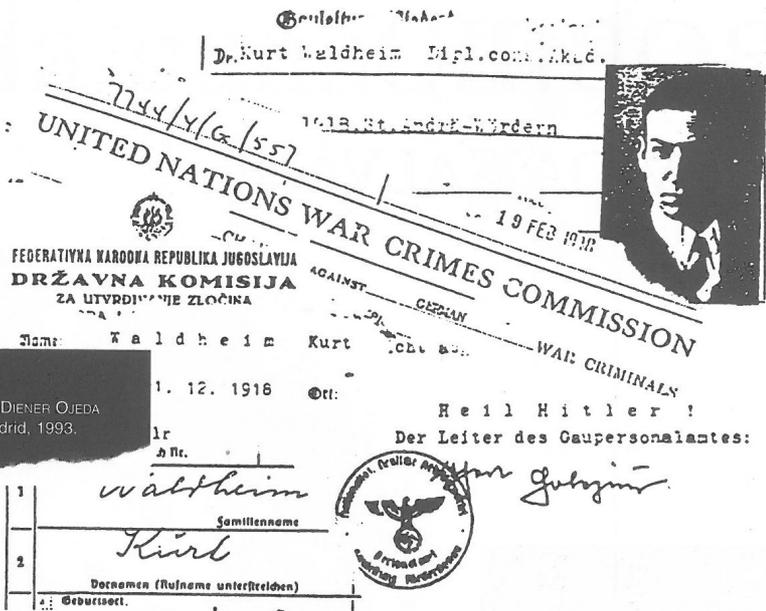
caballo viejo- se doblaba formando una enorme v. Para ello la mayoría de las veces se empleaban unas viejas zapatillas de andar por casa, que después del uso recibidas podían tirarse. Parece ser que las palizas empezaron el mismo día en que se perdió la guerra».

Quizá la mejor novela de Jelinek, **Los excluidos**, reúne a tres jóvenes estudiantes y a un obrero hijos de la clase media involucrada con el nazismo en los años 40, quienes asaltan y golpean a incrédulos paseantes de la Viena que «al igual que los cadáveres que permanecen en el agua, cada día está más hinchada». A la determinación de una sociedad decidida a olvidar el pasado y en la que la mentira se enlaza con el privilegio social para convertirse en el único valor intercambiable, los cuatro adolescentes responden con la violencia y el odio más radical.

Esta arrogancia que les confieren las heridas los aparta del mundo pero, a la par, los obliga, los sujeta, los somete a aquello que los ha violado. En Jelinek, la víctima y el victimario se mezclan, se degradan a sí mismos únicamente, incapaces de eludir el sufrimiento y la muerte. «...Nuevamente se da vuelta para mirar a la dama completamente desorientada y enseguida ella se pone en marcha por un camino bien conocido. De paso mira burlona a la dama, olvidando que dentro de unos minutos ella misma será reducida a un montoncito de cenizas bajo el fuego ardiente del soplete materno por llegar tan tarde a casa.» Es como si el herido aspirase a un daño sin límites en el cuerpo del otro y en su propio cuerpo. Erika Kohut, la pobre pianista y profesora, vencida por un fracaso que no es sino la imagen de un fracaso mayor: el de escapar a un dominio siempre presente: «...Erika es un insecto petrificado, atemporal, sin edad. Erika no tiene historia y tampoco hace historia. Hace tiempo que este insecto ha perdido la capacidad de correr y escabullirse».

Para los personajes de Jelinek, de la mutilación y del dolor podría desprenderse alguna certeza, una suerte de ilusión, pero que se desvanece como pantallas de piel humana mezclada con la mentira, en un pueblo de criminales. «La muerte no es sino un mercado del ocio», donde el juego elegido por Jelinek puede sustituirse a voluntad por toda clase de artilugios, que nada tienen de natural. En todo caso, Jelinek ha querido prescindir de la naturaleza, al menos en su escritura. ■

LUIS DEL MÁRMOL



BOBBIO

EN VIDA SALVAJE

DE SENECTUTE.
NORBERTO BOBBIO.
Taurus. Madrid, 1997.

De Senectute, a diferencia de los demás libros de Bobbio, habla de algo que está muy lejos de la esfera política: el porqué de la vida y, naturalmente, el porqué de la muerte, todo ello considerado a través del filtro de la vejez. Bobbio posee una sabiduría existencial a la que no resulta difícil confiarse cuando los valores disminuyen y las incertidumbres aumentan.

A los ochenta y siete años Bobbio se plantea las mismas preguntas que muchos de nosotros -no por casualidad el libro está precedido por una introducción que lleva por título «A mí mismo»- buscando las respuestas no en teorías o doctrinas sino en la experiencia cotidiana, en la interioridad afectiva y en la racionalidad metódica. Como cuando recuerda la oración católica para los difuntos («*Requiem aeternam dona eis, Domine. Et lux perpetua luceat eis*») aprendida en su infancia y «*repetida no sé cuántas veces*», que encuentra, siendo viejo, su sentido lógico: «*El reposo perfecto, aún más si es eterno, requiere no solamente el silencio sino también la oscuridad. La imagen del reposo y la de la luz contrastan entre sí. Habitualmente asociada, en cambio, son las del sueño y la noche*».

El filtro de la vejez posee un sabor acre porque la vejez es una edad apropiada al futuro. Como escribía Italo Svevo, «la vida del viejo es verdaderamente salvaje». Porque es la vida reducida a perfecto presente, con una sola posibilidad: transformarse en pasado. Y como pasado debe ser repensada y revivida. Ya privada del mañana, si es que alguna vez tuvo alguno, como nos enseña toda la literatura mitteleuropea. Ésta es la gama de reflexiones y emociones que aparecen en las páginas del libro de Bobbio: «*Quien ha alcanzado la edad que yo tengo, me parece que debería tener un solo deseo y una sola esperanza: reposar en paz*». O sea, una esperanza que ni siquiera puede considerarse tal. No esperanza por algo, no esperanza por alguien, sino la esperanza de sentirse liberado; podríamos decir la esperanza de no esperar nada más. (Bobbio parece recordar a Carlo Michelstaedter, el autor de *La persuasión y la retórica*, a quien inevitablemente ha leído, y leído bien. Poco antes de suicidarse, en 1910, Michelstaedter escribió: «Me doy cuenta de vivir casi en un sueño donde todo es incompleto y oscuro..., todo se me escapa de las manos, y me parece como si hubiera un tupido velo entre la realidad y yo». Convencido de que los hombres habían sustituido la «persuasión» por la

«retórica», sintió la imposibilidad de vivir cuando se aspira a la plenitud y totalidad de la vida. La muerte, buscada cuando sólo tenía veintitrés años, pareció la conclusión natural de una histórica voluntad de no doblegarse -«saber soportar también la muerte para no doblegarse, eso es lo justo», había escrito-. El pensamiento de Michelstaedter hoy parece ligado al «pensamiento negativo» que fue a principios de siglo un elemento esencial de aquella cultura, así como lo es, aunque con otro significado, de gran parte de la cultura actual.)

Puede parecer sorprendente que el gran filósofo del derecho, el polemista de *La izquierda en la era del karaoke* empeñado en discutir cuestiones acerca de la lucha política diaria, se mueva delante de este decorado mitteleuropeo hasta llegar a Canetti («*¿Cuántas personas descubrirán que vale la pena vivir una vez que ya no deban morir?*»). A veces las páginas de Bobbio parecen acercarse a aquella trágica conclusión de Italo Svevo, para quien la vida no era más que «una enfermedad de la materia». Por ejemplo, donde Bobbio explica por qué la muerte es «*el fin último*», en el sentido en que no existe otro final: «*El final de la vida es al mismo tiempo el primer fin y el último. Incluso quien admite una segunda vida después de la muerte no admite una segunda muerte, porque la segunda vida, si existe, es eterna, es una vida sin muerte*». La muerte intro-

duce entonces un estado que ya no cambia.

Pero las analogías terminan cuando se pasa de la analogía de lo que somos a aquello que se espera al considerar cómo somos y cómo vivimos. Esta página señala una bifurcación, -ante la cual el filósofo que se explora a sí mismo siendo viejo parece alejarse de las vías ya recorridas por la gran literatura mitteleuropea y triestina. Una vez desnudado el carácter trágico de la condición humana, no es la sutil ironía de un Svevo la salida de emergencia, sino una especie de piedad, casi un velo de pudor extendido sobre la herida. Es como si el rigor racional se viese interrumpido por una especie de sublimación pascaliana que nos devuelve la fuerza de los afectos y las emociones. Es inolvidable el recuerdo de una hermana que nunca llegó a conocer opuesto al vano deseo o la vana esperanza de la inmortalidad.

«*Antes que mi hermano primogénito había nacido una niña, que vivió tres días. Papá y mamá a menudo nos hablaban de ella cuando éramos pequeños. Pero después, poco a poco, ellos mismos hablaron de eso cada vez menos. De aquella breve vida quedó solamente una débil huella en mi memoria y en una minúscula*

lápidita en el cementerio de la familia. Cuando también yo me haya muerto, nadie más se acordará de ella. El día que uno de mis hijos, o uno de mis nietos, visiten esa tumba y lean el nombre en la pequeña lápida, se preguntarán: «¿Quién era?». No habrá nadie allí que pueda responderles. ¿Se puede dar a esto un sentido, a ese hábito de vida, del que en todo el universo yo soy el único todavía que tengo un recuerdo, cada vez más evanescente?»

Este fragmento condensa las primeras cincuenta páginas del libro que comprenden la introducción («A mí mismo») y «De Senectute», capítulo este último dividido en dos partes: la primera, un discurso dado en la Universidad de Sassari en mayo de 1994 a raíz del otorgamiento del doctorado *honoris causa* en Ciencias Políticas. Las demás páginas recogen escritos autobiográficos originados en ocasiones muy distintas (congresos, el adiós a la enseñanza, los festejos de su cumpleaños, el Premio Balzan). Todo eso compone el cuadro de una biografía dispersa.

Estos textos proponen obviamente numerosas referencias al compromiso político de Bobbio por instaurar y defender la democracia. Por eso el libro puede leerse también en clave política. Pero es una lectura incorrecta, o que, en todo caso, no agrega absolutamente nada a la extensa bibliografía del filósofo. En cambio es nueva e incluso, a veces, emocionante la confrontación que hace Bobbio de la experiencia intelectual y los interrogantes que le sugiere la vejez, comenzando por los de su propia identidad.

Bobbio se esfuerza por responder con una sinceridad que no le debe nada a las bondades de la dialéctica, aceptando la imprevisibilidad de la historia, reconociendo los signos de la decadencia, mirando a la cara a la vida que se aleja, con la «*conciencia tranquila*», como escribe, de haber llegado solamente a los pies del conocimiento. «*Tranquilo pero feliz*.» ■

GUILLERMO PIRO



¿Existe la banalidad?

KITCHEN, LIZARD Y N. P.
Tres libros de BANANA YOSHIMOTO.

Una anciana borda con hilo de seda grullas en un kimono. Con la misma parsimonia, Banana Yoshimoto trabaja la construcción estética del dolor. Los protagonistas de sus novelas y cuentos arrastran el desgarro de sus ancestros, de sus antecesores, los que escribieron la tradición oriental y los que marcaron la tradición literaria. Detrás de las actitudes ultramodernas de los personajes se vislumbra una serie de movimientos tan definitorios de la matriz milenaria de esa cultura como la ceremonia del té.

El paisaje incluye las velocidades de la Tokio contemporánea, campus universitarios a la americana, cuartos de hotel y casas de ambientación minimalista. En esos escenarios surgen las coreografías que, como en el teatro kabuki, arman situaciones. Por ejemplo, entrar a una casa a oscuras y acudir a la heladera -la luz de su puerta abierta y el leve calor del motor como refugio.

Una chica escribe en su diario íntimo los colores que más le gustan y las cosas que le dan miedo. Es la joven emperatriz Sei Shonagon teniendo para siempre la escritura japonesa de intimidad. Ese tono describe las cosas más pequeñas pero que más conmueven. Es el tono que reproduce Banana Yoshimoto en estos tres libros, en algo parecidos a tres diarios: el de una chica huérfana (*Kitchen*), el de una joven audaz (*Lizard*) y el de una futura escritora (N. P.).

Los tres

son libros japoneses, escritos originalmente en japonés. Fueron traducidos inmediatamente al inglés y después a otras lenguas, como el español y el italiano. En estos libros, la cultura oriental es atravesada por la de Occidente a manos del resumen que da de ella la MTV. Pero además del inglés, la moda y la televisión, las historias contadas por Yoshimoto se hacen universales en la experiencia.

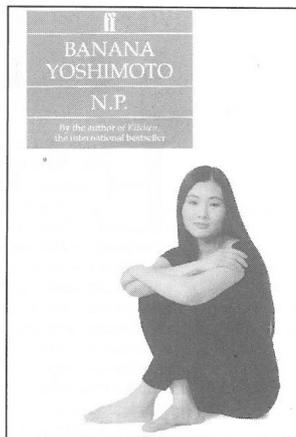
La perseverancia con la que el lector posa la vista sobre una palabra, luego sobre la que le sigue, y así sucesivamente, y de esta manera prolonga su vida al menos por el término de tiempo que dura la lectura es la misma que configura el ritual mediante el cual Yoshimoto construye los minutos en la vida de sus personajes. El suceso en las historias está dado por el detalle mínimo. La trascendencia se acomoda en un plato de *katsudon*, en el pelaje de una alfombra o en la temperatura del vidrio en la ventana.

Las de Yoshimoto son historias de sobrevivientes donde, en vez de primar la alegría por haber salido inmune de una tragedia, la ineludible experiencia de haber pasado por ella inunda toda con una profunda tristeza.

En *Kitchen*, Mikage, una chica ya huérfana, pierde ahora a su abuela, su único y último pariente. Sola, encuentra que el único lugar en el que logra conciliar el sueño es la cocina, junto a la heladera. Sumida en una pena tan grande que apenas puede llorar, se envuelve en una frazada, como Linus, y duerme hasta que los huesos le duelen demasiado. Entonces aparece Yuichi, un chico que, junto a su mamá, la adopta en su familia. Ellos le ceden la acogedora cocina de su departamento en un rascacielos del centro de Tokio para que Mikage pueda preparar el desayuno. El es un joven apuesto, un año menor que ella; entre ellos surge un amor casi fraternal. Es amor entre huérfanos, de mutua piedad; un amor verdadero que casi no se distingue, como sentimiento, del dolor. Un amor de tanto cuidado como el que se requiere para entrar de noche, a hurtadillas, en una cocina.

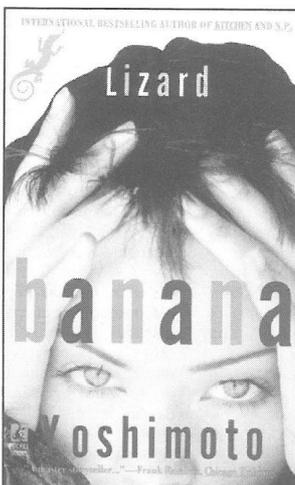
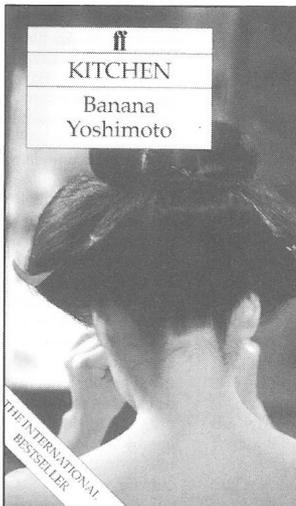
La madre de Yuichi fue antes su padre y es ahora -transexual- una hermosa y admirable mujer de piel de porcelana que trabaja en un club nocturno. Es una madre fuera de lo común, anclada en la extravagancia de estos años 90 que retrata Banana. Ella se hace cargo de todo, hasta que muere acuchillada por un psicópata. Entonces sí, la relación entre la protagonista y Yuichi logra la simetría perfecta. La fría certeza de estar solo en el mundo se duplica y ahora son dos los que la sienten. Pero darse cuenta de eso no es una alegría sino una nueva manera de compartir el sufrimiento, con más desencuentros que encuentros, más soledad que compañía.

Con el despojo que exige contar el do -



lor, Banana Yoshimoto cuenta su historia de amor en un lenguaje simple, cotidiano, con referencias que, probablemente, gran parte de los jóvenes del mundo reconocen. Y, como la trama indica, el amor se consuma con un plato humeante de fideos de arroz saltados de por medio.

El segundo libro de Yoshimoto se llama *Lizard* (lagarto). Es un libro de cuentos, con historias más irreverentes que la que llena la cándida y adolescente *Kitchen*. En estos seis relatos alguien se encuentra siempre en un cruce de caminos y debe to-



mar una decisión. El punto de inflexión de una vida es el tema que elige la autora para hablar del tiempo y del destino. Las personas de estos cuentos encuentran la esperanza por primera vez. Banana Yoshimoto dedicó este libro a Kurt Cobain, quien, por el contrario, pareció haber perdido la esperanza por completo.

En un tren como aquel que acompañó lo bello y lo triste de Kawabata, dos personajes se enamoran a primera vista. Son jóvenes japoneses urbanos que parecen celebrar el carácter fugaz de la felicidad en el mundo. Y, aunque hasta en la temática resuene la voz de sus maestros -Akutagawa, Tanizaki-, el estilo Banana permanece fresco, espontáneo y absolutamente contemporáneo.

Por alguna razón, Yoshimoto se empeña en incluir en muchos de sus libros un texto liminar donde da cuenta de sus intenciones a la hora de escribir. Ella habla de ideas como el autoconocimiento y la sanación. Sus críticos leen también algunos conceptos *new age* en pasajes a los que les adjudican «toques de realismo mágico». Si como estrategia de marketing funciona bien para los americanos, para los lectores empapados de las escuelas francesas ese tendencioso despliegue explicativo está de más.

Algunos detractores de la *bananamania* acusaron a la autora de banal y a sus personajes de tener sólo dos dimensiones, de ser casi chatos. Pero la aparición de N. P. removi6 esas apreciaciones.

N. P. es su tercera novela traducida al inglés. Esta vez, Yoshimoto deja de lado su costado más *naïf* y pueril para abordar los temas del suicidio, el incesto, la amistad y el sexo como subsidiarios de una preocupación primordial ahora explícita: la literatura. El lenguaje metalingüístico ocupa las páginas y se cuela entre las sábanas de los personajes. N. P. es un manuscrito de 68 capítulos escrito en inglés por un célebre autor japonés que cumplió el rito del haraquiri. Un joven traductor comienza a llevarlo al idioma japonés pero antes de finalizar su tarea sucumbe en la pena terrible de su trama y se suicida. La amante del traductor, la hija y el hijo del autor tratan de continuar el legado y recomponer el libro intentando no caer en la oscuridad que rodea las historias. Lo que viene después es un retrato del amor del fin de milenio: ambigüedad sexual, relaciones no comprometidas en la superficie pero de fatal dependencia mutua, transgresión de las barreras de género, edad o lazo familiar. Ya no es ingenuo que la chica hermosa ojos de gato pierda la razón, se ahogue en píldoras y mueran sus bebés cuando sabemos que quien la enamoró por primera vez fue su padre suicida, el genial autor de la novela más apasionante de la historia, que le dedicó un capítulo donde ella es una sirena.

¿Que la trama sea aun menos ligera que en sus libros anteriores garantiza la ausencia de banalidad? En realidad, la pregunta debería ser otra, otras.

¿Hay menos dolor porque el que se muere es un pez dorado? ¿Hay menos amor porque ocurra bajo la luz azul de la televisión al final de la transmisión? ■

MARINA MARIASCH

LA MEMORIA Y LA CARNE

CUANDO ALGÚN MILITANTE DE LA IZQUIERDA DE LOS AÑOS SETENTA ACUSABA A LAURA BONAPARTE DE PEQUEÑO-BURGUESA, ELLA CONTESTABA: «¡SI SOY ARISTÓCRATA! ¡UNA BONAPARTE!» ES QUE SI DURANTE SU EXILIO -COMO SUELE AFIRMAR-, EL PSICOANÁLISIS LE SALVÓ LA VIDA JUNTO CON LA SOLIDARIDAD DE LAS MUJERES MEJICANAS, EL HUMOR, ESE PRODUCTO LEGÍTIMO DE LA SUBLIMACIÓN, JAMÁS DEJÓ DE ACOMPAÑARLA. MADRE DE PLAZA DE MAYO, LÍNEA FUNDADORA, ELLA EVOCA EN ESTE ENSAYO, Y CASI A MODO DE AUTOANÁLISIS, LOS ESTRAGOS SIMBÓLICOS DE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS.

Entre el 21 y el 22 de mayo nace mi hija Noni. Yo sabía, por pálpitos que nunca me fallaban, que iba a ser mujer y ya tenía elegido el nombre para ella: se iba a llamar Aída Leonora. En aquella época me la pasaba escuchando el **Himno a la Libertad de Nabucodonosor**. «Himno» no podía ponerle porque es nombre de varón. «Libertad» tampoco porque mi ex, el padre de Noni, se negó por ser nombre de cantante de tangos. Y «Nabucodonosor» era como nombre imposible de llamar a esa cosita tan hermosa que sería mi bebita al nacer. Entonces resolví llamarla Aída y también Leonora como el nombre real del personaje en la única ópera que compuso Beethoven llamada **Fidelio**. En la ópera el marido de Leonora desaparece, también por cuestiones políticas, y ella lo busca y lo encuentra, aunque para poder acercarse a las catacumbas donde lo tenían encadenado se viste de hombre y se hace llamar Fidelio. En **Leonora**, como también me gusta esta ópera, todo termina bien. El parto del que nació Noni fue fácil como todos los partos. Noni nació con un ojo abierto, ¡de veras! Tanto que yo creía que realmente me veía y que me miraba nada más que a mí. Era mi primera hija mujer.

A partir del 20 de mayo de 1998 comencé a sentirme tristonza, no exactamente deprimida. Más bien un malestar en el cuerpo: «me duele la panza», decía. Molestia que creí suprimir con las medidas que tomo siempre: disminuir la ingestión de sólidos y hacer un poco de gimnasia, cosa que me llevó un gran esfuerzo de voluntad. Es ahí donde más o menos empiezo a pensar que las cosas de afuera me joden más de lo que creía. Traté de solucionarlas. Fui a la Plaza tomando la precaución de encontrarme con buenas gentes. Fui a la radio que, en general, me pone alegre internamente, como cuando una ríe en silencio. Para mí es un remanso de alegría porque puedo ser espontánea y participar de esa manera -sin ser sancionada- probablemente por la tolerancia de mis compañeras y porque con ellas mis aristas agresivas desaparecen. Es, además, el único grupo de mujeres con las cuales me llevo bien, a las que quiero y por las que me siento querida y con total libertad para expresar mis ideas y discutir las. Es cierto que yo he aprendido mucho con ellas. Y esto me gusta. Una audición es muy complicada y ellas lo hacen con profesionalismo y con gran entusiasmo. Creo que es como si me hubieran revelado el secreto de esa cosa misteriosa que fue siempre para mí la radio. Es decir que hemos intercambiado conocimientos. Nos hemos divertido, hemos comido y bebido y hemos gozado con esas pequeñas cosas cotidianas que se dan cuando una se halla en buena compañía. Es decir que racionalmente no había razón para que mi tristeza quedara jironeando.

Sí, estaban los aniversarios de los secuestros de mis hijos. Pero frente a esta situación mi recuerdo es diferente. Hay tristeza con el recordatorio, sí, pero también como una ilusión de recuperación de ellos en espíritu que ubica los hechos en su lugar. Ellos no están desaparecidos. Están retenidos por las FF.AA. que fueron las que los secuestraron. Las FF.AA. retuvieron primero sus cuerpos, luego sus nombres, ahora sus restos. Fueron secuestrados por las FF.AA. con una inmensa exhibición de armas, de prepotencia, de impunidad. Todos los vecinos lo supieron. Con el tiempo, cada vez menos no los siento desaparecidos, sino como

que no los puedo encontrar. Ésa es la atroz diferencia en este momento. Mi actividad política de reclamo de justicia tiene esa finalidad. Encontrarlos. Es imprescindible que los encuentre. Y me di cuenta de que mi recuerdo de ellas y de ellos quedó detenido en el mismo instante de sus secuestros.

El viernes 22 de mayo participaba de una mesa redonda, en la presentación de un libro de Claudia Laudano, una querida amiga platense. Su libro es un ensayo sobre el discurso del terrorismo de Estado y la mujer. Yo había llevado la conferencia escrita, seria, bien documentada, con bastante sentido del humor. Es fácil hacer humor sobre hechos cuando han pasado 1.700 años. Hablar más en joda, con cierta modalidad histriónica, sobre todo cuando me refiero al ratoneo que sobre la sexualidad de la virgen se han hecho los doctos. Es decir, relatar cómo los doctos de la Iglesia inventaron el ratoneo, puesto que mencionan más el cuerpo (específicamente la vulva de la virgen, si estaba abierta o cerrada) pasando de largo su espiritualidad. Mi charla se titulaba «La ley y el cuerpo». Pensaba que aportaría datos que son base para la instalación de una ideología que tiene punto de partida y desarrollo. No generación espontánea. Era probable que se escuchara provocativa por el tipo de mujeres panelistas, todas académicas y formales, como se supone que se debe ser.

De pronto reconozco en la audiencia amigos cristianos, personas muy solidarias y generosas. Supuse que si daba la charla tendría que hacer enormes aclaraciones en las que seguramente terminaría enredándome en mis propias palabras por ese querer y no querer decir y terminaría confundiendo. Y en el colmo de la audacia, resolví improvisar. Conté una vieja anécdota que marcaba el feminismo de mi padre y luego seguí con la tesis de que las mujeres, jóvenes madres que habían sido desaparecidas por el terrorismo de Estado, habían dejado una impronta en la cultura que, sin ellas, no habría podido florecer de esta manera. Pero sucede que el último ejemplo que tomé fue el de mi hija Aída Leonora y hablé toda la conferencia de ella.

Esto me lo hizo notar





Diana, una de mis compañeras de la radio que había asistido al acto. Yo no me había dado cuenta. Sabía de lo que hablaba. Pero no que sólo me refería a ella. Sentía una mezcla de alegría interna y de orgullo, algo así como un embelesamiento, como una recuperación, hablaba de ella como si ella estuviera allí mismo o esperándome en casa. Después de la conferencia fuimos con Claudia a un boliche de la Recoleta y me encontré con queridas y viejas amigas. Mujeres inteligentes. Hablamos del libro y de nuestra integración a las huestes feministas. Hablamos e intercambiamos opiniones sobre el tema y otras cosas personales. De pronto tuve como un ataque de cansancio. Miré el reloj y con el pretexto de que era tarde volví a casa. Yo sabía que no era cansancio. La palabra era **malestar** ya no físico, sino una molestia en el alma.

¿Si todo me había ido bastante bien y tenía motivos para estar contenta, qué me pasaba? No estaba feliz aunque no había razón para estar triste. Me acosté y dormí después de una pizca de Valium para calmar esa inquietud. Tenía consciencia del sentimiento pero no de la causa. Tengo actualmente muchos motivos que me producen placer. Huguito está bien. Luigi me protege y ambos me quieren y están con parejas y se quieren y son solidarios. Mis nietos, todos, están encaminados. Digo, y sé que caigo en el lugar común, que cuando sonrilen iluminan mi vida. Me he reencontrado con amigas queridas y con las nuevas que he hecho en los últimos doce años me llevo bien. Qué más puedo pedir. Además, el miércoles Liliana Magrini me había entregado la resolución final del juez que obliga al Presidente a no innovar en la ESMA con costas a la presidencia. Situación incluso que al mostrarla en la conferencia del viernes provocó una andanada de aplausos. Era un triunfo en el que participábamos todas y todos.

Sin embargo, me llamaba la atención esta especie de ataque de tristeza que venía arrastrándose desde el miércoles. El jueves a la tarde, la cosa se agrava. Vuelvo a casa, casi corriendo después del programa de radio con el pretexto de ordenar papeles. Me acuesto temprano. Durante la noche tengo un sueño que olvido al despertarme. Creo que se trataba de un encuentro. No recuerdo tristeza. Incluso pensé que tal vez no había existido tampoco un sueño.

El viernes fue la conferencia sobre el libro de

Claudia Laudano. Volví a casa temprano, como ya dije. Y me desperté el sábado a la mañana temprano como es mi costumbre, con un enorme sentimiento de congoja. Lloré mucho y pronto recordé que el día anterior había parido a Noni. Una sensación de extrañeza, de no entender por qué no estaba ella conmigo o aquí o en algún lado donde le pudiera hablar por teléfono. Qué absurdo. Sé que la secuestraron el 24 de diciembre de 1975 a las diez de la mañana, con otras vecinas que habían salido a auxiliar a los heridos de Monte Chingolo. Y que había sido asesinada junto a las mujeres de la villa, a la noche, antes de asistir los asesinos a la Misa de Gallo. Y las mataron. Y me di cuenta de que la desaparición, como le llamaban los genocidas, era algo incomprensible, impensable. Nunca había llegado tan a fondo en esto de tratar de entender qué es la «desaparición de personas». Perplejidad. Un sentimiento austero, sin estridencias, no sé cómo llamarlo. Intenso. Y me di cuenta de qué poco sabíamos en realidad sobre el efecto de la desaparición de personas, en general, sobre mis hijas e hijo y respecto de mí, su madre. El golpe en el cuerpo. La memoria en el cuerpo.

Todo lo escrito ha sido una elaboración teórica sobre algo que recién se abría dentro mío. Entiendo, casi, por qué en el 77 yo decía que con la desaparición de nuestros hijos nos robaban a nosotras y a ellos y ellas el tiempo y el espacio, elementos estructurales de la realidad. Es como si una línea recta con la que trazás la pared o el techo se interrumpe, de pronto, y todo se te cae encima. Era como tener un abismo delante y obligarme a saltarlo sin lograrlo. No podía explicarme la presencia del abismo. He permanecido años parada en el borde mismo. Sólo la perplejidad. El cuerpo recuperaba su memoria, una, que me obligaba a recordar -dije que todo comenzó con un malestar físico: me dolía la panza- algo que había olvidado. Yo no me acuerdo conscientemente de los aniversarios, de los nacimientos de todos mis hijos. A veces hay como un ligero autorreproche o tristeza en el recuerdo. Es una nostalgia repentina, hasta ahora, y algunas veces cuando el día justo ya pasó. Amo el recuerdo de mis hijos, me conmueve, me duele y me horrorizan sus desapariciones, porque no comprendo, no quiero aceptar que siempre la crueldad está presente en el autoritarismo, en la idea

única, en el militarismo. Y que los militares siempre están dispuestos a transformarse en genocidas. Pero es la primera vez que tengo absoluta consciencia de la diferencia entre la desaparición y la muerte.

La marca del paso de los hijos por el cuerpo de la madre. Poner lo real en lo real, como dice el «señor de los anillos» (nudos). Estas seis palabras, de pronto algo de lo real se irrealiza. El «no lugar» y aquel poema de Paul Celan: «Oh, tú/ Dónde estás si no estás en ninguna parte». Diferencia entre la entrega o la donación a la tierra que se hace de un ser querido cuando este ser muere su propia muerte, como mi padre, como Ernesto. Así como habían vivido sus propias vidas. El dolor es una presencia permanente en ese transcurrir de días y días. Pero algo se suaviza también con el tiempo.

Cuando una tiene el hijo-hija dentro, una es dueña (porque lo posee dentro, aunque separable pero dentro) de su cuerpo. Hay en la panza gestión hacia un otro. Y cuando nace, toda la pasión del conflicto que trae disfrutarlo pero con el trasfondo aquel de «es mío o de él mismo». Por otro lado, disputa típica materna que puede llegar a durar toda la vida. Presencia metafórica, en el sentido más infranqueable en cuanto a elaboración, supongo.

La imagen de la madre humana está presionada por intereses económicos que la cultura imprime con sellos particulares. La dificultad para una mujer, la memoria que el cuerpo adquiere en el parto, puesto que es en sí mismo una entrega de «lo real a lo real», es también falta en esta sociedad.

Los hijos entierran a sus padres. Es así. Los seres humanos nacemos prematuros. Participar en esa transformación, cómo van aprendiendo poco a poco, el enorme placer que produce verlos crecer, las primeras palabras, el aprendizaje en el manejo de su propio cuerpo, las primeras canciones cantadas por ellas y ellos mismos. Sus cuadernos. Dios mío, asistimos a un milagro y no nos damos cuenta. Creemos que es natural que así sea. Y luego sus amores, sus propios hijos.

Y de pronto nada.

Los padres morimos primero. Lo contrario es incomprensible, porque entre otras cosas les impide pagar a los hijos la única deuda contraída desde el nacimiento.

La madre «sabe», desde que pare a sus hijos, que éstos la enterrarán.

La inexplicable «nada del hijo», silenciar la escucha y engeguercer la mirada, resquebraja la realidad. E impide la única deuda que le debe a su madre:

Yo te entrego madre, a la tierra, como vos me entregaste a mí mismo desprendiéndome de tu vientre, de tus pechos, de tus brazos.

El «no lugar» que propongo aquí y en muchos de mis escritos sobre «desapariciones» producidas por los genocidas alude al borramiento del intercambio de la mirada y del silencio de la escucha. Marc Augé sostiene «que son en realidad lugares de circulación, de intercambios, de presencias casuales y/o virtuales, de intercambio de miradas y presencias regidas por una temporalidad fuera del tiempo de contactos» (Los no lugares, 1992).

Escribo como carta en un intento de que al poder hacerlo así caigan desparramadas en el suelo las plumas del abanico de la abuela. No sé si podré hacerme entender sin mezclar lo sentido con otros acontecimientos de los que fui pretexto, en algunos; en otros, actora real con plena consciencia de contención de pasiones que no puedo evitar que persistan en mi «anche» más controladas.

Pero también es en mayo cuando se produce el nacimiento de mi primera hija mujer. Mi Noni.

Mis tres hijos desaparecidos y sus parejas están unidos por diferentes circunstancias y épocas pero en el mismo mes. El mes de mayo. ■

Laura Bonaparte

«OTRA MADRE, LAURA BONAPARTE, LLEVABA SENDOS CARTELES POR SUS HIJOS, YERNOS, HIJAS Y NUEVAS DESAPARECIDOS Y POR SU MARIDO MUERTO EN LA TORTURA, Y ERAN TANTOS SUS MUERTOS QUE TENÍAN QUE SOSTENERLOS POR TURNO DE A UNO O DISTRIBUIR SUS RETRATOS ENTRE SEIS PERSONAS HASTA QUE OPTÓ POR PONER UNA SOLA GRAN PANCARTA CON EL NOMBRE DE TODA SU FAMILIA EXTERMINADA. ELLA TAMBIÉN HA DE HABER SIDO UNA EXTRAÑA FIGURA PARA LA GENTE QUE SUBÍA A LAS LOMAS EN SUS AUTOMÓVILES, Y LAS MOLESTIAS QUE PROVOCABA EN EL TRÁNSITO NUESTRO MÍNIM SE HAN DE HABER DISIPADO ANTE LA DESMESURA: UNA MUJER ALTA, BELLA, INMÓVIL, ENCUADRADA POR OTROS, EN EL CENTRO DE UNA TRAGEDIA, DESAFIANDO LA FOTOGRAFÍA QUE SE NOS HURTABA DESDE EL INTERIOR DE LA EMBAJADA. ESTA MADRE PROTAGONIZÓ UNO DE LOS HECHOS POLÍTICOS EN LOS AÑOS FINALES DEL RÉGIMEN MILITAR: SE ENCADENÓ A UNA DE LAS COLUMNAS DE LA SEDE CONSULAR ARGENTINA, EN UN ACTO LÍMITE DE PROTESTA, JUSTO EL DÍA DE LAS ELECCIONES, CUANDO TUVIMOS QUE IR PARA SELLAR NUESTROS PASAPORTES, EN UNA SUERTE DE SÚBITA, RIDÍCULA LEGALIDAD FORMAL.»

TUNUNA MERCADO

(DEL LIBRO EN ESTADO DE MEMORIA Y EN OCASIÓN DE NARRAR LOS ACTOS DE PROTESTA DE LOS EXILIADOS ANTE LA EMBAJADA ARGENTINA EN MÉJICO.)

LOHANA LÍDER



Travesti o transexual? —Nosotras, en realidad, no somos travestis, somos transexuales. Un travesti es un hombre que se viste de mujer o una mujer que se viste de hombre pero no transgrede su propio género. Pero nos gusta usar la palabra «travesti» políticamente, por todas las compañeras que murieron. Además la palabra travesti suena más divertida. En esta sociedad que te obliga a definirte como hombre o como mujer yo digo: «Soy travesti».

—En un artículo publicado en Página/12 José Pablo Feinman, hablando por boca de Boogy el aceitoso, asimila la defensa de las travestis de Palermo como una expresión de la censura de lo políticamente correcto.

—Así como Feinman habla de lo políticamente correcto debería tener más huevos y decir: «Yo estoy a favor de los vecinos de Palermo» y me parece que no debería atacar a los supuestamente progresistas para justificar su posición burguesa tan detestable. No creo que la gente que trabaja con nosotras lo haga porque es políticamente correcto estar con las travestis sino porque descubrieron la existencia de una realidad que hay que denunciar en algún lugar. Feinman también se caga en la gente de Derechos Humanos que comenzó a participar en la lucha con la detenciones, gente de Familiares o de esas monjas que trabajan con prostitutas. También me parece que hay una cosa políticamente correcta y que hay otra políticamente correcta que es ser tan mierda como los vecinos de Palermo que piensan que una propiedad vale más que una vida humana. Que diga también que él vive en Palermo. Además las travestis tenemos un tiempo de hacer, no de pensar, de intelectualizar y decir: «La transgresión media del siglo XXI (pone voz engolada) o la proyección cultural del fenómeno travesti...». Y yo le recordaría a este señor -que es un intelectual, periodista y sabe de historia- que cuando nosotras estábamos en la Panamericana en los años cincuenta el mismo juego ya se había hecho y con los mismos actores sociales: las travestis y los vecinos que venían de sus fincas de Tortuguitas o Don Torcuato y se sentían totalmente agraviados ante todas esas supuestas desnudeces y escándalos. Entonces se produjo una matanza indiscriminada y los políticos no dijeron nada. Después nos fuimos a Richieri y General Paz: los mismos actores

LOHANA BERKINS, DE ALIT (ASOCIACIÓN DE LUCHA POR LA IDENTIDAD TRAVESTI) SE CONSIDERA DOBLEMENTE JUDAS. PRIMERO PORQUE RENUNCIÓ A LOS PRIVILEGIOS QUE EL PATRIARCADO OTORGA A UN VARÓN («¿CÓMO ME ATREVÍA YO A DEJAR DE SER UN OPRESOR, DE TENER EL PITO, LA FUERZA, EL DOMINIO?»). LUEGO POR QUERER ENCARNAR OTRO TIPO DE MUJER: «YO TENGO CLARO QUE QUIERO VIVIR BAJO EL GÉNERO FEMENINO PERO NO 150 DE BUSTO, 60 DE CINTURA, ROUGE, BOQUILLA, PESTAÑAS POSTIZAS, QUIERO CONSTRUIR UNA IDENTIDAD PROPIA. NO ESTANDARIZADA. NO UN GUITARRÓN COMO MORIA CASÁN». ELLA ES UNA DE LAS CABEZAS VISIBLES DEL CONFLICTO QUE SE DESARROLLÓ EN PALERMO A PARTIR DEL NUEVO CÓDIGO DE CONVIVENCIA URBANA.

res sociales, los mismos argumentos, la misma cruzada por la mirada de los niños, ahora con un ingrediente y es que cuando venían los extranjeros veían esa situación tan denigrante. Luego la parada fue junto al ferrocarril Mitre: lo mismo. Que Once es el centro neurálgico, que los trabajadores que vienen del oeste, que los chicos que van a la escuela... Pero en el cuarto conflicto, que es en Palermo, hay otros ingredientes y es que nosotras ya estamos organizadas, conocemos nuestros derechos y entonces la clase media se ve obligada a intervenir. Entonces sí la clase política dice algo y se vuelve a poner un control social.

—¿Hubo momentos mejores? ¿Quieres decir, antes de que los políticos fueran borrando su palabra?

—La situación de Palermo fue una cosa sobredimensionada por los medios de comunicación. Palermo estaba bien cuando nosotras pagábamos. Cuando se dejó de pagar a la policía se les convirtió en un problema. ¡Un problema de dinero! Si hubo una instancia que -hay que ser honestas- nosotras reconocemos y es que en todo el país la situación represiva de todas nosotras es mucho más dura que en la Capital Federal, que aun cuando se daban las 24 horas de arresto seguía siendo una zona light respecto de la provincia de Buenos Aires. Entonces hubo un incremento de compañeras. Obviamente muchas están deslumbradas con ir a Palermo. Pero nosotras lo dijimos antes de que pongan un Código: en dos meses Palermo no existe porque no es lo que simula la libido del cliente. ¿Qué tipo va a ser tan osado que se va a levantar a una travesti en Palermo cuando ahí hay por cada cliente diez autos

con familia que van de turismo?

—¿Entonces hay poca transa?

—Sí, la prensa está las 24 horas!

¿Qué tipo se va a arriesgar? Entonces las compañeras naturalmente se tienen que ir. ¿Porque quién te paga el hotel? Porque al dueño no le vas a decir «bancame dos meses hasta que el turismo pase de Palermo». Porque el dueño te va a contestar «dos días y punto y si no te pongo de patitas en la calle».

—¿Viven por ahí las chicas?

—Sí, la mayoría.

—Entonces ¿son vecinas de Palermo!

—Sí, pero la Lucía Careu dice «no me gustó» ¿y qué? ¿Le van a cambiar la ley para ella? ¿Cómo? ¿Toda una ciudad juega a favor de una mina? Si vos contás cuántos eran los vecinos de Palermo eran 30, pertenecientes a 6 organizaciones: Vecinos sensibles de Palermo, ¡Vecinos ultrasensibles de Palermo! ¡Vecinos recontra-recontra-sensibles de Palermo! Y nosotras en Vecinas y Vecinos por la Convivencia éramos 43 organizaciones, 8 de Derechos Humanos. Pero el poder de esta mujer que se cree la Fortabat o la dueña de Clarín es el de reflotar la moral media argentina tan hipócrita.

—¿El conflicto sirvió para que establecieran contactos con la gente de Derechos Humanos y para que ésta tomara partido?

—Si tengo que hacer un balance positivo es que en la Argentina, a partir de ahora, va a ser imposible negar la identidad travesti. Porque esto antes era una guerra ancestral entre travestis, prostitutas y policías y nada más. Hoy hemos sobrepasado nuestras propias barreras. La conciencia que han tomado las organizaciones de Derechos Humanos no la han tomado porque nosotras, las activistas travestis, les hemos contado sino porque han formado parte de la resistencia. Lo que no nos va a quitar nadie es la certeza de que la policía es el aparato político más inteligente que hasta ahora hubo en la Argentina. Yo quiero dejar

grabado esto para que vengan y me den la razón dentro de unos años: por más que exista la Alianza, la policía se va a autogobernar igual porque tiene un grado de corrupción y de mafia que no la va a parar nadie. La policía fue muy hábil cuando quiso tener alguna ley que le permitiera hacer legal su negocio y, de alguna manera, vio el abanico de posibilidades que tenía. Nos eligió a nosotras. Ni siquiera a las mujeres, porque a las prostitutas no se las ha tocado. Como conocen la hipocresía de la moral de los argentinos dijeron ¡ataquemos esto! Nos usaron de cebo para que la gente dijera: «¡Miren qué horror! ¡Hay que llamar a los muchachos de nuevo!». Nosotras somos el pato de la boda entre la Alianza y el peronismo. Cuando dicen eso de que orinamos, cagamos en la calle, yo a lo largo de mi vida he visto a muchas personas haciéndolo. No es lo mismo que una persona cualquiera tenga determinada actitud a que la tenga una travesti. Porque si vos te ponés a gritar en este bar van a decir: «María está un poco desorbitada, muy nerviosa». Pero si yo grito llaman a la prensa y sale una nota que dice «travesti furiosa, escandalosa, agresiva, destruye un bar!». Yo realmente voy a sorprenderme cuando haya una actitud exclusivamente de las travestis. ¿Cuál es el conflicto de Palermo? El ruido. Cuando los vecinos arman su cabildo abierto y el orador principal es el comisario Fernández, si el conflicto éramos nosotras por qué no nos invitaron a nosotras. No invitan a Lucía Careu, que fue presidenta de la cooperadora policial. Esta gente ataca a las negritas viciosas, infectadas, que sus hijos no deben ver pero sí piden que haya un lugar donde sus maridos de la alta burguesía se revuelquen con nosotras pero que después, el domingo, se pongan el traje para ir a misa. Lo que ellos consumen debe estar en otro lugar. Un sola señora se levantó en Palermo durante una reunión y dijo: «Yo voy a decir una verdad que nadie dice, yo tengo miedo de que mi marido se vaya con una de éstas». Acá hubo un incendio y la gente se preocupó por apagarlo pero no por ver cómo se produjo. Acá en dos meses va a haber Vecinos sensibles de Caballito o de cualquier otro lugar. Acá hay un problema cultural de ambas partes. Yo no te puedo mandar a vos con una minifalda a la calle ni poner a una prostituta de secretaria.

—Te vi en televisión rompiendo tus documentos. ¿Qué significaba?

—Cuando estábamos en la Estudiante argumentando por la derogación de los edictos policiales los oradores gritaban «y para que las prostitutas que salen a trabajar por sus hijos no sean golpeadas», yo gritaba «¡y las travestis!»; y cuando decían «y para que no maten a los jóvenes», yo volvía a gritar



Foto: Alejandro Amdan

«¡y a las travestis!». Y cuando salían del recinto yo me paraba y les decía: «Es una falta de respeto lo que acaban de hacer, ustedes nos están invisibilizando, no sean hipócritas». Hoy hay una Legislatura altamente concientizada. ¿Cómo nos podían restringir el paso? Pidiéndonos documentos. ¿Y para qué quiero documento si cuando voy a Salta me paran en un retén y me bajan del colectivo y ahí no por estar prostituyéndome sino porque la ley prohíbe usar las ropas que no corresponden al sexo biológico? En Nueva York, adonde fui a hacer un entrenamiento en derechos humanos, había unas travestis que eran gerentas de Banco. Yo les decía que en la Argentina ni siquiera podían ser barrenderas del Banco.

—¿En qué están ahora?

—Estamos expectantes de lo que va a suceder. La policía tiene dos opciones. Porque antes podía aplicar el Código por exhibiciones obscenas y no lo quiso hacer para generar este conflicto. Entonces va a seguir de brazos cruzados para que dentro de sesenta días le pidan que vuelva. O va a usar mano dura para crearle un problema a la Alianza. El otro día me quedé paralizada ante la idea de que yo voy a morir controlada por la policía.

—En tu infancia ya existía, si no una politización de tu ser travesti, un cierto sentido de justicia.

—Parece una tontería pero de chica yo siempre me revelé al poder. Yo nací en Pocito, en Salta, cerca de la frontera con Bolivia. Mi padre era un empleado de YPF, ex militar, muy patriarca. Yo tenía una amiga que se llamaba Lola y era muy pobre, así que yo le llevaba comida, ropa, remedios... y un día me invitó a la procesión de San Cayetano y antes de salir nos sentamos en la iglesia en los

bancos de adelante. Apareció el cura, lo encaró a Lola, le gritó ¡endemoniado! y le dijo que se fuera. A mí no porque sabía que yo era hija de una persona influyente. Entonces yo no tuve mejor idea que subirme al banco con la iglesia llena y empezar a los gritos que la Lola no se iba a ir, que si ellos la conocían cómo iban a permitir que se fuera, que estaba en su derecho de estar ahí. Conclusión: la gente no protestó, el cura se tuvo que callar y la Lola y yo ¡de aquí para allá (adrede) en la procesión!

—¿Alguna otra escena de justicia?

—Cuando tenía once años vi cómo un gendarme le daba una tremenda paliza a una señora que vivía en la esquina de mi casa, doña Margarita, que era alcohólica. Yo agarré una carretilla y le pagué a un borracho que andaba por ahí para que la llevara al hospital y le pedí a mi papá que hiciera la denuncia. Al irme de mi casa mi homosexualidad ya era muy marcada, yo había tenido relaciones con el vecino de enfrente, con el de la esquina. Y a los trece años ya me vestía de mujer. No me echaron mientras me vestía unisex pero cuando quise usar tacos en mi propia casa me dijeron no. Entonces escapé a Salta. Fue otra revolución.

—¿Planeás el cambio de sexo?

—Sí, pero por una cuestión estética y no por la necesidad de decir «yo soy mujer: tengo una vagina», porque eso es denigrante para las mujeres. Pero lo que quiero es que no me nieguen el derecho de usar el género mujer. Yo no espero tampoco que alguien me diga «yo tengo estudios médicos y psicológicos que me permiten determinar que sos una mujer». Ni me lo van a decir los abogados, ni los jueces. ¿Acaso las mujeres

descubrieron que eran mujeres a partir de Freud y sus discípulos?

—¿El boom del tema gay en los medios es un correlato del cambio de actitud en la sociedad?

—Yo pensaba que era importante ir a lo de Mauro Viale hasta que me di cuenta de que ahí lo que hacés es exponerte vos y no la realidad. Mauro Viale, que responde íntimamente al Presidente, expone travestis que dicen boludeces y se pelean por el rímel. Además, la gente que te ve ahí dice: «Qué las van a reprimir a éstas si están todo el día en la televisión; qué van a ser invisibilizadas». Nosotras sufrimos dos tipos de violencia, la institucional y la social. Recibimos el castigo generalizado porque muchas mujeres pueden sentir la solidaridad de las mujeres y tener códigos propios pero nosotras tenemos que inventarnos. Las mujeres sufren la opresión de género, nosotras sufrimos la opresión de transgredir el género. También sufrimos el tema de la invisibilidad. Un gay o una lesbiana pueden vivir toda su vida sin que nadie sepa



si es gay o es lesbiana pero la visibilidad viene con nosotras y creo que nuestro mensaje es más fuerte porque no necesariamente una lesbiana rompe el estereotipo «mujer» y un gay, por más emplumado que sea, puede no renunciar a sus beneficios de patriarca. A una travesti la sociedad la obliga a estar mostrando lo que quiere ser, entonces el primer eslabón es la prostitución. Ahí sí somos aceptadas, somos diosas. Eso sucede porque nos niegan el derecho a la educación, a la salud, al saber, al trabajo sin hacernos invisibles. El mercado nos pide putas y no secretarías. Con unas compañeras elevamos un proyecto de educación para que traten de retener al niño o a la niña travesti en el ámbito escolar. En el caso de que la agresión sea insostenible, que el Estado le provea una maestra particular. También pedimos la organización de un equipo de familias sustitutas para el caso de que esas niñas sean echadas de sus casas. En los hospitales nosotras propusimos que se instruya al personal de admisión para que cuando llega una travesti le haga la ficha con el nombre que ella diga. También para que se creen equipos de acompañamiento para los cambios de imagen de las compañeras. Y que la Legislatura, a través de alguna de sus secretarías, cree equipos interdisciplinarios de asistentes sociales y mujeres trabajadoras y otro con las mismas travestis. Porque desgraciadamente no creo que la sociedad esté aún dispuesta a reconocer a los diferentes. Hay una especie de esnobismo, curiosidad por ver cómo come, cómo habla, cómo se viste una travesti. Y si me preguntás por qué lucho, lucho por mi propia comunidad, para que muchas travestis vivan de otra manera y no terminen siendo prostitutas, tiradas en un zanjón o borrachas por el peso de la culpa. Porque la culpa no es algo que está en nosotras. Es el sistema el que nos la impuso. Los cambios profundos se van a producir cuando nosotras y nosotras aprendamos a respetar las diferencias a fondo y no de la boca para afuera. Cuando preguntan qué derechos pedimos, nosotras respondemos que pedimos derechos iguales con los heterosexuales. Y, dentro de la comunidad gay y lesbica, el derecho a heredar al compañero, a que gays y lesbianas sean educadores y maestros sin tener que ocultar su condición sexual, que puedan vivir una vida normal desde lo cotidiano, no desde el macrodiscurso. Luchamos porque el Estado no legisle sobre nuestros deseos. ■

MARÍA MORENO

Mujeres que matan

POR JOSEFÍNA LUDMER

Mi tema es el «delito». Pero no uso la palabra solamente en sentido jurídico sino entre comillas, en sentido metafórico y en todos los sentidos del término, porque mi campo es la ficción, «los cuentos de delitos»: sexuales, sociales, nacionales, raciales, políticos, económicos, religiosos, de profesiones, oficios y Estados. El delito en la ficción puede afectar al conjunto de diferencias porque en realidad funciona como un instrumento (teórico, si se quiere) que sirve para trazar límites, diferencias y excluir: **una línea de demarcación que cambia el estatus simbólico de un objeto, una posición o una figura.** Si está de un lado del límite la figura puede ser sublime; si está del otro, cae y se degrada.

En el vasto mundo de los cuentos de delitos aparece un caso específico de relación entre violencia, muerte y género femenino en la literatura argentina, desde fin del siglo XIX hasta hoy. Es el relato de las mujeres que matan hombres para ejercer una justicia que está por encima del Estado, y que parece condensar todas las justicias, y que me gustaría titularlo «Para una historia popular de algunas criminales latinoamericanas».

«Mujeres que matan»: no sólo indica una acción femenina en delito, sino que es sobre todo una expresión que se refiere a un tipo de mujer que produce en los hombres una muerte figurada porque tiene algo, armas. La metáfora está inscripta en la lengua: una matahombres, una *killer woman*. Ciertas formaciones lingüísticas con marcas de delito constituyen relatos e historias, y también constituyen «la realidad» misma: el derecho, la medicina, la vida cotidiana, el erotismo. Un tipo de «delito» femenino inscripto en la lengua, puesto en el relato, en cadena, y en una red de correlaciones: eso es lo que trataremos de examinar.

Las mujeres que matan hombres aparecen a fin del siglo XIX en la literatura argentina, junto con las prostitutas y las adúlteras. Aparecen en el primer año de vida de *Caras y caretas* y en el tono festivo del Buenos Aires de entonces: en París y en un juez. «Las mujeres que matan/ En París cierta joven a un juez/ de un balazo dejéle muy mal:/ y como esto pasó ya una vez/ de armas de fuego al igual/ nos demuestra que existen ¡pardiez!/ señoritas de fuego central.»

Las que matan forman parte de una constelación de nuevas representaciones femeninas pero se diferencian nitidamente de las demás. Son el revés o la contracara de las víctimas. Cuando los hombres matan mujeres en las ficciones las acusan casi siempre de «delitos femeninos» o «delitos» del sexo-cuerpo: aborto, prostitución, adulterio; criminalizan su sexo antes de matarlas. En ese relato, las víctimas nunca son madres. Las que matan hombres, en cambio, se diferencian de las víctimas porque son madres o vírgenes, y tienen un «fuego central».

Ocupan una posición específica en la lengua, la cultura, en la literatura y también en el cine, de modo que es posible verlas en persona. Por ejemplo, en la película de Pedro Almodóvar *Qué*

JOSEFINA LUDMER ENCUENTRA EN «LAS MUJERES QUE MATAN» COMO FIGURA LINGÜÍSTICA, CULTURAL Y LITERARIA ELEMENTOS CLAVE Y VIOLENTOS: ELIMINAR EL PODER EN SU RAÍZ Y MARCAR UN AVANCE EN LA INDEPENDENCIA FEMENINA; LO QUE LA HACE ESPECIALMENTE APTA PARA LA CRIMINALIZACIÓN, LA FUNDACIÓN Y LA ALEGORÍA DE LA JUSTICIA. EL TEXTO TRAZA UN RECORRIDO POR LOS CUENTOS DE CRÍMENES DEL SEGUNDO SEXO QUE VA DESDE EL COMETIDO POR UNA TRAVESTI IMAGINADA POR HOLMBERG ANTES DE COMIENZOS DEL SIGLO PASADO HASTA LOS DE UNA PAREJA DE PUNKS ANARQUISTAS EN UNA NOUVELLE DE AIRA, PASANDO POR EL DE UNA AMA DE CASA DE ALMODÓVAR Y EL DE UN PERSONAJE DE PUIG. A TONO CON SU HIPÓTESIS, LUDMER REALIZA OTRA JUSTICIA CRÍTICA.

he hecho para merecer esto (1984), que sintetiza bastante bien la construcción y el relato que quiero analizar. Carmen Maura es Gloria, una «mujer honesta» que se diferencia de la prostituta que vive precisamente en el apartamento de al lado. Es madre y está casada. Y la primera escena de la película en el gimnasio la muestra como fuertemente sexuada, casi como sexo puro, mudo, con un desconocido. Gana su dinero limpiando gimnasios y casas de otros, tiene dos hijos y tiene a la suegra en su pequeño apartamento de la periferia de Madrid, y está casada con un taxista aficionado a «Jo alemán» (ha vivido en Alemania y aparece de entrada en el taxi cantando en alemán). El marido le pega por no plancharle una camisa para ir a esperar al aeropuerto a su amiga, la alemana cantante (una nostálgica-nazi que le propone falsificar las memorias de Hitler), y lo mata con un jamón. Lo mata en el momento mismo en el que él muestra su parte nazi (o su nostalgia franquista). Gloria se lo confiesa al policía-detective, en clave Almodóvar, que viene a su casa; le dice que ella misma lo mató, pero el policía distraído no le cree y por lo tanto no recibe justicia. **Qué he hecho yo para merecer esto:** el título es de Gloria, es lo que la lleva al crimen y a la liberación de la justicia social. Al fin, se libera de la suegra que vuelve a su tierra, al sur, pero también despide a uno de sus hijos porque la abuela, que es Chus Lampreave, se lo lleva.

Una serie de cuentos como éste ocurren en la literatura argentina entre los dos fines de siglo, entre dos modernizaciones por globalización. Con ellos puede trazarse una cadena, histórica y cambiante, de mujeres que matan.

La primera es Clara, una bella travesti, falsa estudiante de medicina, madre soltera y asesina serial que funda el relato policial en la Argentina: el cuento es «La bolsa de huesos» de Eduardo Holmberg, de 1896. Pero podríamos titularlo «Crímenes en la Facultad de Medicina», porque Clara ataca la ciencia médica en su raíz matando estudiantes de medicina con una droga peruana desconocida que produce éxtasis y muerte. Y después de matarlos le saca una costilla. Firma los crímenes como

«mujer»: la costilla, el éxtasis y la muerte sintetizan la justicia del sexo. Los mata porque el primero no cumplió su palabra de casarse cuando tuvo un hijo suyo. Narra un hombre de ciencia, médico e investigador naturalista que se burla de sí mismo como escritor, porque dice que publicó «La bota fuerte y el chiripá como factores de progreso», y también una disertación sobre la mentalidad del gangrejo, cuyo último capítulo se titula «El cangrejo en administración y política». Este científico se ha convertido ahora en detective, dice, porque quiere escribir una novela y también mostrar las ventajas de la medicina legal, de la frenología y del análisis de la escritura, para el descubrimiento de la verdad. Quiere demostrar, en la literatura, que la ciencia puede conquistar todos los terrenos.

Se vale de un retrato o identikit «masculino», pasado por un taller de fotografía, pero pronto descubre los signos femeninos del asesino, las huellas del género: su perfume, su letra y su nombre en un trozo de carta olvidada en un cajón: otra vez la firma de mujer, Clara. La descubre precisamente llamándola Clara, después del último crimen, en el velorio de la víctima sin costilla. Ella, nombrada y descubierta, se rinde. El doctor la acompaña a su casa y la ve cuando sale de la habitación contigua después de quitarse la ropa de hombre, como él le ordenó, y ponerse ropa de mujer y soltarse el pelo: «Sentí que todas las inserciones musculares parecían desprenderse de sus respectivos asientos [...] ¡Qué soberana belleza vieron mis ojos asombrados!». (p. 223.)

Se rinde ante la belleza que mata y justifica a «aquel personaje de Hoffmann que vendió su reflejo una noche de San Silvestre» (p. 223). Y entonces le aplica lo que él mismo llama una «justicia literaria»: que tome porción doble del veneno peruano. Le aplica una justicia que está más allá de la del Estado; le ordena que se mate para salvarla de la «garra policial» (p. 231).

El detective narra el caso conversando con el frenólogo Manuel de Oliveira César, que lo acusa de haber cometido un delito ordenando el suicidio, pero él alega que «el secreto médico se sobrepone a las demás leyes sociales» y que

se dedicará a escribir la novela (p. 231). Con esto cierra el caso de la «justicia literaria». Después, medicaliza la mente de Clara: dice que era una infeliz neurótica, una histeria. Y al final la redime como madre, porque murió, en éxtasis, apretando con la mano izquierda un relicario de rubíes que él creía contenía veneno, pero que, según se vio después, escondía la foto de su hijo.

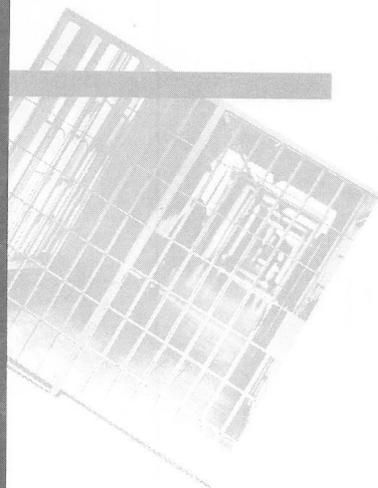
Clara, la primera asesina del género policial en la Argentina, es a la vez una paciente de Charcot y una bella Circe vengativa que sabe medicina. Encarna mejor que nadie la modernidad de fin de siglo en la «literatura científica» del relato policial: mata hombres de ciencia cuando se saca la ropa de hombre y no recibe justicia del Estado en el momento mismo en que aparecen las primeras mujeres en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, es decir las primeras médicas, que fueron también las primeras feministas argentinas. Esta correlación «real» es la que quiero marcar en los primeros cuentos de «Crímenes en la Facultad de Medicina». Y no sólo la otra correlación «real» de la modernidad de fin de siglo: la bella y la ciencia, la histeria, el teatro, la fotografía, el género policial, las identificaciones e identidades, la semiología y la abducción.

Dos ejemplos literarios de la fecundidad de la histeria, en cuanto a los «crímenes» de la literatura, se leen en *L'Invention de l'hystérie. Charcot et l'Iconographie de la Salpêtrière*, de Georges Didi-Hubermann. El primer crimen es en realidad la continuación de la historia de Clara con el médico, pero en un teatro de París y en 1909, y está en la página 272, cuando Didi-Hubermann considera al teatralismo histerico como práctica de la crueldad: el **crimen del que mira**. La histeria, dice, ama con la imagen: espera con la imagen, odia, muere y asesina con la imagen. Y se refiere a una obra del Théâtre de l'épouvante de André Lordé, dedicada al gran psicólogo Alfred Binet y representada en el Grand-Guignol de París en 1909, que termina con la venganza de la bella Clara: «Claire arroja en la cara de su experimentador, médico, el eficaz vitriolo desfigurador» dice Didi-Hubermann.

El segundo ejemplo literario de la fecundidad de la histeria en cuanto a los «crímenes» de la literatura ocurre también en París, en 1928, y está en la página 150. Didi-Hubermann cuenta que los surrealistas conmemoraron ese año el «Cincuentenario de la Histeria», reproduciendo los éxtasis fotografiados de Agustine, sus clichés del éxtasis dice, y cita a Aragon y Breton: «Nosotros, surrealistas, celebramos aquí el cincuentenario de la histeria, el mayor descubrimiento poético del fin del siglo XIX».

Nosotros celebramos este año, en Buenos Aires, el centenario de Clara, el «descubrimiento poético del género» (científico y policial) del fin del siglo XIX.

La correlación entre histeria, ciencia, teatro y delito femenino, que concluye con la historia de Clara en el Teatro del espanto de París, aparece nitidamente en la segunda mujer que mata, durante la



representación, en la obra de teatro **Saverio el cruel** de Roberto Arlt en 1936. Susana es una joven rica que se disfraza de reina loca para burlarse, con un grupo de amigos, de un pobre vendedor de manteca llamado Saverio que viene a su casa. La «farsa» se va a representar durante «una fiesta de disfraces en la estancia». Y de entrada dice Susana: «Este año no dirán en la estancia que se aburren. La fiesta tiene todas las proporciones de un espectáculo» (p. 445).

En la fiesta, en el último acto, dice un personaje: «Tengo el gusto de presentarles a la inventora de la tragedia y de la más descomunal tomadura de pelo que se tiene conocimiento en Buenos Aires. Nosotros los porteños nos hemos especializado en lo que técnicamente denominamos cachada. La cachada involucra un concepto travieso de la vida. Si mal no recuerdo, el difunto literato José Ingenieros organizó, con otros animales de su especie, una peña de cachadas, pero todas palidecen comparadas con ésta, cuya autora es la pulcra jovencita que con ojos apasionados contemplamos todos» (p. 476).

La peña de cachadas de Ingenieros se llamaba la Syringa y era exclusivamente masculina. A Saverio, que «físicamente es un derrotado» y tiene una «expresión de perro que busca simpatía» (p. 448), lo engañan con la locura de Susana, que se cree una reina destronada por un coronel, del que quiere vengarse cortándole la cabeza. Cuando Saverio la ve por primera vez, Susana se muestra en el fondo de la escena con el pelo suelto y vestida de hombre. El que hace de médico lo induce a representar al coronel que la destronó, para ayudarla a curarla del delirio. Saverio, que se declara antimilitarista pero finalmente acepta ser un «coronel de comedia», cae en la trampa de la bella.

En el teatro de Arlt no sólo aparece el Ingenieros fumista o «el difunto literato José Ingenieros» sino la representación en la representación, el cine y el psicoanálisis: el grupo de jóvenes estancieros de los 30 aplica a la Syringa (al lado «travieso» y modernista de la cultura científica de fin de siglo en la Argentina) la teoría de la repetición del acontecimiento traumático, que es el modo en

que el cine de Hitchcock va a representar en 1945 al psicoanálisis y la cura en **Cuéntame tu vida (Spellbound)**.

De vuelta en su «modesto cuarto de pensión», Saverio, «uniformado al estilo de fantástico coronel de republiquetta centroamericana» (p. 461), se posesiona del rol de coronel y dictador militar y quiere dominar el mundo: es Mussolini ante el espejo, es el dictador latinoamericano, es Saverio el cruel. Compra una guillotina y dice que no cree en las facciones democráticas parlamentarias, que gobernar es cortar cabezas, que necesita cañones antiaéreos, y habla con un vendedor de armas inglés que representa a la Armstrong Nobel Dynamite y que le recomienda el Gas Cruz Violeta. Su simulación es perfecta y los que la ven (Susana está ausente) le dicen que se parece a Maurice Chevalier en **El desfile del amor (Hollywood on Parade)**, 1934) y entre sí se dicen que está loco.

Uno de los modos de representación característicos de Arlt consiste en dar vuelta su lógica, la de la representación, en cada paso narrativo, de modo que la

secuencia consiste en una serie de torsiones. En el segundo acto Saverio es el loco, el actor, el coronel cruel, como Susana fue loca, actriz y reina destronada en el primero. En el tercer acto, en medio de la fiesta, en un salón rojo profundo con un trono, Susana actúa como reina destronada. Pero Saverio, disfrazado de coronel, da vuelta la lógica otra vez porque le dice a Susana que ya sabe que es una burla. Se acaba la farsa y los invitados, «caracterizados con los trajes del siglo XVIII», se retiran. Saverio la increpa por su actitud feroz de burlarse de un pobre diablo, y entonces la reina Susana da vuelta la lógica una vez más: el otro es el que se disfraza o simula, y no ella. Y le dice a Saverio: «te amo, es inútil que te disfraces de pobre vendedor de manteca, eres el coronel que me destronó». Y lo mata con un revólver. Las últimas palabras de Saverio: «no era una broma, ella estaba loca de verdad».

Clara era una histérica y también una médica; Susana es la locura y también la gran actriz de cine de los 30: su identificación con el rol es tan extrema que cuestiona, en el momento mismo de la representación, la posibilidad misma de la representación, y mata como reina al coronel disfrazado, a Saverio el cruel, al militar latinoamericano que compra armas a Inglaterra. Se salvará de la justicia porque puede encarnar muy bien, como Ingenieros mismo lo temía, «la simulación de la locura en los delinquentes».

No me voy a detener por ahora en la correlación entre las actrices de cine y los militares de los 30 en América Latina. En 1935 una joven del pueblo de Junín llegó a Buenos Aires buscando fama y fortuna en el cine y en la radio: Evita.

Pasemos entonces de la estancia a la fábrica y al tercer cuento. Como todos saben, la **Emma Zunz** de Borges quiere vengar a su padre Emmanuel Zunz por un desfalco que le fue atribuido «erróneamente». Debe matar al culpable, el dueño de la fábrica donde ella trabaja como obrera y donde su padre fue cajero. Emma es una obrera virgen de 18 años que visita durante una huelga al dueño de la fábrica textil, un judío, con el pretexto de delatar a los compañeros, y lo mata. Son los años 20, pero el cuento está escrito en 1946 y se refiere también al presente de Emma. Entre los dos tiempos, y en Borges, Emma es la Virgen justiciera, enviada de Dios, y también la obrera que se levanta contra el patrón durante la huelga, y también la que mata a un judío que trabaja el sábado, o simplemente la que mata a un judío. La que mata representa todas las justicias: la de Dios, la del padre, la justicia de clase, la racial y la sexual. Y se burla de la justicia estatal, porque al fin llama a la policía, confiesa su crimen y acusa al patrón de haberla violado, cuando unas horas antes se disfrazó de prostituta y se acostó con un marinero que hablaba otra lengua. Hace ante la justicia una farsa de la verdad; usa la ley y el estereotipo de la virgen vejada para burlar la justicia del Estado y poder ejercer todas las justicias, en alegoría. La historia está contada por un cronista pero Borges, en el «Epílogo»

de **El Aleph**, dice que el argumento se lo contó otra mujer, Cecilia Ingenieros. Cecilia era bailarina moderna e hija del criminólogo-literato José Ingenieros, el mismo de la *Syringa* de Arlt, el grupo bromista de las exclusiones donde participaba Rubén Darío. Los dos Ingenieros ligan a Borges con Arlt en las modernas que matan.

Emma es una obrera textil que mata al patrón durante la huelga, y la correlación es casi obvia.

Los cuentos o dramas de Borges y de Arlt están ligados por la presencia de Ingenieros y del cine; los de Borges y de Puig por el cine de Torre Nilsson y el peronismo. Las filmaciones de mujeres que matan durante el fin de los peronismos, la obrera y la sirvienta provinciana, son significativas: Leopoldo Torre Nilsson filmó «Emma Zunz» en 1953 (con el título **Días de odio**) y **Boquitas pintadas** en 1974. En cuanto al género específico que los encadena: Arlt, Borges, Puig y Torre Nilsson (y por supuesto Beatriz Guido, que se mueve entre todos ellos) muestran en esos cuentos el modo en que, cada vez, aludían y a la vez eludían el realismo social, con las otras versiones y torsiones de las mujeres que matan (así como Almodóvar mostró en **Qué he hecho yo para merecer esto** el modo con el que aludía y eludía el neorealismo italiano).

Las que matan parecen polarizarse, simbólica y socialmente, entre «lo más» y «lo menos»: una belleza incomparable que se disfraza de estudiante universitaria, una niña estanciera que se disfraza de reina loca y una obrera que se disfraza de prostituta y de delatora.

Este tipo de polarización se ve claramente en **Boquitas pintadas** de Manuel Puig (1969), donde

Raba, la sirvienta (que después será durante un tiempo obrera de fábrica en la Capital), mata al policía que es el padre de su hijo que no se casó con ella, y que ahora tiene relaciones con su «patrona», la niña Mabel. Lo mata con un cuchillo de cocina; le aplica la justicia del tango y del folletín de la radio y del cine. Son los años 30 en un pueblo pero la historia se prolonga hasta el presente. La joven patrona, que es la que efectivamente tiene relaciones con el policía y no quiere ser descubierta-

ta, ayuda a Raba a escapar de la justicia con el argumento de que él la intentó violar, borracho y con un revólver. Raba no sólo burla, como las otras, la justicia estatal, sino que recibe un premio al final de la novela: se casó con campesino viudo y está rodeada de hijos, de abundancia y de naturaleza. Á rodeada de hijos, de abundancia y de naturaleza, la justicia final se aplica a la ex niña Mabel, que termina pobre y con un hijo con poliomielitis. la historia está contada por cronistas y documentos médicos y policiales.

En el «folletín» que es **Boquitas pintadas** las mujeres representan las clases sociales, y los hombres las conexiones o relaciones entre las clases. La alianza entre la sirvienta y su patrona para burlar a la justicia (una alianza femenina que se insinuaba en el «Epiflojo» de «Emma Zunz») sigue la lógica de la polarización social de las mujeres que matan: no pertenecen a la clase media o a un término medio.

Raba, escrita «en folletín» al final de los 60, mata a un policía, como tantas guerrilleras urbanas de ese momento: mata a un representante del Estado. En **La prueba** de César Aira, de 1922, una *nouvelle* que debería llamarse «Mujeres que matan en el supermercado», aparecen Mao y Lenin, dos chicas punks que pretenden ser lesbianas y que quieren seducir a otra chica, una virgen deprimida llamada Marcia, que pasa por la calle de vuelta del colegio. Es el cuento de la última globalización: entre las estrategias de seducción, las chicas hablan de ciertos programas de televisión, del rock y de fiestas en discotecas con las celebridades del momento, todo en el Mc Donald's argentino que es el Pumper. Allí las punks agreden brutalmente a las mujeres empleadas, al fin, deciden darle a Marcia una prueba definitiva de su amor y se dirigen a un supermercado. Mao y Lenin se presentan como el «Comando del amor»: roban las cajas, incendian el supermercado y matan a empleados y consumidores, hombres y mujeres sin diferencia, con una violencia extrema. El relato está narrado desde afuera y desde la virgen (aunque sin darle el yo) y cuenta una transformación en la percepción del mundo, una «revolución», porque cuenta «la conversión» de Marcia, después de contemplar la violencia «real» en el supermercado, que se dirige a ella sola. Marcia es la única destinataria del espectáculo en vivo: de la «prueba». En el cierre del texto «tres sombras salieron...».

La prueba es un texto sobre la revolución femenina y sobre la revolución del espectáculo y de la imagen, y también sobre la violencia del consumo y la modernización de los

90 en la Argentina. Mao y Lenin, las guerrilleras anteriores ahora punks-lesbianas, atacan de raíz (como Clara, la primera) cierta «modernización» latinoamericana.

LAS TORSIONES DE LA CADENA

De los crímenes en la Facultad de Medicina a los crímenes en el supermercado: entre dos saltos modernizadores, la cadena de cuentos de mujeres que matan parece tener diversos reversos, lados o torsiones (diferentes tipos de correlaciones) que la ponen en contacto con cierto exterior, cierta «realidad».

El primero de esos lados es el de la ficción o cierto reverso de «realidad». La cadena de ficciones (las mujeres que matan encadenadas) parece entrar en correlación con coyunturas de ruptura del poder doméstico, con ciertas irrupciones femeninas en la cultura argentina: las primeras universitarias, las primeras obreras, actrices, guerrilleras y otras pioneras.

«Para una historia popular de ciertas criminales»: los cuentos de mujeres que matan dicen algo que no se dice sino con ellas en la literatura argentina; cuentan una historia de cierta cultura femenina en la Argentina. Que no pasa por la de las escritoras sino por otras redes y que cuenta las irrupciones violentas que tuvieron un carácter fundante en la política y en la cultura, y también en el juego de los géneros literarios, teatrales y cinematográficos. Y en ciertas subjetividades femeninas. La cadena cuenta esa historia como una torsión, porque la cuenta cada vez en «ficción de delito femenino».

O quizá: cuenta que hay, cada vez, una «nueva clase» de mujeres **porque** las representa «en delito». Como la picaresca, como si fuera un texto de Kafka, la cadena de mujeres que matan cuenta que cada vez que un grupo nuevo, un sujeto-posición diferente, se abre camino entre los intersticios de los demás (entre los intersticios lingüísticos, sociales, nacionales, de sexo, de raza) es representado literariamente «en ficción de delito» o ante la ley. Ese abrirse camino en las diferencias es el «delito»: un instrumento que traza una línea de demarcación y transforma el estatus simbólico de una figura (la pionera se transforma en criminal y se degrada) y también un instrumento fundador de culturas.

El primer lado de la cadena literaria es, entonces, la torsión que da vuelta esa «nueva realidad» femenina y la cuenta «en ficción de delito».

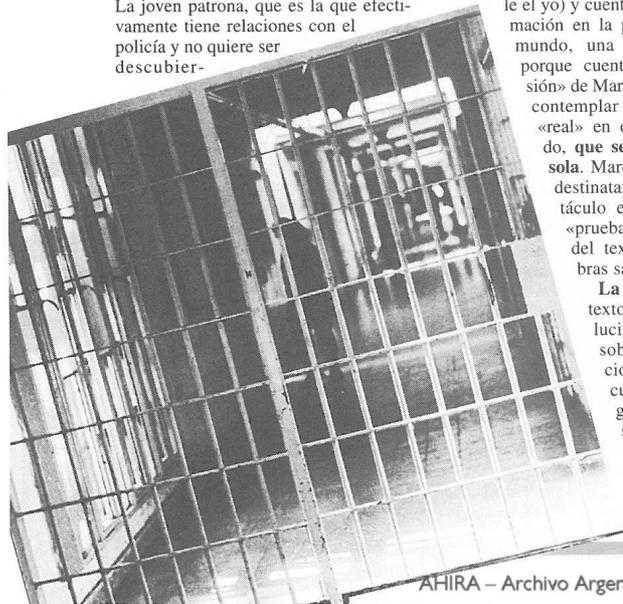
Pero a esa torsión de la ficción sigue inmediatamente otra, jurídica e interna, porque en la cadena el crimen femenino no recibe justicia estatal. Y esa segunda torsión de la cadena, la de la justicia, la pone en contacto con ciertas otras «realidades». Las que matan no reciben justicia por razones médicas, o porque ni siquiera se sospecha de ellas porque son madres o vírgenes, o porque ante la justicia hacen una farsa de la verdad. O porque usan las yerbas de la exaltación y la muerte, o porque son representantes de Dios y del padre, o porque son la alegoría de la justicia. De todas las justicias: la privada, la sexual, la religiosa

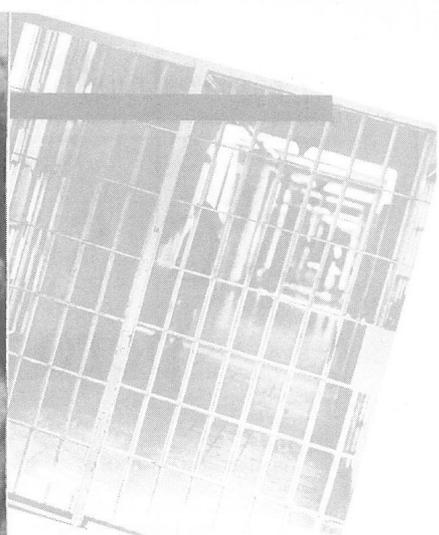
y la del padre, y también la justicia social, la económica y la política.

El «delito» es un demarcador, un instrumento de diferenciación que funciona de un modo preciso, porque uno de los sentidos de la sustracción de la justicia estatal en las que matan se ve sólo cuando se lee (se escribe) la cadena desde la parte femenina, que es la que la constituye: desde la que mata en primera persona. Pero en los cuentos argentinos la que mata habla a través de otros porque están narrados en tercera persona (mientras que la primera persona «masculina» de un delincuente aparece a principios de siglo); falta el cuento mismo de la que mata. Es necesaria una torsión de género sexual (o pronominal o narrativo), que a la vez podría ser una torsión nacional, para poder leer uno de los sentidos de esa sustracción de la justicia estatal que se reitera en todas las frases de la cadena. Dicho de otro modo: es necesaria la inclusión en la cadena argentina de un eslabón latinoamericano, que implica una torsión, para poder oír contar el cuento desde la que mata. Y poder ver el sentido de la torsión fundamental que los cuentos latinoamericanos de mujeres que matan ejercen sobre la justicia.

Encuentro esa primera persona en Méjico, en **Arráncame la vida**, de Ángeles Mastretta (1986). Catalina cuenta cómo mata en los 20 a una de las autoridades políticas locales de la revolución mejicana (un ex militar y gobernador), que es también su marido y el padre de sus hijos. Él ordenó asesinar a su amante músico. Catalina usa la droga de Clara, el veneno de la exaltación y la muerte, y le da un té euforizante que mata a la larga. Pero no actúa sola; ese té se lo dio una campesina cuyo marido había sido asesinado por el marido de Catalina; las dos aliadas, de arriba y de abajo, hacen justicia política y sexual al mismo tiempo: éxtasis y muerte al doble asesino de campesinos y artistas. Por supuesto, el veneno es una droga desconocida, nadie sospecha y no hay justicia estatal.

Esa incorporación externa a la cadena argentina, esa torsión de la representación por el pasaje a la primera persona narrativa de la que mata es crucial porque define su sentido desde otro lugar. Los cuentos de mujeres que matan, encadenados, constituyen en cada momento la puesta «en delito» de una representación femenina con poder, que no recibe justicia estatal. Pero según cómo se la lea, o cómo se la cuente, desde qué yo (desde la víctima, desde el cronista o desde la que mata), o según desde dónde se mire la cadena, varía el sentido de la sustracción de la justicia estatal, porque en las que matan el género es el que decide el sentido de la representación. Desde el detective-médico, los estudiantes de medicina o el pobre mantequero, la que mata se transforma en una mujer neurótica o loca, y recibe una condena médica y social, no jurídica: es el caso de Holmberg y, quizás, el de Arlt. Si se lo cuenta desde la voz femenina, o desde otro género, también literario, la mujer que mata elude la justicia estatal porque hace justicia política y sexual, mata a un «delin-





cuente» y recibe un premio liberador (Mastretta, Puig, Almodóvar y también, quizá, Borges y Aira).

El delito (y el artefacto cultural crimen y castigo) es un demarcador de áreas, un instrumento de diferenciación: crimen sustraído de la justicia estatal por enfermedad (alteración mental o social) o por representar otra justicia «legítima». La cadena de las que matan plantea un problema crucial de sentido, que depende precisamente de su carácter de género.

Retomemos, desde la torsión del género, la correlación de la cadena con cierta «realidad». Las que matan en las ficciones están hechas de «signos femeninos»: todas matan por pasión, por amor o celos o venganza, y sus crímenes son domésticos; matan a ex amantes o a maridos que no han cumplido con su palabra o mienten. Éste es uno de los cuentos de la cadena: crímenes privados, de pasión femenina desencadenada. Y ese lado del género de la cadena se toca directamente con cierta «realidad», sin torsión, porque el crimen doméstico es dominante en las mujeres que matan, según estudios y estadísticas en inglés.

La literatura y la realidad se tocan en los «signos femeninos» de las que matan. Pero la «realidad» de la literatura dice más que cierta «realidad» que funciona como su correlato directo, porque en las que matan en los cuentos encadenados no sólo actúan la pasión femeni-

na desencadenada en «la realidad» del crimen doméstico, sino que además parecen condensar todos los «delitos femeninos» en el campo de lo simbólico (diferentes de los «delitos» del sexo-cuerpo de las mujeres «víctimas»). Son «delinquentes» de la verdad y de la legitimidad, los valores del Estado: tienen hijos ilegítimos, amantes ilegítimos y se sitúan en el campo semántico de la duplicidad, del travestismo, la falsificación y la simulación: la falsa estudiante de medicina, la falsa reina, la falsa prostituta, la falsa violada, la falsa delatora, las falsas revolucionarias Mao-Lenin. Y con estos «delitos femeninos» burlan la justicia estatal. Las que matan en los cuentos actúan «signos femeninos» (los de la histeria: pasión doméstica y simulación) y a la vez les aplican una torsión, porque se valen de los «signos femeninos» de la justicia, como el de «mujer honesta», para burlarla y para postularse como agentes de una justicia que está más allá de la del Estado, y que por eso las condensa a todas.

Las dos últimas torsiones de la cadena: la pronominal del género y la de los delitos simbólicos del género dan un sentido a la justicia de las que matan.

Pero las mujeres que matan no están solas sino con sus víctimas, que ocupan el lado político de la cadena, y su correlación con cierta «realidad». Son una serie de hombres también encadenados que representan un tipo de fuerza que fue crucial, y no sólo en la historia de

las mujeres. Ellas:

- matan en 1896 a los futuros **médicos** que inventaron la histeria y la moderna ciencia de la mente con sus fotos y clasificaciones; en la *nouvelle* policial, eliminan de raíz el poder científico que acompaña al Estado liberal;
- matan en 1936 al que representa, en el teatro del espejo, al **dictador latinoamericano** que quiere dominar el mundo;
- matan en el otro cuento «realista y social» de los 40 al **patrón de la fábrica** en huelga en los 20;
- matan al **policia** de los 30 en el «folletín» de los 60;
- matan al **político corrupto** del PRI de los 20 en la nueva novela histórica de los 80;
- en los 80 la Gloria del cine de la movida de Almodóvar todavía mata al **taxisista nazi-franquista**;
- y en la novela corta y violenta de los 90, Mao y Lenin matan a los **consumidores** del supermercado, hombres y mujeres.

El lado de las víctimas es el lado político de la cadena (el de la correlación y la torsión política) porque mientras las mujeres se polarizan socialmente entre lo más y lo menos (y ésa parece ser una de las lógicas del género) sus hombres se mueven, por así decirlo, en un mismo lugar en la correlación con cierta «realidad»: en una de las fuerzas cruciales (científica, militar, política, económica, policial) que sostiene el Estado en cada momento. O su «mo-

derización». Pero desde abajo, desde sus fundamentos mismos, en el más pobre representante de esas fuerzas que es la víctima. Las que matan cortan las raíces del poder o cortan el poder en su raíz, desde abajo, en cada momento: desde la ciencia y la universidad, el comercio, la fábrica, la policía local, los taxis y los supermercados.

Mujeres que matan: los elementos clave y violentos de esta figura lingüística, cultural y literaria: eliminar el poder en su raíz y marcar un avance en la independencia femenina la hacen especialmente apta para la criminalización, para la fundación y al mismo tiempo para la alegoría de la justicia. La cadena literaria, por las correlaciones que traza (por su lado de ficción, su lado de género y su lado político), toca todo el tiempo la realidad: es cierta realidad, representada y leída en «ficción de delito femenino».

Finalmente, la cadena tiene un **lado o torsión puramente literario**, de género literario, que es fundamental porque hace coincidir las irrupciones femeninas, su criminalización y su sustracción de la justicia estatal con ciertas torsiones literarias, también cruciales. Los textos que forman la cadena se definen cada vez en relación con cierto tipo de naturalismo y de realismo social; se definen como su otra cara, más moderna y con una politización más perversa. La nueva novela (científica) policial de fin de siglo, el nuevo teatro (cinematográfico) de los 30, el otro, el único cuento «realista y social» de los 40, la otra «novela de folletín» de los 60, la «nueva novela histórica» de los 80 y la otra *nouvelle* violenta de los 90. Ese realismo más moderno y perverso de la cadena se diferencia del realismo social porque lo que importa en los cuentos de las que matan es la torsión de la representación de cierta «realidad»: lo que importa es la reproducción de la imagen. La cadena de las mujeres que matan puede contar también, entonces, una historia literaria de la reproducción de la imagen y del espectáculo de la pasión en la Argentina. De «los géneros» modernos de esa imagen: desde la fotografía de Clara, pasando por el teatro de Susana, el cine de Emma y de Raba, hasta la TV de Mao, Lenin y Marcia.

Desde el delito, desde el otro lado de la frontera, los cuentos de mujeres que matan encadenadas abren un mundo de correlaciones y torsiones que no solamente terminan en cierto lado de la «realidad». Géneros sexuales, géneros literarios y géneros de la imagen y del espectáculo de la pasión podrían funcionar históricamente de modos semejantes, y podrían coincidir en sus torsiones, con la condición de que se ponga «en delito» la representación femenina. ■

(Este texto fue tomado del **Boletín de la BCN**, Ediciones Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1996, número 119. Debido a la falta de espacio no fueron incluidas las notas que figuran en el original, para una información más completa se sugiere consultar la publicación antes mencionada.)

No soy un bombero pero tampoco ando con puntillas

**CACHITA
1940/1950: SEÑORAS «PAQUI»**

Cuando yo recién me recibí fui médica de una embajada europea. El embajador de esa época estaba casado y su esposa contaba que había sido gay hasta que encontró a este señor que no tenía la agresividad masculina y al que también le gustaban los efebos. Eran un matrimonio encantador, realmente. Y entonces ahí por primera vez oí que se hablaba, que se hacían chistes sobre eso como sobre cualquier cosa. A mí me llamó mucho la atención la tranquilidad con la que tocaban ese tema. Les parecía lo más natural. Me acuerdo de que mis pacientes en la embajada eran señoras de industriales o de diplomáticos. Las señoras de industriales se aburrían mucho con los maridos, que en realidad eran buenísimos, unas almas de Dios: trabajadores, serios, pero aburridos. Entonces se corría la voz de que (conmigo) había algo raro. Y me acuerdo de que me hacían llamadas falsas porque no estaban enfermas ni les pasaba nada. Lo que pasaba era (que querían) ver si era cierto que ahí había algo raro.

—Y usted les seguía el juego.

—Claro (*risas*). Y fue una cosa bastante pintoresca. Los señores sentían más bien como una simpatía. No sé si es que preferían que a las señoras no se las toqueteara un hombre sino otra mujer, pero más bien alentaban los *flirts*, cosa que a mí me llamaba un poco la atención. Así, en un tono un poco divertido, evidentemente alentaban, hacían un poco de ganache. No sé si les resultaría divertido, picante, no sé... Ahora lo que sí es divertido es que me encontré con cosas extrañas por parte de las señoras «paqui» que parecen de película cómica. Una vez me acuerdo -yo ya era grande, vivía en mi casa pero arriba tenía como un departamento- que había una señora joven que me fue a ver. Ante mi sorpresa se metió en la cama. Tra, tra, tra, se saca la ropa y se mete en la cama. Y bueno, ahí me pasó una aventura pero más que nada por cortesía porque si una señora a una se le mete en la cama, uno no va a decir «vístase y váyase» (*risas*). Lo más lindo es que después me escribí una carta diciéndome si yo no tenía vergüenza de ser lesbiana y de tener esas costumbres horribles. Una carta llena de reproches y de horrores. En ese momento de bronca la rompí y la tiré, pero después sentí no haberla guardado. Por eso digo: a veces las señoras «paqui» tienen cosas increíbles. Eso hasta ahora no me cierra. Cada vez que me acuerdo me causa sorpresa. Ahora, por la cancha que tenía se ve que no era la primera vez. Claro que eso se ve que le causaba horror. Y yo de eso me acuerdo como de un episodio muy cómico. Y yo ya andaba suelta, fue después de que me separé.

—¿Y siempre la buscaban ese tipo de mujeres a usted?

—Sí, las señoras «paqui». A mí me gustaban las señoras «paqui» pero yo ya sabía cuál era la estrategia. La estrategia era decir que no pasaba nada, que no, que ¡qué horror!, que yo jamás me atrevería.

—¿Y usted las dejaba que ellas dieran el primer paso?

—Y sí, y se atrevían (*risas*). Es una buena estrategia porque lo importante es lo que se dice, no lo que se hace. Si usted hace algo diciendo que no lo hace, lo que se toma en cuenta es lo verbal. Entonces yo les decía que no pasaba nada, que era una simple aproximación cariñosa y que si había alguna vaga tonalidad de erotis-

DICE LA LEYENDA POR TRADICIÓN ORAL Y POR BOCA DE JUAN JOSÉ SEBRELI QUE A PRINCIPIOS DE SIGLO, EN BUENOS AIRES, LUCÍA VARELA DE MUJICA -MADRE DE MANUCHO- SE BATIÓ A DUELO CON EMA LAGOS POR EL AMOR DE CELINA ZAPIOLA Y QUE LAS DOS DAMAS UTILIZARON LOS FLORETES DE SUS PADRES. LA ANÉCDOTA MUESTRA QUE EL LESBIANISMO ENCONTRÓ DESDE TEMPRANO EN LOS ÁMBITOS ARISTOCRÁTICOS ILUSTRADOS UNA RELATIVA TOLERANCIA A TONO CON OTRAS IMPORTACIONES DE LAS COMUNIDADES PARISINAS DONDE LA HOMOSEXUALIDAD FORMÓ PARTE DEL SAVOIR FAIRE MODERNISTA. PERO EN LA ALTA BURGUESÍA Y EN LA CLASE MEDIA Y BAJA EL SECRETO SIN LEYENDA ERA -¿ES?- DE RIGOR. NO SOY UN BOMBERO PERO TAMPOCO ANDO CON PUNTILLAS DE ALEJANDRA SARDÁ Y SILVANA HERNANDO REGISTRA TESTIMONIOS DE MUJERES QUE EN LAS DÉCADAS ANTERIORES A LA DEL SETENTA -CUANDO A LAS HETEROSEXUALES SE LAS LLAMABA «PAQUIS» Y LOS ROLES SE CONTABAN EN TÉRMINOS DE «CELESTE» O «ROSA»- VIVIERON RELACIONES APASIONADAS CON OTRAS MUJERES SIN CONTAR CON EL AMPARO DE LA CARTILLA FEMINISTA Y GAY.

mo eso no tenía ningún sentido (*risas*). Algunas eran cancheras, con experiencia, y a otras era la curiosidad lo que las llevaba. Y casi todas eran mujeres mayores que yo. Y yo trabajaba de niñita desvalida y el instinto maternal se les despertaba (*risas*). Yo veo que las señoras «paqui» eran bastante emprendedoras. A lo mejor no se hubieran atrevido a tener un amante hombre. En cambio, si no era con un hombre no era pecado, había un poco de eso. Tal vez estaban aburridas del marido y entonces una variante era tener una relación así, que era como más hermana, donde una podía decir que no había ocurrido nada porque no se acostaba con un señor. Había una señora «paqui» que un día me llevó a ver la película *El hijo del Sheik*, con Rodolfo Valentino... una película del año del «cuete» que la habían re- puesto. Ella se ve que tenía el metejón con Rodolfo Valentino. Era una mujer mucho mayor que yo. En esa época yo era una mocosa y ella tenía 48 años. Era una linda mujer, muy importante como personaje, y a mí me fascinaba. Ella decía que yo en esa época me parecía a Rodolfo Valentino, había hecho evidentemente una asociación. Entonces quería que yo aprendiera el papel. Y yo me lo aprendí. Era una cosa así terrible: el hijo del Sheik rapta a una mujer blanca que forma parte de una expedición y se la lleva a su tienda y ella está muy temerosa. Entonces el Rodolfo Valentino corre la cortina de la tienda y le dice: «Vamos, ¿qué estás esperando para desvestirme?» (*risas*). Eso se ve que le debía causar un estremecimiento. Las casas de ese país siempre tenían como un cortinado que se corría así (*hace un movimiento con la mano de izquierda a derecha*), y estaba puesto en un barrote ante la puerta de cada habitación. Entonces ella se acostaba en su dormitorio y (ese cortinado) era la entrada de la tienda. Yo tenía que correrlo y decir: «*Allors, qu'est que tu atendbs pour deshabiller?*». ¡Era fantástico! Esa escena le gustaba (*risas*). La primera vez cuando corría la cortina en una forma así muy varonil, la cortina se salió del barrote y se cayó encima de mí (*risas*). Yo ahí estropee un poco la cosa, entonces (lo hicimos) otra vez.

—Y ella, ¿seguía con su rol?

—Claro, claro, y se desnudaba obedientemente. A mí me daba un poco de risa.

—Y eso, ¿lo hacían varias veces?

—Sí, sí, sí. Esa era su escena favorita (*risas*). Es una linda anécdota, ¿no es cierto? Lo que puede la imaginación, ¡eh! Porque eviden-

temente la cosa no era conmigo: era con Rodolfo Valentino. Yo era una representante. En general (con las otras) era directamente en la cama que se imaginaban roles, inventaban... digamos: era una cosa de improvisación, pero nunca me tocó una cosa así hecha con libreto y todo. A mí me daba mucha risa pero trataba de no contradecirlas. Yo tenía buena voluntad (*risas*). Después, hablando un poco más seriamente, todas me explicaban que toda mujer casada tiene un amante ideal y que (para) llevarlo a la práctica con un señor real una tiene que vencer muchos inconvenientes, peligros, resistencias, etc. En cambio así, en una especie de juego, era mucho más fácil. En realidad la explicación era esa, no otra.

—Pero nunca le mencionaban que era más fácil porque usted era una mujer.

—Venía implícito porque al no ser con un señor entonces era como si no existiera adulterio. Era un simple juego erótico. Además no había peligro de quedar embarazada, lo que no era tan despreciable. Lo que no hay que hacer con esas señoras «paqui» es decir las cosas como son porque entonces usted les produce un *shock*, viene una resistencia, problemas... Lo mejor es dejarlas correr. Después de todo, ¿quién sabe cuál es la realidad o la verdad? Y después era como si no hubiera existido. No se hablaba más del asunto ni nada. A veces había repetición pero no se hablaba. Era una especie de pacto silencioso. Yo estaba en una época en que no tenía pareja y lo mismo me daba, me divertía bastante. Sobre todo esa parte teatral era muy divertida. Tal vez había un poco de una secreta revancha porque yo había tenido que aguantar reflexiones agresivas de señoras «paquis» entonces el que se aflojaban era un modo de... aunque no fueran las mismas señoras «paquis» sino otras. Yo lo que tenía como principio era no dañar, mientras no se haga sufrir a nadie... Yo me callaba la boca, era muy discreta. No iba a darle corte después. Es decir, recapitulando, yo lo que aprendí es que no hay que tratar de convencer a la gente.

1950: TRABAJO

—Contame lo del puesto en la feria.

—Yo tenía un puesto de galletitas y golosinas en las ferias que se armaban en las calles. ¿Vos sabés que yo vendía 100 latas por día de galletitas? ¡Mirá lo que vendía! ¡Fue una época...!

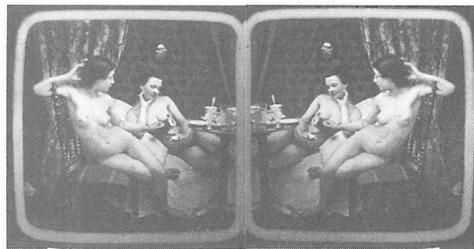
—¿Y en qué año lo pusiste al puesto?

—Y hará como 39 años (atrás). Mirá, yo hice de todo en mi vida. Trabajé de grupina en un remate. No tenía un mango y tenía que ganarme la vida. Era machita, ¿viste?, y tenía que ganarme la vida. Entonces me dice una chica: «¿Querés venir a trabajar de grupina en un remate?». «Bueno.» Me ganaba mis buenos mangos. No hacía nada, nada más que aumentaba el lote. Se arma así: ellos nos ponían... éramos tres o cuatro. Ellos te decía como ser que un lote salía 20 centavos. Y nos acomodábamos (y ofertábamos para levantar el precio). Y ganábamos bien, te llevabas tu buen pesito a tu casa.

70: TRABAJO

—Después me compré un rastrojero. ¡Mirá qué historia! ¡Yo hacía cada cosa! Pero me rebuscaba mi vida y no podía a nadie. ¡Es la verdad! Mi viejo siempre me decía: «La única que nunca me pide plata es la Cachita». Es la verdad. Yo jamás le pedía. Yo me la rebuscaba para laburar. Era callejera, andaba más en la calle. Después que dejé la feria -en la feria estuve veinte años- me compré un rastrojero. María también llegó a ir a la feria conmigo. Así que fijáte vos, yo cuando la conocí a María tenía cuarenta años. Y ella llegó a ir a la feria conmigo. Pero después ya no te rendía. Y me compré un rastrojero. Hay una agencia de fletes cerca de mi casa y el muchacho era conocido mío. Le digo: —Che, ¿no puedo venir a trabajar acá? —Sí, cómo no. —Pero yo el rastrojero no se lo doy a nadie, lo manejo yo. —Bueno, vení mañana. Te imaginás: había veinte monos ahí, cuando cayó la Rubia Mireya «se formaba cola pa' verla bailar». Claro, una mujer rubia, tenía el cabello un poco más largo. (Ese primer día) yo no iba así (vestida como estoy ahora, con pantalones y suéter). Iba tipo señorita. Si te descuidás hasta me pintaba los labios (*risas*). Y los tipos, claro, cuando me vieron no sabían quién era, no me conocían, todos te querían «mover el piso». ¿Sabés que buena plata ganaba también ahí? Me hacía mi buena diaria. Cuando me hacía la diaria ya me iba a mi casita. Entraba a las ocho. Algunos venían a las seis para agarrar el primer turno. No era cuestión de eso, era cuestión de ir a laburar. Yo iba a las ocho, siete de la mañana y cuando te tocaba, te tocaba. Pedían un rastrojero y yo con una camisita, un pantalón.





Lo primero que piensan es que va a ir un muchacho. Algunos ni se daban cuenta de que era una chica. Un día viene un hombre y me dice: «Después paso a pagar a la agencia.» Viene a la agencia y dice: «¿Está el pibe rubio?». «¿Cuál?». «El del rastroyero.» «No, ésa es Cachita, la chica.» «¡Uy! Yo pensé que era un muchacho.» Claro, no prestan atención y en esa época mucho menos se veía a una chica manejar un rastroyero. Medio difícil. Pero yo me rebuscaba. Yo siempre trabajé por mi cuenta.

MÓNICA 1960/1970: PARTIES

—Los grupos, ¿eran sociales nada más?

—Sociales, sí, sí... (risas). Imagínate en el 60, 65, 66, no había concientización... Por eso mi asombro con la gente de Convocatoria Lesbiana (Grupo de reflexión que se formó a partir de las apariciones de Ilse Fuskova en los medios, en 1993). La cantidad de chicas jóvenes de 22, 23 años que yo les he escuchado decir que gracias a Dios habían encontrado ese lugar porque ellas, desde que se dieron cuenta de que eran gays hasta que encontraron ese lugar, no tenían con quién hablar, creían que se iban a volver locas. Yo mucho antes de ser gay ya tenía un montón de amigas gay. Pero ¿por qué? porque yo me manejaba dentro del mundo de los pintores, de los poetas, de la gente de teatro, escritores; esa gente ya tenía otra visión...

—¿Había alguna característica por la que rechazaban a la gente?

—No. Lo que pasa es que después, cuando se hizo más común ser gay había una cosa con la que yo siempre decía que había que tener cuidado: el máximo común denominador. No por el hecho de ser gay significaba que vos eras regia y Fulanita no era regia. Por ahí vos eras una... qué se yo. No una venida a menos o una venida a más, pero eras alguien que había salido de la cárcel antes de ayer. El hecho de ser gay no significa que seas una buena persona. De ahí un poco el hecho de por qué voy a salir yo con un cartel «soy gay», eso no le interesa al señor de enfrente ni a la señora de acá al lado, ni a mí me interesa que lo sepan. Pero ése puede que sea el resultado de mi propia historia.

—¿Qué pasaba, por ejemplo, si vos le presentabas a tu grupo de amigas una mujer que no era «bien»?

—¡Ahhh! Pasó. Me enganché, fugazmente, con una chica de nivel muy modesto, buenísima. No sé qué me pasó:

debo de haber estado sola.

Y fue terrible. Estaba conviviendo conmigo e invité a varios amigos y amigas. Y vos sabés que uno de ellos me dice despacito: «¿Y esta cucaracha?». Y otro me dijo en inglés: «Is she the maid?». («¿Es la mucama?») Ahí te simbolizo. Vos tenés que llevar a ese grupo a una alta, rubia, de ojos azules. Sí, se fijan mucho en el aspecto.

—¿El tema de la infidelidad era común o no?

—Mirá, en las que yo conozco no ha habido infidelidades.

—O sea que no había parejas abiertas.

—¡No! No, no, no. Lo primero era la casita, armar la casita, tener después la casita en el Tigre o la casita en Cariló o la casita en Córdoba. Era muy burgués todo. No, no, no. Peleas sí había. Peleas más bien por manías, no por dinero. Siempre el manejo (del dinero) en todos los casos ha sido muy honesto. Y siempre han trabajado las dos.

—¿Las peleas eran de palabra o había...?

—No, no, de palabra. También yo me he peleado con Marta algunas veces y ella conmigo más. Una vez hubo una gran pelea después de mucha borrachera entre dos minas. Se amaban y se odiaban indistintamente. Entonces un día una le mandó a la casa de la otra un servicio fúnebre completo. Y la otra le mandó una ambulancia para llevarla al loquero. Entonces se armó la gran podrida. Fueron a parar a la Comisaría 17 y ahí yo me acuerdo de que ellas contaban que le dijeron al policía: «Nosotras somos *bettors* (persona homosexual)». Y ellas contaban que el policía les dijo que él era gay.

—¿El policía les dijo que era gay?

—¡Claro! ¡Sí! Ellas eran gente de mucha plata en esa época -ahora no sé- y pasaba como una pavada, una excéntrica de gente con apellido, qué sé yo. No era tan dramático. Para nada. Ya te digo: problemas con la policía no (había) porque como todo era tapado... Ahora, si yo hubiera salido a la calle y le hubiera dado un beso a mi pareja... Yo después conocí a una señora que ya se murió -ahora tendría 90 años-: ella le había puesto en su estancia una casa a una pintora famosa que siempre dibujaba caras de chicas. Era su pareja. Eso tiene que haber sido en el 45, pero todo era muy tapado, a no ser que tuvieras mucha plata y entonces les importaba un cuerno.

—Ellas no ocultaban para nada.

—Para nada. La señora de 90 años se peinaba a la gomina. ¿Sabés dónde había muchos gays y muchas lesbianas en esa época?: en las líneas aéreas, azafatas, azafatos, comisarios de a bordo. Había unas que trabajaban en una compañía de aviación y ninguna le había confesado a las otras que era gay. Estaban todas sueltas y eran todas gays. El día que descubrieron que todas eran gay cerraron la oficina y se pusieron a bailar adentro. Yo hubiera pagado por ver eso.

EL BOMBERO Y LA MUCAMA

—Los roles no existían, cosa que me revienta de esta época. La última persona con la que estuve hará cinco o seis años me planteó el asunto de los roles y dije no, no. Para mí eso es una estupidez. Está bien, en esa época todos decíamos el «bombero» y la «mucama». Es cierto: una es siempre más femenina que la otra pero en la cama somos todos iguales, por lo menos ésa es mi experiencia. Había días en que uno era más de un lado y había días en que uno era más del otro. Pero personajes intocables como los que yo he visto y he oído en las reuniones de Convocatoria Lesbiana... yo no lo puedo creer.

—¿Vos no conociste a nadie así?

—No. No conocí. Para mí es una estupidez. Es como los boludos de los muchachos gays: «Yo la pongo, a mí no me la dan». Déjame de joder. En la cama vale todo, dentro de un respeto. No te digo amor porque te podés encamar con alguien sólo por calentura, o sea que ni siquiera hablo de amor. Pero roles, no. Para eso, un señor. Y así eran todas en mi época.

—¿Pero sí había diferencia en el aspecto?

—Sí. El bombero y la mucama. Eso era famoso. Y los bomberos tenían más... más, este... yo puedo decirte que era bombero... más masculinas. ¡Pero yo siempre digo que aunque me hubiera casado y hubiera tenido dieciocho mil hijos siempre hubiera sido igual! ¡Yo he visto cada mina que tienen dos mil hijos y que parecen la jefa del destacamento!

ROSITA

1970: PRIMERA PAREJA

—Después conocí a una chica en el barrio. Una chica que yo la miraba y siempre la veía apretando en la puerta con un novio distinto alevosamente; pero era muy linda y yo la miraba y ella me sostenía la mirada. Yo andaba por los 30 ya y ella tenía 22. Y bueno, tanto la miré, tanto la miré, que al final empezamos a hablar y nos enamoramos y estuvimos seis años juntas. Sin convivir, pero como éramos vecinas ella estaba casi permanentemente en mi casa. Era muy entoradora, muy cariñosa, mis viejos se encariñaron con ella, así que estaba todo bien. Seis años, hasta que por fin por un amigo conocimos a otras chicas que eran como nosotras y empezamos a conectarnos con el ambiente. Esto era ya en el año setenta y pico. Estas muchachas eran pareja pero no estaban demasiado bien, así que decidimos ir a un boliche y ver si pasaba algo. Nos enteramos por un amigo de que había un boliche gay, entonces por primera vez en mi vida fui a un boliche bailable gay, cosa que yo había visto únicamente en las películas. Y yo decía: «No puede ser que en Buenos Aires haya cosas que yo

solamente vi en las películas.». Era en Ciudadela, habíamos tenido que cruzar a la provincia, unos pocos kilómetros fuera de la Capital. Fuimos al boliche las dos parejas y muy graciosas y festivas dijimos que si cada una podíamos por su lado engancharse con alguien lo íbamos a hacer. Fue medio un pacto. Había varones y mujeres y yo empecé a mirar a una mujer que en la oscuridad no le veía el color del pelo pero después supe que era pelirroja, flaca, con ojos muy negros. Me resultó atractiva. Yo la empecé a mirar, ella me miraba y mi pareja se hizo la loca y se levantó a una petisa horrible, y yo seguía mirando a la pelirroja, la pelirroja me miraba a mí, cuestión que medio me la enganché. Cuando mi pareja se dio cuenta de que yo me había enganchado a la pelirroja me agarró del brazo y muy varonilmente me sacó a los empujones y nos fuimos. Pero ya con la colorada habíamos cambiado teléfonos. Después de eso yo le fui a decir a mi amiga que ya lo nuestro no iba y que a mí la pelirroja me gustaba, y me hizo un escándalo tan grande que yo me achiqué y volví para atrás y me quedé con ella durante un año. En el transcurso de ese año yo tenía una amiga que iba a un foto club y en el foto club organizaban una fiesta y entonces mi amiga invitó a mi pareja a participar de esa fiesta para que cantara, porque cantaba muy bien, entonces ella empezó a ir a allí para ensayar y conoce a un compañero de mi amiga y se gustan y se enganchan. Y yo me entero en la fiesta de que mi amiga me estaba empezando a «cornear» con un tipo. En la fiesta se arma el escandalete. Y ella sigue con el tipo. Nos agarramos a las trompadas. Y yo tan buenita que parezco, he golpeado a una mujer y ella me ha golpeado a mí. Nos moreteamos los brazos a las trompadas limpias. Nos separamos y ella siguió el noviazgo. Yo llamé a la Colorada un año después y nos enganchamos. Y vivimos un romance que dura cuatro años. Mientras tanto asisto al casamento de mi amiga, y como ya estaba muy bien con la Colorada lo paso bomba en la fiesta, soy una de las que más baila y se divierte.

—¿Cómo siguió la relación?

—Nos quedamos amigas. Y bueno, sigue pasando el tiempo, yo sigo con la Colorada, mi amiga tiene un hijo varón. Entonces yo le dije: «Liliana, cuando al nene lo bauticen yo quiero ser la madrina». «Sí —me dijo ella.— Y así se hizo. Yo judía fui madrina por la Iglesia Católica del hijo de la que era mi pareja. Al cual sigo viendo, queriendo. Con ellos integré un poco como una familia.

—¿El marido de ella sabía la historia de ustedes?

—Me quiere mucho el marido. Soy la madrina. Soy de la familia. Nos vemos poco pero nos queremos mucho.

—¿El hijo sabe?

—No. Después nació otro varón. Cuando nació el segundo varón yo parecía el marido. Fui a verla salir de la sala de partos y le agarré la mano y de la emoción le daba besos en la mano. Pero yo... lo otro se había terminado absolutamente. Quedaba el afecto, un afecto como de hermanas. Y los chicos son los hijos que no tuve. No hubo desgarramiento cuando dije: «No, yo hijos no». Ahora chochísima de haber tomado semejante decisión. Pero los chicos de ella son un poco esos hijos que no hubieron. ■

¡LA GUERRA CULTURAL TERMINÓ!

(Y no son ni los moralistas ni la derecha quienes la ganaron)

POR RICHARD GOLDSTEIN

Aunque los medios nos han dado una visión almirada del triunfo del demócrata Bill Clinton en las últimas elecciones presidenciales (1996), no se puede decir que los republicanos han perdido las elecciones. Tenemos a Newt Gingrich como presidente de la Cámara de representantes y a Trent Lott en los comandos del Senado. El Congreso es netamente más conservador de lo que era incluso después de la abrumadora victoria del gran Old Party en 1994.

A pesar de esto, en los otros Estados Unidos, los republicanos no tienen ninguna influencia. No, no hablo del país de los pobres (señores, estamos en los años 90). Me refiero al país de los productores de los ocios familiares. Aunque la derecha lanza sus ásperos ataques contra Hollywood y el *gangsta rap*, aunque organiza cruzadas contra los imperios del mal de Levin y Eisner (es decir, Time Warner y Disney), aunque lanza sus quejas contra la animadora de *talk-shows* Jenny Jones, prácticamente jamás obtuvo ningún eco. Hoy seguimos viendo en las telenovelas cómo las jovencitas flirtean con sus suegros. En Disney World, Mikey y Donald acogen a las parejas homosexuales para festejar el Día Gay. En cualquier pueblito de este país se pueden alquilar videocasetes que contienen todas las prácticas sexuales con las que sueña Ralph Reed (líder de la Coalición Cristiana) después de hacer sus oraciones. Encima, las drogas, el sexo y los anillos que perforan la nariz son glorificados en es edén de degradación

DESDE LOS TURBUENTOS AÑOS 60, LA MAYORÍA COMENZÓ A INQUIETARSE. ¿SE HUNDIRÍA AMÉRICA EN LA DECADENCIA? EN LOS AÑOS 70, LOS INTELECTUALES LLAMARON A UNA REVOLUCIÓN CONSERVADORA. EN LA DÉCADA SIGUIENTE, CON LA ERA REAGAN, ASISTIMOS AL SURGIMIENTO DE UNA DERECHA CRISTIANA VEHEMENTE. INCLUSO EN EUROPA SE ABOGABA POR EL REGRESO DE LA FAMILIA Y DE LA MORAL... SIN EMBARGO, ESTA CONTRARREVOLUCIÓN SE HA VISTO DEFRAUDADA: AUNQUE EL PARTIDO REPUBLICANO GANÓ SOBRADAMENTE LAS ELECCIONES DE 1994 Y DE NUEVO EN 1996, LA INVENCION DE LO COTIDIANO SE LE ESCAPA. RAPPERS, FEMINISTAS, GAYS Y ARTISTAS «SUBVERSIVOS» CONTINÚAN DIRIGIENDO EL BAILE. ¿POR QUÉ? PORQUE EL BIG BUSINESS HA COMPRENDIDO DÓNDE ESTÁ SU INTERÉS: EN LA FANTASÍA Y EN LA BÚSQUEDA DEL PLACER, Y NO EN LOS PROFESORES DE VIRTUD.

abyecta que es la música popular.

Mientras América se volcaba a las urnas, dos inventos incendiaron el imaginario popular. Ninguno de ellos sirvió precisamente para tranquilizar a los «virtuócratas». Primero, supimos que Michael Jackson se convertiría en padre soltero muy pronto. Luego nos enteramos de que Melissa Etheridge y su novia Julie Cypher irían a tener un bebé. Esta pareja lesbiana llegó a la tapa de *Newsweek*, relegando a segundo plano las noticias de las elecciones. En cuanto al «niño guante» (como ha apodado el *New York Post* al hijo de Jack-

son), en vez de críticas moralistas, las revistas sólo mostraron juegos de palabras de mal gusto. Después de todo, algunas semanas antes, se habían recogido por el feliz advenimiento de un niño extramatrimonial en casa de Madonna.

¡Pobre Bob Dole! Sus ataques contra la «banalización de lo desviado» no han tenido ninguna repercusión. Él creyó que un giro a la manivela cultural lo propulsaría nada menos que a la Casa Blanca. Pero los electores mostraron que prefieren a la MTV, a las películas de Hollywood y a todas las otras emanaciones para los cinco sentidos que son el carburante de la industria de la diversión. Bill Clinton ganó en un abrir y cerrar de ojos al prometer supeditarse a la consigna de los valores familiares, a la vez que confesaba, a propósito de los «porros» de su juventud: «Si pudiera, hoy lo haría otra vez».

Continuamente se nos repite que el consumo de marihuana entre los jóvenes se ha duplicado desde la década anterior, sin duda por culpa de los padres *baby-boomers*. Pero, en la era del Prozac, ¿cómo podemos seguir considerando a esta hierba como la antecámara de la condena eterna? ¿Acaso el éxito de los ensayos de aplicación médica de la marihuana no es una prueba de que existe un cambio de actitud frente a los psicotrópicos?

Mientras la frontera entre los estupefacientes lícitos e ilícitos se ha hecho borrosa, las normas de la sexualidad y de la estructura familiar también tambalean. Por eso es que los nacimientos extramatrimoniales en casa de famosos parecen cada vez menos bizarros. Llegaremos a un punto tal en el que el hogar americano promedio no se limitará a dos padres casados de

sexo opuesto, sino que hará cohabitar otras combinaciones muy distintas.

El republicano William Bennett continúa alborotando al país con sus amenazas en contra de la declinación de las buenas costumbres y el cronista Rush Limbaugh sigue vociferando contra el Anschluss de lo que llama las «feminazis». Pero incluso los admiradores de Limbaugh deben rendirse a las exigencias de sus novicetas (o a las de sus patrones). De hecho, la mayor parte de los americanos es capaz de conciliar sus llamamientos a la expiación de los pecados con la búsqueda de los placeres más diversos. Por eso es que nuestro laberinto cultural, el moño mariposa de Luis Farrakhan (el líder negro que llama a la dignidad y a la moral), coexiste con el velo nupcial paródico del basquetbolista Dennis Rodman.

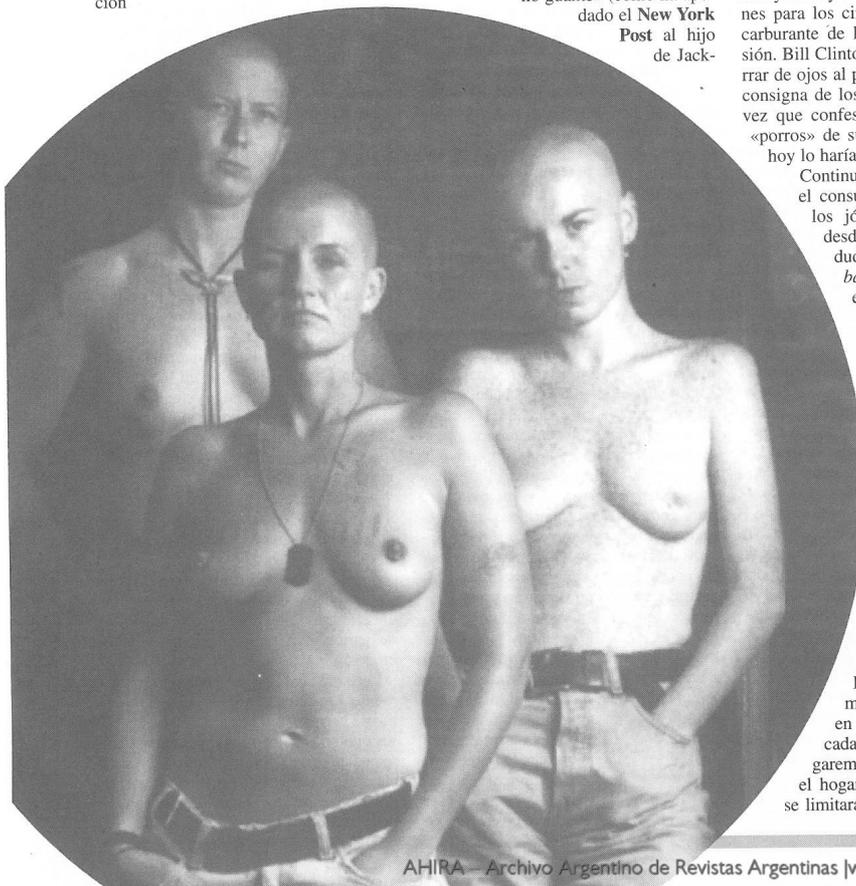
Aparentemente, tenemos tanta necesidad de moralistas como de un Congreso republicano. Con ellos somos libres de chapotear en la laguna de los placeres, bajo la vigilancia de nuestros patriarcas.

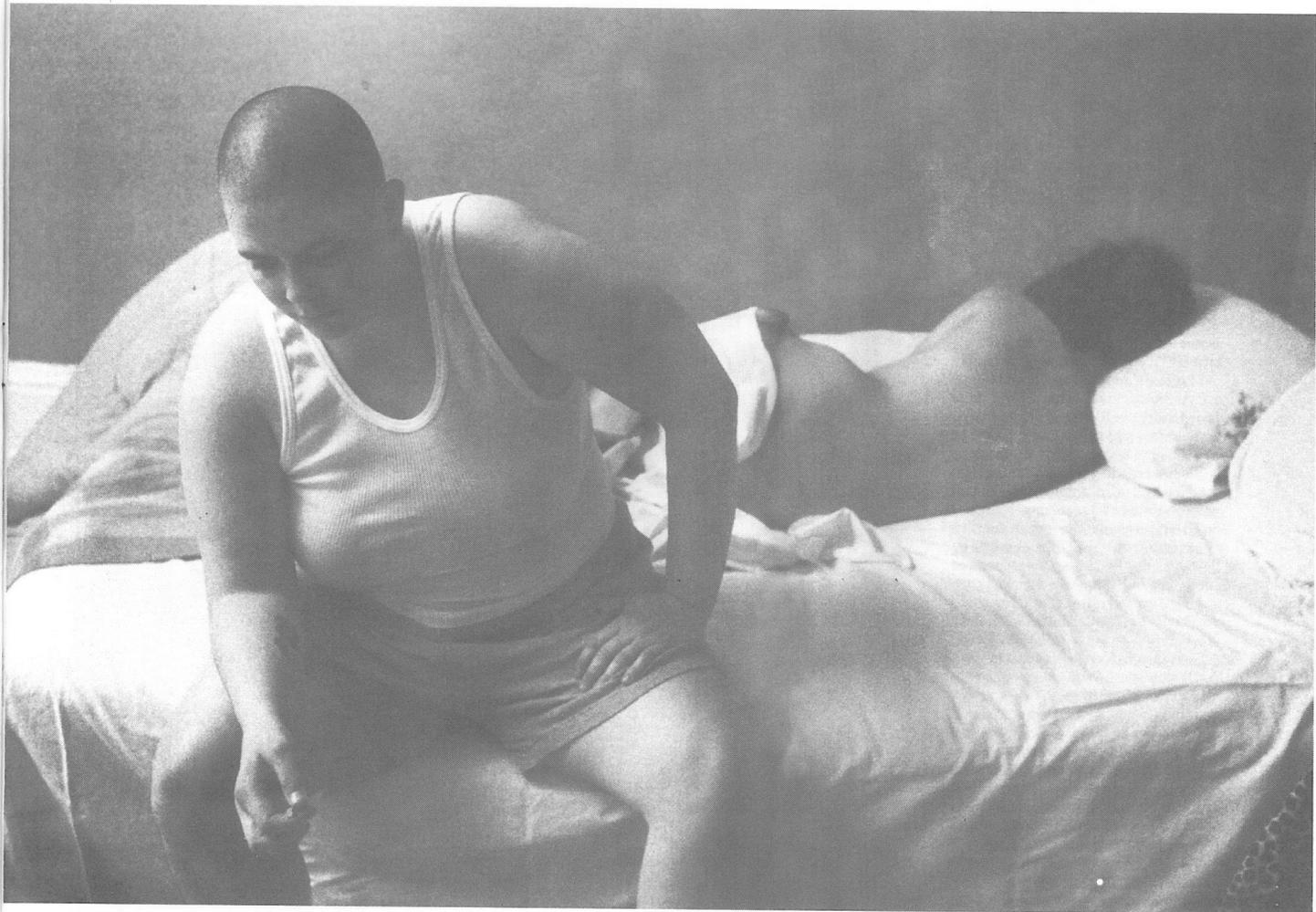
Bill Clinton es tal vez la Bestia seductora que avanza contra Sodoma para redimirla. Pero los lectores de Tocqueville saben que ningún presidente americano puede reformar la cultura. Antes, será ella la que reforme su mandato. Clinton domina a la perfección la dialéctica oscilante entre los apetitos voraces de la sociedad y el deslizamiento conservador de la política. Por eso es que supo mantenerse en el poder. Hoy no tenemos más que centristas ineptos al mando de todo (salvo, quizás, en Vermont), esto nos muestra hasta qué punto la izquierda fue derrotada. Sin embargo, las actitudes de Madonna y las de Melissa muestran también que la izquierda ganó.

Si la izquierda fue incapaz de influenciar al electorado, ganó al menos esta cruzada sin efusión de sangre que se ha llamado la «guerra cultural». Claro que la victoria en el *kulturkampf* jamás es definitiva, porque la cultura cambia constantemente en relación con las realidades sociales. Pero en tiempos de paz, con una economía robusta, los fantasmas de la nación pueden tomar otros caminos en vez de la política.

Es esto seguramente lo que pasó en lo mejor de la época del jazz, cuando bajo la batuta de Calvin Coolidge asistimos a una explosión de la creatividad artística, de la liberación sexual y del consumo de estupefacientes. Luego vinieron los años 60. Esta vez, tanto Kennedy como Johnson -en el contexto de la guerra de Vietnam- trataron de asfixiar las energías conservadoras que acabarían por sumergirlos. Como afirma George Will en un artículo reciente sobre esa época, el hecho político que logró mayor trascendencia posterior no es la aparición de la contracultura sino la creación de un conservadurismo populista. «La derecha de Goldwater (luego de Wallace) o la izquierda, ¿cuál de las dos era la más salvaje en los años 60? Es una cuestión sin respuesta -escribe Will-, pero hoy se ve con claridad cuál de las dos se tomó más en serio su voluntad de poder y cuál fue la que tuvo mayor éxito.»

Por eso, «los conservadores están tristes -hace notar él-, porque extrañan la primacía en las fuerzas culturales». Y, lo que es más, a pesar de su ascensión a las





más altas esferas del poder y del prestigio, la cultura les permanece inaccesible. «Es como si votáramos en los 80 y viviéramos en los años 60», dice Norman Podhoretz, el Bob Dole de los intelectuales judíos. A propósito de lo que él llama «el triunfo casi absoluto de la causa de los gays», Podhoretz acusa «la actitud de aprobación que tiene el mundo de la cultura», porque está convencido de que este aval «termina por vencer la resistencia del sentimiento mayoritario que se refleja en las urnas».

Lo más sorprendente de este *cri de coeur* es que parte del principio de que el cine, la música y los medios son la fuerza dominante de la vida americana. «La cultura es más importante que la política», afirmó William Bennett en un reciente *talk-show* donde se abordaba el tema del consumo de marihuana en los adolescentes. «Yo les digo que la cultura es la fuente de la que beben nuestros niños de 8 y 12 años.» Para nuestra desgracia, según Podhoretz, la cultura es «por ahora una causa perdida para los conservadores».

En esta cosmología, el Gran Satán es la elite que lanza las tendencias, los *culturati*, los intelectuales que, promulgando las «ideas de izquierda», son culpables hoy de eso que se llamó alguna vez «la traición de los sabios»¹¹. La derecha no es la única en buscarse un enemigo en el interior. Norman Mailer, por ejemplo, viene increpando desde hace años a lo mejor del mundo multinacional y su posición mágica: la publicidad. Este viejo hipster ha encontrado un alma gemela en la persona del ultraconservador Pat Buchanan, quien repite a más no poder que la cultura americana está «contaminada». En una reciente contribución al *Esquire*, Mailer imagina a Buchanan conduciendo la carga contra Wall Street -el centro financiero- y contra Madison Avenue -la avenida de las agencias de publi-

cidad- uniendo bajo su bandera a las clases proletarias y a los integristas.

Como lo sugiere esta alianza contranatural, la guerra cultural ha trastocado las categorías de la izquierda y la derecha. Por un lado, están los progresistas y los conservadores, que se definen, como Mailer, como «conservadores sociales». Del otro lado, las feministas, los gays y sus aliados reticentes de los medios. Esta alianza se ha vuelto todavía más compleja con la presencia de los pornógrafos, los cómicos y los *rappers*. Quiérase o no, las fuerzas de la libertad están en el mismo barco que todos estos personajes villanos y navegan sobre las olas perfrumadas del mercado.

La derecha perdió la guerra cultural porque cualquiera de los «valores familiares» es menos rentable que un surtido infinito de estilos de vida y de identidades. Por supuesto que quien dice estilos de vida no dice forzosamente identidad. Elegimos un estilo de vida, en principio, para llenar nuestras horas de ocio. Por el contrario, debemos pelear para afirmar nuestra identidad. Sin embargo, para los especialistas del marketing tal distinción importa menos que el hecho de que las dos necesidades llevan al consumo de música, filmes y otros productos culturales. Poco importa saber a qué lleva la búsqueda de sí mismo, pero sí se comprueba que aporta consumidores, entonces esta búsqueda debe parecer auténtica. Debe ser fuertemente alentada y debe responder a la duda esencial americana: ¿con qué nueva cosa nos podremos divertir ahora?

Decir que la identidad puede ser objeto de diversión no significa que uno subestime los riesgos ni que uno minimice la opresión. Al contrario, creo que nos hace mirar las cosas de frente: América era claramente menos interesante en los tiempos en los que los hombres eran hombres, el blanco era sinónimo del bien

y todo el resto de las cosas se mantenía fuera de vista. La excitación que produce el mestizaje cultural es una razón mucho más convincente para explicar el éxito del multiculturalismo entre los jóvenes que una pretendida conspiración de pedagogos izquierdistas. Mientras los *baby-boomers* discuten de política «identitaria» sus hijos se les escapan por debajo.

Según la mayoría de los testimonios, es más placentero vivir la homosexualidad manifiestamente y a lo grande que ocultarla. Es más agradable ser una mujer dotada de consciencia autónoma que ser un ama de casa. Es más gratificante buscar el amor y el deseo -y separarse cuando ambos se terminan- que quedarse atado a un estéril matrimonio. Por otra parte, numerosos republicanos que corrieron a votar a favor del Acta de Defensa del Matrimonio han sacado provecho ellos mismos de las leyes de liberación del divorcio. Resulta difícil creer que una sociedad donde el mestizaje es condenado, la sexualidad aprisionada y el divorcio (así como el adulterio) es vivido como un crimen pudo dar nacimiento a los placeres que sólo en sueños le pedíamos a la vida.

Hay que reconocer que esta necesidad de éxtasis es una cuestión generacional. La Norteamérica de Dole y de sus camaradas era una sociedad industrializada donde los medios de comunicación eran pocos: pocos periódicos, la radio y alguna película de vez en cuando. El trastocamiento más grande en la vida de posguerra ha sido el *boom* de las comunicaciones, que fue acompañado por una declinación de nuestra base industrial. Se habla mucho de la sociedad de los servicios; pero, en realidad, la diversión es hoy el producto más importante de América. En este Estado productor de entretenimientos, Dole y los suyos son extranjeros.

Ellos también son extranjeros en el rei-

no del marketing, un reino en el cual las ventas se cuentan por millones de dólares y dependen de la habilidad para despertar el deseo. Para tocar al público, los productos que no tienen ninguna tangibilidad -las cosas que uno no puede ni comer ni conducir y sobre las cuales uno no se puede asentar- deben ser más que bellos. Ni siquiera la novedad es suficiente en la orgía de la realidad virtual y de sitios en la Web. El sexo y el ego del consumidor deben ser atacados y acibillados. Se debe lograr que tengamos necesidad de las mercancías culturales que compramos. Esta creación de la demanda encaja muy bien con la proliferación de libertades e identidades. Vayan algunos ejemplos: el feminismo suscita la demanda de un segundo auto; la comunidad gay necesita la renovación de sus inmuebles; el hip-hop (un joven género musical) hace nacer todo un nuevo guardarropas inspirado en los uniformes de los prisioneros. Incluso las *drag-queens* pueden alimentar el mercado con autobiografías inspiradas (ni qué decir de las bombachitas de seda).

¡Pobrecillos los guardianes de la propiedad cultural!, no alcanzan a seguir el ritmo. Apenas se lanzan contra Calvin Klein acusándolo de promover la pedofilia ya la moda impone el *look junkie*. Apenas alcanzan a lanzarse en contra de Jeny Jones que ya dos hombres se ponen sus esmóquines para casarse en Turning Point (tampoco falta, la semana siguiente, la mujer que se casa con un violador en la prisión). Las sagas del descubrimiento de sí son hoy por hoy un elemento de base del espectáculo audiovisual. No es la canalada de estos melodramas lo que hace enojar a la derecha: es el sentimiento de identificación que pueden hacer surgir.

No hay nada que temer. Todo lo que estas cosas pueden tener de radical es arrancado como una pestaña rebelde pa-

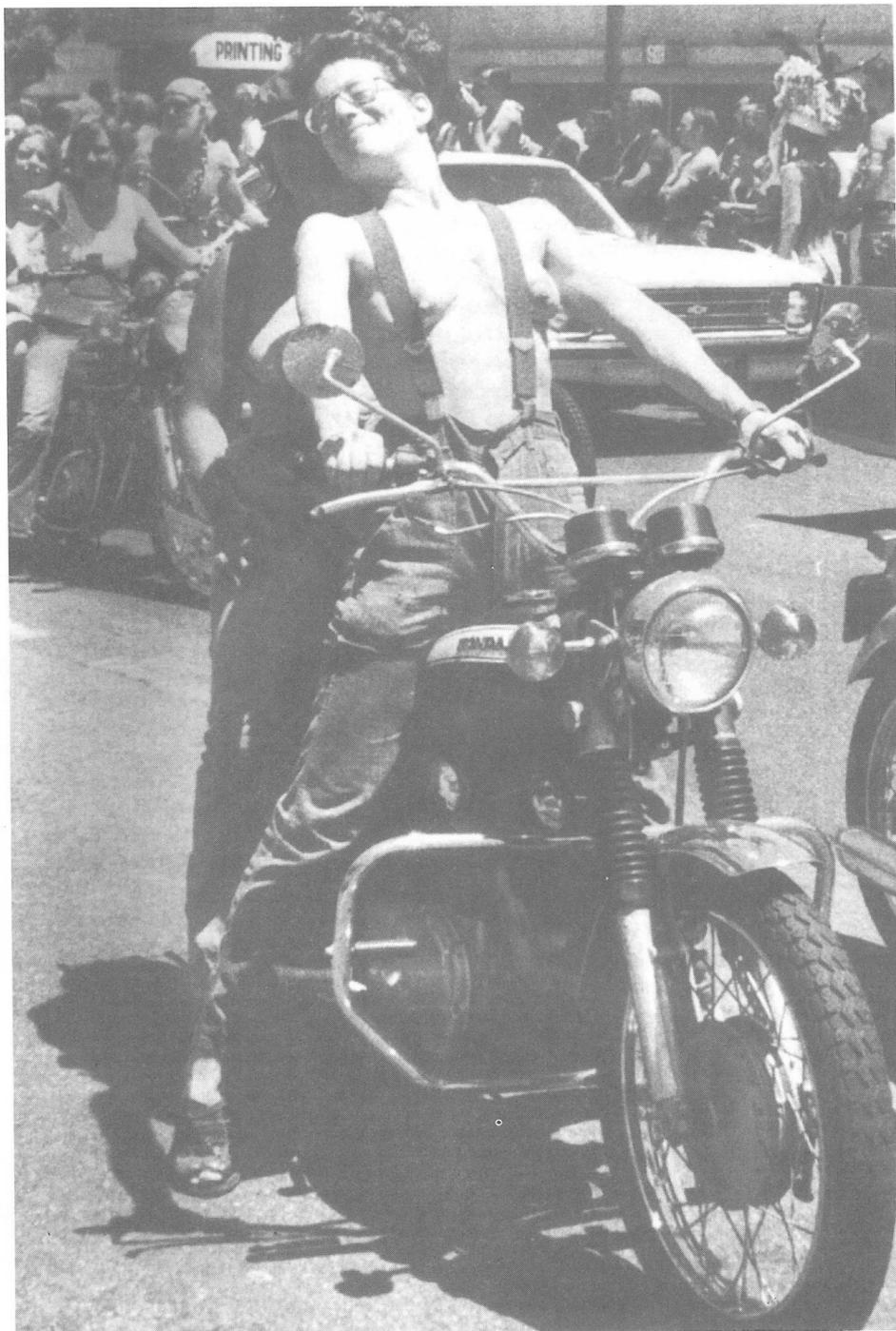
ra que América pueda apreciar el espectáculo. Tenemos comedias picantes como *La jaula de las locas* y los filmes de acción multicultural como *El Día de la Independencia* (donde un judío inhibido descubre su virilidad aliándose a un negro mientras que un gay muere entre las llamas cuando intenta salvar a su madre). La diversidad también es uno de los grandes temas en los dibujos animados de Disney, mal que le pese a la derecha: el amor interracial de *Pocahontas*, la igualdad entre los sexos y las especies en *La Bella y la Bestia*, una crítica a la discriminación de los minusválidos en *El Jorobado de Notre Dame*, y también una familia alternativa en *El Rey León*.

La segmentación del deseo en la gama de desodorantes (húmedo, seco, perfumado o no) también es un hecho social. Es imposible escapar a este proceso. Si la formación de las identidades se detuviera brutalmente, se ralentizarían la demanda de productos nuevos y la creación de capital. El espectro de una recesión causada por la represión no ha sido anunciado por el *Wall Street Journal*. Esto se debe, seguramente, a que los «virtuócratas» son incapaces de desterrar a Madonna. Las estrellas más grandes de estos tiempos son las que han inventado un modo de vida.

El arte es uno de los pocos ámbitos en el que se subvierten las categorías comerciales. Por esto es revelador que la derecha se haya adjudicado su victoria cultural más grande en el financiamiento público del arte. Gracias a la vigilancia de Jesse Helms y sus acólitos no hubo ningún nuevo escándalo Mapplethorpe. ¿Por qué los conservadores han logrado poner el financiamiento público del arte bajo su órbita? Justamente porque es muy hermético y vago para ser comercializado. No es con «performances» con lo que se crean estilos de vida nuevos para los empleados de las industrias de servicios.

La izquierda ha tenido desde siempre otra misión: ayudar a los pobres a salir de la miseria. Sin embargo, éste no es un tema del cual se escuche hablar bajo los techos del placer. El abandono de los necesitados es, hoy por hoy, asunto de algunos pocos sermones y de debates en la cadena cívica C-SPAN. Ni siquiera tiene sitios en la Web. La izquierda americana obtuvo su más rotundo éxito al dedicarse a liberar a los ricos oprimidos. Después de todo, su ascenso no representa peligro para las cajas del Estado ni para el monto de los impuestos. Al contrario, su ascenso incrementa ambos. Marchamos hacia un porvenir mejor blandiendo la economía de la oferta; quienes tienen pan tendrán también derecho a las rosas.

¿Los empresarios darán la espalda al algún día a este desfile de los estilos de vida? En tanto que este espectáculo sea capaz de crear un mercado, seguramente no lo harán. ¿Pero qué pasaría si el dinero que la gente consagra a la imagen y al guardarropas se terminara? ¿Si el retroceso de la economía hiciera estallar la burbuja de la diversión? La república de Weimar es el ejemplo moderno más tristemente célebre de una contracultura englutida por la coyuntura. La economía alemana estaba en ruinas, el electorado fuertemente dividido y los nazis pudie-



ron rápidamente reducir al silencio -después exterminar- a los grupos que habían hecho su aparición en el Estado liberal: los socialistas, los defensores de la libertad sexual, y, por supuesto, los judíos. La reacción norteamericana a la catástrofe económica del 20 ha sido por cierto muy diferente, pero de todos modos tuvimos una purga sutil después de la Gran Depresión. La joven mujer emancipada tuvo un fin prematuro, la naciente cultura gay fue reprimida. Incluso la izquierda comenzó a entonar himnos inspirados en la familia obrera. No nos animamos a despojarnos de este paradigma hasta después de haber ganado la Segunda Guerra Mundial.

En tanto la izquierda cultural deba su victoria al capitalismo será vulnerable a este tipo de destino cíclico. Cuando vengamos los tiempos duros correremos el peligro de que sea escuchado el mensaje de base de los moralistas («el sexo, la droga y el rock and roll corrompen a nuestro país»), pues él despierta el sentimiento de culpa que acompaña siempre nuestra pasión por los placeres de la carne. ¿Qué pasará entonces? Entonces se podrá ganar dinero gracias a la elevación moral de la

diversión (como les gusta repetir a los «virtuócratas»). Mucho más todavía mediante los entretenimientos sádicos basados en el principal placer de la derecha: la caza de brujas. Los grupos que han emergido durante el boom de los estilos de vida serán blancos ideales -y las empresas que han lucrado con su surgimiento sabrán también beneficiarse con su caída-.

Es tranquilizador finalmente decir que la derecha no podrá ganar esta guerra cultural a menos que sobrevenga una profunda recesión de este tipo. Felizmente, muy pocos conservadores están dispuestos a poner en riesgo sus activos para cumplir sus aspiraciones. Por ahora, la derecha debe contenerse de censurar los mensajes insurreccionales, de impedir la publicidad y de proteger al público contra los crucifijos remojados en orina.⁽¹⁾ Queda para la izquierda ocupar la cultura, magro consuelo, en realidad, por el repudio de su política.

Mientras tanto, la identidad toma cada vez más lugar en las góndolas del supermercado. Los gays y las lesbianas engendran a los bi, a los trans y, luego, a la «comunidad ambivalente». Están las feministas de primera hora, las feministas

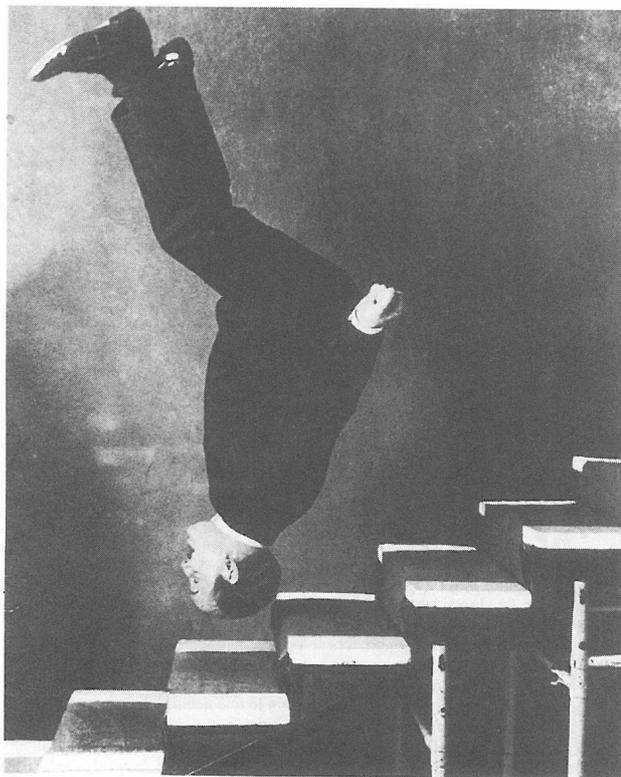
de la segunda ola y las posfeministas. Cada categoría es un ámbito en sí, con sus lugares de encuentro y sus boutiques. Cada uno de nuestros recuerdos es tema para una moda: se puede pasar de una era a la otra como si fueran salones de un club. «Este mes hacemos ofertas especiales en moda de los sixties.» En la televisión Jimi Hendrix nos vende un programa de búsqueda para Internet y en Starbucks se puede beber a sorbitos un café con leche bajas calorías escuchando *acid rock*. Todos los vasos y las tazas están ornados con arabescos psicodélicos y las puertas con símbolos de la paz.

Esto es probablemente lo que Oscar Wilde (él mismo víctima de una guerra cultural precedente) tenía en mente cuando hablaba de las dos fuentes de la desdicha: no obtener lo que se desea y OBTENER lo que se desea. ■

⁽¹⁾ Referencia al libro de Julien Benda.

⁽²⁾ Alusión a *Piss Christ*, la controvertida obra de Andrea Serrano.

TRADUCCIÓN: MATÍAS PUZIO.
(The Village Voice)



El neurólogo y escritor Oliver Sacks (interpretado por el bobalicón Bob Williams en la película *Despertares*) mostró la existencia del inconsciente al observar en los accidentados neurológicos una imaginación que excedía las estrategias de la enfermedad al servicio del impulso reparador y, por supuesto, al soporte material del cerebro humano. En *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, *Un antropólogo en Marte* y *Oigo una voz* Sacks registra unos «despertares» que evocan la prodigalidad creativa de un Leonardo: un músico que no puede diferenciar entre su esposa y una gorra pero que es genial; una escultora que no percibe sus manos y es un éxito; un sordomudo orador y lingüista. En cierta ocasión escuchó unas carcajadas convulsivas que provenían de la sala de afásicos del hospital donde trabajaba. Al entrar descubrió que la reacción se estaba produciendo ante el discurso del Presidente -Sacks no dice cuál aunque se puede sospechar que se trata de Ronald Reagan-. Según el diagnóstico médico los afásicos no pueden comprender el significado de las palabras y sí, con peculiar precisión, la expresión que las acompaña, es decir, la **teatralidad**. Su conclusión es que a un afásico no se le puede mentir. Una mujer, Emily D., ocupante también del pabellón de afasia, sufría una enfermedad diferente, la agnosia, que le hacía comprender el sentido de las palabras pero no sus cualidades expresivas. Esta mujer determinó que el discurso del Presidente no era buena prosa, es decir, desaprobó su retórica. Es evidente que los supuestos discapacitados del Pabellón de Afasia están especialmente capacitados para desenmascarar el discurso político. Y es una pena que Sacks no haya escrito aún un texto sobre las impresiones que el Sexgate tuvo sobre sus inopinados analistas.

Es que siempre es el doctor quien habla por ellos. Y cuando un accidentado neurológico lo hizo produjo, como en otras ocasiones, una obra de arte.

Jean Dominique Bauby podría haberse apodado Jean Do París: era un Don Juan de casino, el jefe de redacción de lo que supo definir como «un universo de perfollos» -la revista *Elle*-, preferido de las borracheras suntuosas como el café de Flore y de su BMW cuyas puertas -como las de todo auto elegante, él lo sabía- se cerraban con un leve chasquido. Pero el 8 de diciembre de 1995 un accidente cardiovascular lo convirtió en una rareza neurológica: un ser afectado por lo que los anglosajones han bautizado *locked in syndrome*, afeción del tronco cerebral que lo convirtió en un ser paralizado de pies a cabeza a excepción de su mente y del ojo izquierdo. Recluido en la habitación 119 del Hospital Marítimo de Berck se le ofreció a cambio de la salida del coma un alfabeto donde cada letra se ordenaba de acuerdo con su frecuencia en la lengua francesa. La serie «esarintulomdpcbvhgjqzyxkw» fue su pasaporte a la literatura. Asomándose con su

¿EXISTE LA IMAGINACIÓN CUADRIPLÉJICA? ¿LA INTELIGENCIA AFÁSICA? ¿MENTES QUE A PARTIR DE LA MERMA Y DEL DETERIORO BRILLAN DESARROLLANDO OTRAS CAPACIDADES REGENERADORAS? LA ESCAFANDRA Y LA MARIPOSA DE JEAN DOMINIQUE BAUBY Y LAS OBRAS DE OLIVER SACKS LO PRUEBAN.

único ojo vivo y la ayuda de gentiles colaboradores a un proyecto que le demandaría dos meses -la escritura de un libro-, comenzó siguiendo, inmóvil, los pasos de Rimbaud: si éste le adjudicaba colores a las letras Jean Dominique les adjudicó intenciones: «...la E caracolea en la cabeza y la W se aferra a fin de no ser abandonada por el pelotón. La B está de mal talante por haber sido relegada junto a la V, con la cual la confunden sin cesar». De ahí la aventura no sería inter-

narse por las calles de Hong Kong en pos de alianzas periodísticas ni navegar los grandes rápidos en *La Reina Africana* a lo Humphrey Bogart con una puntillosa Katharine Hepburn a bordo sino vigilar la cánula de la sonda urinaria, aprender a sorber por una pajita unas gotas de yogur antes de que se escabullan por las vías respiratorias, deletrear con voz de hombre de cromagnon a coro con la ortofonista y, más frecuentemente, aprender a retener la saliva en la boca para no horrorizar a los visitantes del *tout Paris*.

Antropólogo con un campo minúsculo Bauby trazó, como un Lévi-Strauss de la enfermedad, su clasificación de los «traductores» que interpretaron los guiños de su ojo narrador. Concluyó que las chicas eran más rápidas que los chicos aunque no más que los maniáticos de los crucigramas y el Scrabel, que los emotivos anotaban al tuntún llorando de culpa ante los resultados, que los escrupulosos jamás se animaban a apostar a la próxima sílaba: «Ni siquiera bajo el hacha del verdugo añadirían por su cuenta el «ñón» que le falta a «champi», el «mico» que sigue a «atú» ni el «able» sin el cual no hay nada «intermin» o «insoport».

El resultado de su tarea literalmente de ciclope fue su único libro. *La escafandra y la mariposa*, transparente desde el título: está escrito con una ligereza antípoda a la de un peso muerto. Jean Dominique Bauby se ríe de que ya no pueda pronunciar ni siquiera el nombre de su propia revista, de que las camillas sean tan cómodas como la tabla de un faquir, de que su hijo le proponga a un

paralítico jugar a El Ahorcado, de que los gestos involuntarios de su cabeza se parezcan a los de esa mujeres africanas «a las que se retira la pirámide de aros que desde hace años les estira el cuello». Ateo y siempre en solfa encomendó las distintas partes de su cuerpo a diversas agrupaciones religiosas de acuerdo con las creencias de sus amigos: su ojo derecho ha sido «entregado» a una comunidad de Camerún, sus oídos a unos curas católicos de Burdeos. Según explica el autor, como carecía de la cultura enológica de un amigo periodista que había sobrellevado varios años de prisión en Beirut repasando marcas de grandes vinos, se vio llevado del ojo a una novela. Así comprobó que la vida era horrible pero que lo era alegre y locuazmente. Lo maravilloso de *La escafandra y la mariposa* es que su protagonista jamás se identifica con su desgracia, a lo sumo contempla con interés casi científico cómo una lágrima surca una de sus mejillas cubiertas de espuma de afeitar.

Se estaría tentado de pensar que el valor literario de *La escafandra y la mariposa* es su carácter de registro de una experiencia vivida. Sin embargo es al revés: si Bauby la hubiera escrito sin haberla vivido hubiera sido de una excelencia pariente de *Malone muere* de Beckett. En cambio, al inscribirse en el género autobiográfico se desliza injustamente en la gaveta del testimonio y el caso clínico. Como decía Nabokov, ¡Qué argumentos extravagantes tiene la vida! Y por una cruel paradoja, Bauby, antes de su iluminación genial, trasnochó metido en su escafandra imaginaria en el cuarto 119 del Hospital Marítimo de Berck tramando, en parte, las novelas que no escribió, que eran abiertamente horribles -por ejemplo, una versión femenina de *El conde de Montecristo*- y menos probables best-sellers que ésta. Del mismo modo *Amiel* se hizo famoso por el diario donde registró sus toses de condenado y sus grandes planes narrativos de mediocre.

Bauby murió en marzo de 1997 como el muchacho de oro mediático que había sido: en la cúspide de la lista de best-sellers. Lo que hizo que se sobreviviera a sí mismo no fue la riqueza de una espiritualidad desencarnada que se encuentra ante la alternativa de volverse literal sino el *bon vivant* a bordo de un desca-potable rojo, el bebedor del bar Felix en uno de cuyos asientos un diseñador trazó su retrato, el redactor en jefe que dirige al mundo una pregunta nada metafísica: «¿Qué es la mujer *Elle*?», es decir el hombre *fashion* y no el filósofo interrogado por la experiencia de una excepción penosa («el *locked in syndrome* es tan poco probable como ganar el pozo acumulado en el Loto» ha dicho). Al leer *La escafandra y la mariposa* uno piensa cuánta razón tenía la abuela de Sartre cuando le recordaba al denso nieto: «Deslizaos mortales, pero no os apoyéis». Y Oliver Sacks no pudo menos que hacerle el prólogo. ■

CRÍTICA Y DIFERENCIA: sobre las políticas *queer* de emancipación

Al comienzo de los años de los 80, en los EE.UU., frente a la crisis del sida y la creciente politización y autoidentificación de sectores subalternos dentro de la misma comunidad gay-lésbica, como ser negros, chicanos y jóvenes, comienza a resquebrajarse todo intento de construcción de una identidad unitaria. Esta crítica fue caracterizada por los teóricos gays y lesbianas como una deconstrucción del «solipsismo blanco de clase media»: las diferencias de clase, de etnias, etarias y las historias específicas por razas se constituyen en instancias pluralizadoras que impiden todo intento de conformar un recurso identificatorio. Un ejemplo de estas críticas son los textos de Gloria Anzaldúa, Carla Trujilla y Cherie Moraga sobre las lesbianas chicanas, que recortan tanto al espacio del feminismo como el de los movimientos de las denominadas «minorías sexuales». Es en este sentido que Anzaldúa se autodefine como una *borderwoman*: como un conjunto de «diferencias que se intersectan».

En la Argentina también asistimos a un proceso similar: la organización CHA deja de hegemonizar la representación de gays y lesbianas. Una manifestación de esta situación novedosa, que interpretamos como el comienzo de una paulatina deconstrucción de la noción de «identidad minoritaria», puede rastrear en la crítica que realiza la CHA en su boletín *Vamos a Andar* ⁽¹⁾ al trabajo de Néstor Perlongher titulado «El fin de la homosexualidad» publicado por la revista *EL Porteño* ⁽²⁾. En esta crítica, la comunidad arremete contra lo que caracteriza como una «moda posmoderna», es decir, crítica a Perlongher el concepto de «homosexualidades». Obviamente, este escritor de los años 80 ya no es el de la experiencia del FLH. La apropiación de la filosofía francesa, especialmente la deleuziana, acercó a este pensador-escritor a posiciones del postestructuralismo. La CHA retrucó que «la homosexualidad es una sola» y que la identidad diferencial de los homosexuales no es un carácter esencial, sino el producto de la estigmatización social. Es decir, la comunidad apeló a la perspectiva constructivista social para responder los intentos de crítica a la noción en cuestión. Si bien en este artículo se critica la idea de una cultura o subcultura específica, se reconoce la existencia de «rasgos mínimos comunes» que derivan de la situación diferencial dentro de la cultura general.

La fragmentación que comenzó a producirse en el país no respondió, como en los EE.UU., a cuestiones de raza o etnicidad, pero sí se conformaron grupos por cuestiones etarias, profesionales, de clase y género, así como también se constituyeron organizaciones en las provincias, con plena autonomía de las agrupaciones de Buenos Aires. Hasta ese momento de desarticulación, sólo existían dos grupos en el interior del país: el Movimiento de Liberación Homosexual de Rosario y la CHA Córdoba. El primer grupo se disolvió aproximadamente en el 87 y la Comunidad de Córdoba siguió trabajan-

do informalmente, hasta su disolución en el 89, bajo las directivas de la CHA Buenos Aires.

En esta fragmentación se conformaron grupos de travestis, de jóvenes, de portadores del VIH, de estudiantes, de profesionales universitarios, de lesbianas feministas y no feministas, y una asociación en el Gran Buenos Aires. Paralelamente a esta fragmentación se multiplican organizaciones de lesbianas ya existentes e irrumpen de manera autónoma en los medios de comunicación ⁽³⁾.

Una de las políticas privilegiadas fue la denominada «política de la visibilidad», es decir, un conjunto de estrategias de crítica y creación de nuevos patrones sociales de «representación, interpretación y comunicación» ⁽⁴⁾. Las «marchas del orgullo» fueron parte de esta estrategia. Aquí también podemos analizar la creciente pluralización: mientras las primeras marchas eran convocadas bajo el lema de «Marcha del orgullo lésbico-gay», en la actualidad la consigna fue ampliada a «Marcha del orgullo lésbico-gay-travesti-transsexual y bisexual».

La pluralización que aquí especificamos se reflejó en las perspectivas de análisis social y textual: los estudios gay-lésbicos tradicionales comenzaron a ser criticados por un nuevo paradigma teórico: los *queer studies*, que constituyen un marco de trabajo (*framework*) multidisciplinario integrado al modo de provincia en los «estudios culturales». El término *queer*, que significa «raro» o «extraño», fue resignificado por grupos activistas radicales como ACT UP, Queer Nation y Las Vengadoras Lesbianas.

Este espíritu provocativo y contestatario puede leerse en la consigna bajo la cual los y las *queer* aparecieron en el espacio público a fines de la década pasada y comienzos de los noventa: «Somos *queer*, aquí estamos, acostúmbrense» o en los sabotajes a los congresos internacionales oficiales sobre sida, en donde ACT UP atacó a los *holdings* farmacéuticos internacionales.

Las y los teóricos de esta perspectiva argumentan que las identidades son siempre múltiples y compuestas por un infinito número de instancias: orientación sexual, raza, clase, género, edad, nacionalidad, etc. Toda identidad es una construcción inestable, arbitraria y excluyente. Su configuración es dependiente de un «exterior constitutivo». Por la exclusión, las identidades son resultados de relaciones de poder, de un centro y de una periferia. Es en este sentido que Jacques Derrida sostiene que la «exclusión» se cristaliza en la figura del «enclave», noción relacionada a su vez con la de «hospitalidad». Esta última categoría da lugar al «enclave» (por ejemplo una identidad) y prefigura

exclusiones u ocupaciones asimétricas de espacios reales y simbólicos.

La *queer theory* embate contra la noción de «identidad unitaria» (minoritaria, individual y colectiva) con una batería conceptual forjada en las críticas a lo que denominamos, tanto para el caso del feminismo como para el de lesbianas y gays, como «solipsismo blanco de clase media». Se critica que esta categoría posee una función imperativa y, en consecuencia, regulatoria, en tanto normaliza no sólo las operaciones críticas, sino también todo procedimiento sobre diversos materiales culturales. Un ejemplo son las operaciones estéticas de poetas y escritores con la finalidad de reinventar viejos mitos como modo de sustentar una identidad colectiva en un orden simbólico. Autoras y autores como Monique Wittig o teóricos como Jonathan Katz son casos de esta tendencia afirmativa ⁽⁵⁾. Entre los presupuestos teóricos de esta nueva perspectiva encontramos la crítica posestructuralista a los modelos representacionales del lenguaje, como modo de deconstrucción de las pretensiones de «fundación» de un «sujeto homosexual», considerado pivote del proyecto de emancipación por las teorías gay-lésbicas afirmativas. Para la crítica *queer*, el «fundacionismo» de estas perspectivas da lugar a un binarismo que refuerza las operaciones de dominación, exclusión y asimetría sociosimbólica dominante, cerrando todo concepto de justicia para con los que Derrida caracteriza como «los no presentes» ⁽⁶⁾, es decir, obliterando la dinámica necesaria entre la «universalidad» de la justicia y la «unilateralidad» del derecho.

Un ejemplo de esta perspectiva es la crítica de Eve Kosofsky Sedgwick a los debates sobre la identidad. Se pregunta esta pensadora: ¿Qué sentido tiene discutir si la identidad es heredada o una construcción social? Este debate, afirma, no es más que una nueva treta del poder: si la homosexualidad es heredada, abrimos la posibilidad de una política de exterminio sobre la cual hasta los mismos sociobiólogos han alertado; y si es una construcción, entonces la homosexualidad será considerada como una elección y, por lo tanto, se la criminalizará. Por esto Sedgwick propone desplazar el plano de inmanencia de la oposición, es decir, no optar por una de las dos figuras, sino cambiar al régimen mismo de sexualidad.

De este modo, la crítica *queer* articula distintas formas de confrontación y conflicto contra las maneras de distinción jerarquizante en la dinámica sociocultural de sexualización de los cuerpos, los deseos, los actos, las relaciones sociales e institucionales. En este sentido es que el sociólogo *queer* Steven Siedman considera a estos estudios como una teoría social que completa lo

que Max Weber denominó como «desencantamiento del mundo», en tanto se propone una crítica a un aspecto de la vida, dimensión considerada como íntima, que se resiste a develar su conformación sociohistórica, es decir, una deconstrucción y enfoque de la sexualidad humana y de los modos de sexualización como procesos simbólicos, sociales, culturales y estéticos.

En la actualidad, los últimos debates en torno de los *queer studies* se articulan en relación con la siguiente pregunta: ¿La pluralización sucesiva a la que fue sometida la noción de identidad, deconstruyendo las implicaciones excluyentes y opresivas de los recursos identificatorios, agota el potencial emancipatorio de estos movimientos? Es decir, se pregunta por el valor disruptivo de la diferencia, lo que implica interrogarse por el carácter crítico de las operaciones de identidad en un contexto de profundas desigualdades de clase ⁽⁷⁾. Resulta interesante señalar que el abordaje de este problema se viene realizando, desde hace años, bajo la forma de debate al interior de este paradigma. La polémica entre Judith Butler, Nancy Fraser y Seyla Benhabib sobre las «políticas de emancipación» constituye uno de los emergentes más productivos y resonados. Esto complejiza, a nuestro entender, algunas impugnaciones y llamados de atención realizados, tardíamente, sobre el «simple carácter deconstrutivo» de la crítica *queer*.

Las narrativas de emancipación producidas por el movimiento G.L.T.T.B. apuntaron, por un lado, a la ampliación del significado bajo el cual se ubicaban los respectivos colectivos y, paralelamente, sus prácticas políticas persiguieron una ampliación de los derechos civiles. Pero, a nuestro parecer, estas luchas no se agotaron en una mera política cultural de «celebración de las diferencias», ni en una práctica deconstruccionista de un significado, ni en la simple negociación según el esquema demoliberal.

Si bien es cierto que algunos multiculturalismos académicos acotan su noción de emancipación a una propuesta de mera «celebración» de diferencias, sin cuestionarse por los límites políticos, sociales y simbólicos dentro de los cuales los propios particularismos se constituyen; esto no cuadra con algunos conflictos políticos planteados por estos colectivos, cuya solución no fue posible, en tanto implicaba un cambio en las relaciones sociales hegemónicas. Por ejemplo, los contratos de unión civil entre personas del mismo sexo o las políticas públicas de planificación familiar no son simples conquistas culturales, sino que implican un nuevo ordenamiento en la redistribución de los bienes simbólicos y materiales. Otro ejemplo, en los últimos años, son las luchas de las llamadas «sidentidades», es decir las «personas que conviven con VIH», categoría acuñada en nuestro país, y que también constituyó una instancia pluralizadora, las que critican no sólo el irrespeto cultural del que son objeto, sino también la falta de políticas públicas de prevención y atención de enfermos y portadores ⁽⁸⁾.

Por otra parte, debemos notar que la



fragmentación hacia el interior de los colectivos en cuestión no solamente atendió a instancias culturales, sino que la condición de «clase» constituyó una divisoria de aguas. La crítica a lo que caracterizamos como «solipsismo blanco de clase media» articuló una deconstrucción del irrespeto cultural con una situación de desigualdad social.

A nuestro entender, debemos diferenciar entre el «uso político de la diferencia» o «trivialización» de acuerdo con lo planteado por Stuart Hall y la legitimidad de algunos reclamos particularistas. La estrategia del neoconservadurismo de «privilegiar» una «narrativa de las diferencias» puede entenderse como una práctica enmascaradora, ya que sólo constituye un alegato en favor de la mera apariencia del libre acceso a circuitos diferenciados de consumo. Pero, ¿esto significa que existe contradicción entre las narrativas de la diferencia y las narrativas de la igualdad?

Como ya dijimos, en las sociedades del presente los reclamos por el reconocimiento cultural han opacado a los de la igualdad social, económica y política. Paradójicamente, en un contexto de profundización de las desigualdades a partir de la globalización del capitalismo neoliberal, los reclamos de redistribución ocupan un lugar secundario. Sin embargo, no podemos inferir de la «tensión discursiva» entre «narrativas de la diferencia» y «narrativas de la igualdad» que exista «contradicción» entre ambas en tanto estas últimas promueven una desdiferenciación entre grupos mientras que las primeras implican la afirmación de comunidades de valor, es decir: identidades específicas.

La politóloga estadounidense Nancy Fraser sostiene que en la situación actual, a la que denomina como «postsocialista», se produjo un «cambio de gramática»: se primó las narrativas particularistas. Para esta pensadora, esta transformación generó un falso dilema entre «redistribución y reconocimiento». La falsedad de esta aparente dicotomía se fundamenta en que las dimen-

siones culturales y materiales se entrecruzan. Sostiene Fraser que la distinción entre injusticia material y cultural son inseparables en la práctica, ya que toda institución económica posee una «dimensión cultural constitutiva» y toda forma cultural posee una instancia político-cultural relacionada con «bases materiales». El irrespeto cultural se traduce en una situación de desventaja en la redistribución de bienes económico-culturales y la desigualdad económica imposibilita la participación igualitaria en la «construcción de la cultura». Tanto el género, la raza, como la orientación sexual constituyen modos de distinción cultural que forman parte de la estructura económico-política: mujeres, gays, lesbianas y minorías étnicas ocupan, generalmente, los puestos de trabajo peor remunerados, de bajo perfil y se convierten en las variables de ajuste de las reestructuraciones empresarias.

Si bien ambos modos de injusticia son inseparables, esto implica que la solución que deba darse sea mixta y no global. La redistribución y la superación del irrespeto cultural hacen necesario combinar una política de transformaciones económicas y una de reconocimiento. Superar el androcentrismo, la homofobia y el racismo requiere el cambio de valoraciones culturales en el ámbito de las prácticas interpretativas, de la comunicación y de las representaciones culturales. Mientras que la abolición de la injusticia económica exige el logro de mejores condiciones de empleo, de remuneración y de tiempo libre. La justicia de género o de raza hace necesario superar la explotación, la marginalidad y, conjuntamente, cambiar las dimensiones culturales-valorativas.

Esta superación necesita no sólo de «políticas afirmativas» o de mero reconocimiento al modo de las primeras etapas de estos movimientos sociales, sino también de «políticas transformativas» de las relaciones económicas y simbólicas.

Las formas liberales de la democracia y los fallidos ensayos del socialismo

han mostrado sus límites prácticos y teóricos en la mixtura de una propuesta que asegure una ciudadanía integrada y plural. En este contexto, la revisión de la teoría democrática constituye un reflejo de esta preocupación. Pero los intentos de convertir la «democracia radical» y el «multiculturalismo» en propuestas progresistas omnicomprensivas se enfrentan con, como sostiene Nancy Fraser, el problema de la «economía política»: el reconocimiento cultural es imposible en situación de desigualdad social. Esta imposibilidad se potencializa en los países de América Latina, en función de los efectos diferenciales de la modernización en los países periféricos, situación analizada muy inteligentemente por la tradición de crítica cultural materialista latinoamericana. «Redistribución» y «reconocimiento» no conforman un dilema, sino que constituyen dos nociones de justicia que deben articularse en una política transformativa de las relaciones de subordinación económica y de deconstrucción constante de la propia identidad. Obviamente señalar que entre las narrativas nombradas no existe contradicción sino simple «tensión discursiva» no conforma una teoría de la articulación entre ambas; pero sí abre el espacio para reflexionar sobre la necesidad de rediscutir los modos de intersección entre ejes de subordinación, así como también plantear nuevamente la necesidad de un análisis más complejo de los modos de hegemonía cultural. ■

FLAVIO RAPISARDI

⁽¹⁾ Boletín *Vamos a Andar* número 13, diciembre de 1989.

⁽²⁾ Revista *El Porteño* número 119, septiembre de 1986.

⁽³⁾ En este sentido resulta interesante el encuentro de organizaciones de gays y lesbianas realizado por el Comité de Servicio Chileno Cuáquero en 1993. Allí

se elaboró el documento «Abriendo Puertas, una aproximación a la realidad lésbico-homosexual de América del Sur», en el que se reflejó la proliferación de estos movimientos en todo el continente, salvo en los países con legislación homofóbica, a partir del comienzo de la década del 90.

⁽⁴⁾ Fraser Nancy, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 1997.

⁽⁵⁾ Wittig Monique, *Las guerrilleras*, Seix Barral, Barcelona, 1971. Russo Vito, *The Celluloid Closet*, Harper and Row, Nueva York, 1981.

⁽⁶⁾ Derrida, Jacques, *Espectros de Marx*, Editorial Trotta, Madrid, 1995.

⁽⁷⁾ Silvia Delfino señala que los estudios culturales proponen la pregunta por el valor crítico de las diferencias para intervenir en las condiciones de hegemonía de la cultura actual, en relación con las políticas de la identidad «entendidas como emergencia en la historicidad de los modos de dominio que no reproduzca los discursos sobre la proliferación de lo diverso, el estallido de los centros de decisión, sino que analice las fuerzas desiguales y desparejas no sólo de la representación cultural, sino también de las formas articuladas de autoridad y poder». Delfino Silvia, «El valor crítico de las diferencias», en *Magazine Literario* número 6, diciembre de 1997.

⁽⁸⁾ El carácter interpelador a los modos de distribución por parte del sida puede corroborarse en la distancia que existe entre el conocimiento médico presentado en revistas especializadas y congresos y los servicios que brindan los sistemas de salud. Es en este sentido que Wilza Villela sostiene que los valores de «autoestima, respeto a la diferencia y modos de ciudadanía» son repotencializados en el debate contemporáneo. Un productivo análisis de este tema fue realizado por el Núcleo de Estudios e Prevencao da Ids del Instituto de Psicología de la Universidad de San Pablo en su publicación *Almanaque Zero*, 1997.

DANIEL DIVINSKY: MADE EN ARGENTINA

La expresión «radical chic» referida a los progresistas norteamericanos aplicada a Daniel Divinsky no necesita traducción: él es radical y radical. En la primera acepción por su gusto pluralista, democrático y experimental propio de la nueva izquierda que, como la expresión radical, es un producto norteamericano no importable. En la segunda, por su apoyo a la campaña de Alfonsín de 1982 y su posterior desempeño en la radio estatal Belgrano adonde -vía Martín Caparrós- cosechó el apodo paródico de «el coronel».

Su editorial De la Flor es una prueba de un gusto crítico que si a veces no tuvo resultados rentables fue el termómetro de lo que una época tenía de impermeable a la censura y el *statu quo*. Divinsky apoyó su proyecto con un genio creativo que podría persuadir de que si a la abogacía se la puede considerar su viuda, a la publicidad se la puede considerar la mujer que él «dejó para vestir santos». Y a pesar de que esté casado con Kuki Miller y ella sea su socia, la literatura es su amante de siempre, aunque se trate de una pasión que tardó en asumir.

-Entonces, ¿por qué habías estudiado abogacía?

-Porque el día que me fui a anotar a Ingeniería, lo que mis viejos concebían como más práctico, me olvidé la cédula y entonces me inscribí en Derecho porque era lo único que tenía algo que ver con las humanidades y se suponía que uno podía hacer algo en la vida con eso; al menos en esa época, en el 57. Era un lector fanático-compulsivo con una monotematización con la lectura bastante patética vista posteriormente, porque se desarrollaba a costa de otros desarrollos, de la vida afectiva, por ejemplo. Un estudiante estufo traga de los que no se usan más. Estudiaba con amigos y todo giraba alrededor de eso. Tenía una intelectualización de la vida desmesurada. Pero como era muy joven... Terminé el Nacional a los catorce años, me encontré abogado a los dieciocho, ya con un título profesional, con la posibilidad de ganarme la vida, entonces tenía mucha disponibilidad. Buena parte de mi diversión era ir los sábados a la tarde al centro y comprarle todas las revistas literarias que habían aparecido durante la semana y leerlas todas. Era la época de los comienzos de *Clásica literaria*, algunas otras todavía anteriores, y *Zona de la poesía*. Como se había dado en la época de la Revolución Libertadora del año 55 la línea Mayo-Caseros, con dos amigos fundamos la línea Lavalle-Ciervo aludiendo a nuestros recorridos habituales. En el 66 yo trabajaba de abogado, malamente, profesión que me parecía abominable, y estudiaba un curso de sociología para graduados. Entonces se produjo La Noche de los Bastones Largos donde se intervino la Universidad y se fueron todos los profesores con los que estaba cursando. Para entonces yo había hecho trabajos editoriales en la Facultad de Derecho: había dirigido una colección de cuadernos del Centro de Estudiantes que eran los chismorreos de los profesores que tomaban en los exámenes, profesores que todavía no habían escrito un libro pero que siempre tenían un «temita» que era «el temita» y entonces se lo publicábamos apoyados por una editorial jurídica que estaba en la facultad; es decir que de ahí venía alguna experiencia. En ese momento Jorge Álvarez era quien me vendía los libros jurídicos porque era empleado de Palma, una editorial jurídica que estaba en la esquina de Tribunales. Nos los ven-

NIÑO PRODIGIO RETIRADO, LEGULEYO CON DOBLE VIDA, INVITADO NO-SORPRESA DE ACONTECIMIENTOS

CULTURALES; ENTRE NARRADORES, ENSAYISTAS Y POETAS, POPULAR COMO LA BAILANTA, DANIEL DIVINSKY ES, SEGURAMENTE, UNO DE LOS QUE MANUEL MUJICA LÁINEZ LLAMA «ESOS DIEZ». SU EDITORIAL DE LA FLOR ES DESDE LOS AÑOS SESENTA UN ESPACIO DE RESISTENCIA QUE, AUN DURANTE LA DICTADURA MILITAR, MANTUVO UN CATÁLOGO DONDE LA DEMOCRACIA SIEMPRE ALENTÓ CONVIVENCIAS INQUIETANTES: QUINO Y ÁNGELA DAVIS, JOSÉ LEZAMA LIMA Y ENRIQUE MEDINA, THOMAS BERNHARD Y YOKO ONO, RODOLFO WALSH Y RAY BRADBURY.

día con enormes descuentos. Los dos éramos socios del Cineclub, donde nos juntábamos los jóvenes y menos jóvenes con pretensiones izquierdo-culturales cinematográficas. Y cuando Jorge puso la editorial muchos decidimos ser voluntariamente *cafeados* prestándole servicios. La cosa fue así: Álvarez nos propuso a mí y a mi socio jurídico que pusieramos una librería. Resulta que el capital que podíamos juntar eran trescientos dólares y cualquier llave de un local en Caballito o Primera Junta, que era lo que buscábamos porque por ahí no había librerías, superaba eso. Entonces Jorge dijo: «¿Por qué no ponemos una editorial? Ustedes ponen lo que pueden, trabajan y yo apporto mi crédito». Porque en aquella época él tenía mucho crédito. Y bueno, así se armó la editorial. Los primeros libros salieron en julio del 67.

-¿Y por qué Ediciones de la Flor?

-Primero porque poner los apellidos era muy difícil, segundo porque en esa época del 60 estaba el *power flower* en su apogeo, y tercero por el elemento criollo de la flor como suerte en el juego del Truco. La flor conjugaba lo nacional y popular con lo que se usaba, y después nos enamoramos de una marca, como siempre. Lo primero que hicimos fue armar una antología sobre la ciudad de Buenos Aires. El título se lo puso David Viñas asomándose a una ventana a la calle cuando estábamos reunidos como quince tirando títulos: «Pero viejos, ¿qué están haciendo? Eso es Buenos Aires de la fundación a la angustia». Y eso ya fue el libro. Otro fue un invento de Piri Lugones que dijo: «Ustedes nunca van a poder tener un texto central de Borges, de Sabato o de Mujica Láinez pero si le pedimos a cada uno de ellos que elijan su cuento preferido de la literatura universal y que escriban un prólogo explicando por qué ese es su cuento preferido nadie se va a resistir a ese acto de vanidad pública». Y así se hizo *El libro de los autores*. Los dólares iniciales sirvieron para comprar derechos. Una antología de George Branssens, que era muy poco conocido, y un libro de Paul Nizan, que como se había peleado con mucha gente -incluso Sartre- la izquierda no lo publicaba. *Aden Arabia* que tradujo en aquel entonces Pajarito García Lupo. También un libro de dos autores norteamericanos, Theodore Peterson y Fred Siebert que se llamaba *Cuatro teorías sobre la prensa*. Álvarez nos había dicho que para que la embajada norteamericana nos ponga en la lista de las editoriales que no eran enemigas -y así no estábamos en la mira- había que publicar libros de autores norteamericanos, y ése

fue un libro que se compró por cien dólares. Pero tenía una cuarta parte que era sobre la prensa en el mundo socialista, que era terrible, de un macartismo siniestro, entonces se suprimió y el libro se llama *Tres teorías sobre la prensa en el mundo capitalista*, ése fue el tercero.

-¿Cómo fue lo de Paradiso?

-Mario Stilman le comentó a Tomás Eloy Martínez, que era director de *Primera Plana*, que iba a aparecer *Paradiso* en la Argentina en términos de esa autorización genérica que había dado Casa de las Américas para publicar autores cubanos fuera de Cuba en tanto ellos se reservaban el derecho de publicar en Cuba sin contrato lo que se les ocurriera. Entonces Martínez viajó a Cuba, le hizo un largo reportaje a Lezama Lima. Luego promovieron por radio el número de *Primera Plana* anunciando el reportaje. Entonces una edición de 2.700 ejemplares se agotó en una tarde.

-¿Eso fue el «corte» para vos?

-Es el corte porque fue el primer gran suceso que va a coincidir ese año con otra cosa. *Las tumbas* de Enrique Medina, que también produjo un impacto enorme. En parte por la fuerza del texto -yo lo leí en una noche, vi que tenía muchos defectos pero que podían corregirse- pero además por el hecho totalmente extraliterario de que Medina era camarógrafo de televisión de un programa muy visto que era el de Valentina, quien lo promovía cada día diciendo: «¡Ay, estoy leyendo el libro de este chico Medina que está ahí detrás de las cámaras! ¡Ay, vení Enrique, pobrecito

las cosas que le pasaron...!». Entonces el libro, más allá de sus méritos, que sí los tenía, tuvo una promoción totalmente desmesurada. Era un poco la reivindicación de un Céline del subdesarrollo. Todo esto por el lado de lo literario. Y coincide con la ruptura de Quino con Jorge Álvarez y a partir del 70 *Mafalda* aparece con el sello De la Flor aunque no como un libro autóctono sino como producto de una sociedad en la cual Quino era dueño de una parte, de otra parte era nuestro ex socio en la editorial, que seguía siendo el abogado de Quino, y de una tercera era la editorial. Era una administración conjunta, pero de todas maneras eso movilizó a todo el fondo editorial porque el libro se difundió de una manera enorme especialmente fuera del país y favoreció toda la distribución en el exterior y demás.

-Ahí se incorpora tu mujer y comienzan los cambios...

-Sí, se empieza a organizar financieramente la editorial, que antes no tenía ninguna estructura. Obviamente se termina el contrato de distribución exclusiva con Librería del Colegio, es decir con Sudamericana, para recurrir a una plural, lo cual favorece la distribución porque en ese momento no había ninguna distribuidora tan fuerte como para tener la exclusividad

en todo el país y en el exterior. En el 71 hice un viaje por Latinoamérica vendiendo yo los libros, o sea que se abrió la posibilidad del mercado externo. También me traje libros de autores latinoamericanos para publicar en una época en la que no había un gran movimiento editorial en Venezuela, en Perú o en Colombia. Por ejemplo publicamos a Marco Tulio Aguilera Garramuño (colombiano), a José Antonio Bravo (peruano), a Pedro Jorge Vera (ecuatoriano). Y publicar a latinoamericanos, que les daba chapa ser publicados en la Argentina aunque fuera por una editorial chiquita, favorecía la salida del resto de nuestros títulos a sus países de origen. El presupuesto de la imprenta hasta la década del 80 era por 3.000 ejemplares y si hacías menos te cobraban 3.000 igual.

-Me gustaría que me hablaras de cómo era tu relación con Walsh.

-Obviamente, Walsh llegó a la editorial por amistad, después de haberse peleado con Jorge Álvarez...

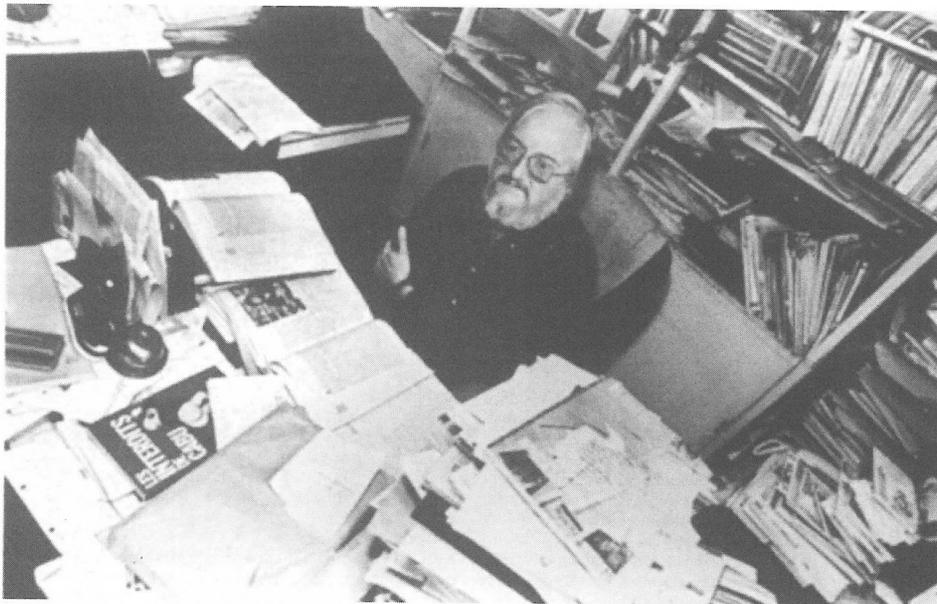
-¿Por cuestiones de derechos?

-Sí, por supuesto. Cosas de la época, Rodolfo impone en el primer contrato de *Operación masacre* que el libro no podía venderse a más de cierto precio, cuando la actitud de los autores actuales es cuanto más caro mejor porque gana más cómodo los derechos. Él tenía una visión absolutamente militante de su obra. No puedo decir que fuéramos amigos porque no lo frecuentaba, pero había una confianza enorme. Él dependió durante mucho tiempo, incluso en el de militancia más activa, de los derechos que tenía por la editorial. *Operación masacre* se tradujo al holandés, al polaco; de repente llegaban derechos para él de una versión radioteatral de la República Democrática Alemana. Eran cosas rarísimas que le cobrábamos y le liquidábamos. Llegó a tener una edición checa y una eslovaca, cosas que ahora parecen impensables. Él siempre pasaba a cobrar, nunca dejó de hacerlo. Incluso en un momento, cuando hubo un cambio de moneda, pidió que no se especificara en qué moneda estaba el monto de forma tal que se justificara un ingreso mayor del que realmente había recibido como medio de vida.

-Contáme un poco de esa época de represión, de cómo te fuiste moviendo todos esos años.

-Ya nos habían prohibido en la época de Onganía un libro de Antonio Grassi por portación de título que se llamaba *Me tenés podrido Argentina*, una novela realista donde se hablaba mucho de la resistencia sindicalista. Yo, totalmente no militante, era claramente un producto literario y el título había derivado de un adhesivo que había repartido una firma de calefactores -Escabe- que decía: «Yo quiero a mi Argentina, ¿y usted?», que era como una muestra de argentinidad. Entonces utilizamos los mismos colores del adhesivo y la misma letra con el título *Me tenés podrido Argentina*, y apareció gente que decía que títulos así había que prohibirlos, que cómo se podía decir esto de la patria... Y el libro tuvo mucho éxito hasta que lo prohibieron, teóricamente





por violación de un decreto ley que prohibía las actividades comunistas y permitía el secuestro de libros. Pero el decreto no autorizaba a prohibir libros, entonces con ese argumento, con un abogado colega que ejercía, hicimos un recurso de reconsideración que presenté al SIDE y finalmente Lanusse, poco antes de entregar el poder, firmó un decreto revocando la prohibición del libro. Otro decreto prohibió en 1977 la circulación de **Cinco dedos**, un libro para niños cuyos derechos había comprado en la Feria de Francfort. Se trataba de una peligrosísima versión de la fábula cuya moraleja es que la unión hace la fuerza y que el decreto 269/77 describió como «un cuento destinado al público infantil con una finalidad de adoctrinamiento que resulta preparatoria a la tarea de capacitación ideológica, propia de accionar subversivo».

—Los Divinsky fueron puestos en prisión durante 127 días.

—En realidad el hecho de que mi esposa y yo fuéramos presos y puestos a disposición del Poder Ejecutivo por la prohibición del libro infantil es una ventaja, porque, como dijo alguien, «es mejor que los hayan metido presos por lo que no hicieron y no por lo que hicieron». Cuando nos prohibieron **Cinco dedos** yo hice lo mismo que con **Me tenés podrido Argentina**, presentar un recurso de reconsideración. No me había dado cuenta de que las circunstancias no eran las mismas y lo siguiente fue un decreto disponiendo la prisión de Kuki y mía, y la de la que por entonces era la mujer de Roa Bastos que trabajaba con nosotros en la colección infantil pero que ya estaba en Francia, Amelia Hannois. Y así nos vinieron a buscar, encubiertos en un decreto. Felizmente no fue una desaparición ni un secuestro, tocaron el timbre, nos llevaron de la oficina a Seguridad Federal y no nos maltrataron en absoluto, salvo el maltrato normal que deriva de estar en esa situación de incertidumbre. Fueron cuatro meses y una semana. Hubo una reacción muy fuerte de los editores del exterior. Lo manejó todo Rogelio García Lupo, no sólo un querido amigo sino un brillante periodista. Se instaló en la oficina y dijo: «Si aquí empiezan a adherirse Cortázar y todos los demás, no salen más». Entonces lo que se organizó fue una queja profesional de las editoriales con las que teníamos trato. Como habíamos comprado muchos libros en el exterior fueron saliendo declaraciones muy fuertes de sindicatos de editores. En ese momento el director de la Feria de Francfort -que es director todavía-, Peter Weidhaas, estaba casado con una argentina, muy consciente de lo que pasaba. Entonces a la semana de estar presos nos hicieron representantes de la Argentina y nos mandaron los pasajes para Francfort con una nota dirigida a Videla donde de-

cía que aunque la Feria comenzaba en octubre podíamos viajar cuando lo consideráramos conveniente, que ellos se hacían cargo de nosotros. Una cobertura que fue sumamente útil y de tipo profesional, que era lo que correspondía porque ninguno de los dos éramos militantes. Y eso aceleró la salida que terminó de apurar la firma de los convenios para televisar el Mundial del 78.

—¿Cómo?

—Porque vino por la televisión francesa un francés que había sido editor y que estaba en Buenos Aires cuando nos metieron presos y que dijo «yo no firmo los convenios para televisar el Mundial si no me llevo al señor y a la señora Divinsky conmigo». El tipo de la Marina que estaba en ATC no tenía la más puta idea de quiénes éramos ni de qué pasaba. Fue un funcionario de incógnito de la embajada francesa para averiguar si sabían dónde estábamos y sabían perfectamente. Finalmente se llevó los convenios, salió el decreto de nuestra liberación para el 20 de



junio -Día de la Bandera- y entonces él mandó los convenios firmados desde Brasil. Y ahí mi mujer dijo que ya nos pasó, que no nos iba a volver a pasar y que nos quedamos. La convencí de salir por todos los medios, teníamos un hijo de dos años y medio, y ya al salir me di cuenta de que no iba a volver por un largo tiempo. Fuimos a Caracas y ahí es donde Ángel Rama me propuso quedarme a trabajar con él en la Biblioteca Ayacucho y a mi mujer le propusieron colaborar en una editorial de libros infantiles, pero eso tenía que ser a partir de enero del 78. Entonces fuimos a Francfort y a la vuelta nos instalamos en Caracas. Ángel Rama había sido mi maestro en los cursos de Buenos Aires y en Chile; además había hecho una gran amistad con él. Era un maestro en el aspecto editorial también, porque era un tipo que con su enorme cultura literaria y demás no descuidaba vender los libros como si fueran suéteres. Y así manejó Arca, que fue la primera editorial que publicó a García Márquez. Él era el director literario de la Biblioteca Ayacucho y yo me hice cargo de la distribución y de la difusión de la colección.

—Las prohibiciones continuaron mientras estuvieron presos y en un mo-

mento dado Kuki tuvo como compañía a Norma López Rega y Daniel a Adolfo Pérez Esquivel. La editorial se sostuvo bajo la batuta de la suegra de Divinsky, Elisa Miller, un personaje entrañable varias veces evocado en libros, personas, vida y en la edición de homenaje que la Universidad de Guadalajara hizo a De la Flor y a sus inventores.

—Sí, estando presos nos prohibieron, por nihilista y contraria a los valores familiares, una novela de Griselda Gábaro, **Ganarse la muerte**. Por ser la editorial contumaz en la publicación de libros de esta índole nos impusieron una clausura de treinta días que nunca se hizo efectiva. Esto era todavía estando la editorial en la calle Uruguay porque se mudó en nuestra ausencia. Pero mi escritorio pasó de Uruguay a Anchoris con los cajones cerrados y todo estaba en su lugar. Entonces, en el 82, durante una vuelta al país yo fui a declarar a La Plata. La actitud del secretario del juzgado fue muy amable, ya se había reanudado la actividad política, esto fue al final de Malvinas y el secretario le dijo a mi abogado: «¿Qué barbaridad, hacer un proceso por unos libros! Bueno, eran otras épocas». Volví a Venezuela, donde estuve todavía un año antes de instalarme definitivamente en septiembre del 83.

—¿Ahí comenzó con el radio? ¿Cómo era tu vida cuando regresás?

—En Venezuela era bastante común que se organizaran movimientos independientes en apoyo de un candidato, sin saber el partido, personas de alguna actuación, sin militancia política. Entonces se arma un movimiento independiente de apoyo a la candidatura de Alfonsín en Venezuela y viniendo -porque todos teníamos proyectado volver en el curso de ese año 83- se contactó una cantidad de gente suelta que andaba por aquí, muchos que venían del Partido Socialista, Dardo Cúneo hijo y demás... Bueno, eso fue creciendo y lo armamos, se juntó una cantidad de firmas, se hizo un apoyo muy activo y cuando asume Alfonsín me llama Germán López, que era su secretario de gobierno, y me dice que había pensado en ofrecermelo una radio. Yo lo único que sé de una radio es escucharla y me dice: «¿Te parece que sabes menos que un coronel, que es el director actual?», y así me metí en esa historia.

—¿Cuando hacés la radio te dedicás a la editorial?

—No, mi mujer se mete hasta las orejas en la editorial para rescatarla. La editorial estaba trabajando cuatro horas por día, no nos iba a dar para vivir; ésa era la situación. Y yo me meto en la radio con el criterio de que todo lo que había estaba mal y había que hacerlo de nuevo pero al mis-

mo tiempo con bastante desinformación sobre la oferta del medio, entonces empiezo a observar, a ver, a preguntar y a tratar de hacer la cosa lo más multicolor posible. Sin darme cuenta de que después de tantos años en blanco y negro lo multicolor sonaba totalmente subversivo, entonces pasaron todas las cosas que pasaron, la bomba que pusieron... Mientras tanto sacamos **Los Pichiciegos** de Fogwill, la primera novela que se publica sobre Malvinas que nadie se había atrevido a publicarla.

—¿Cómo encontrás ahora el mercado en relación con esa época?

—Creo que el mercado no existe. No existe ninguna posibilidad de transgredir los criterios dominantes en los cuales la autoayuda y la mierda dominan. Nosotros tenemos una librería desde hace dos años y medio en Belgrano y un estancito de autoayuda había que poner. Pero fue creciendo como la marabunta, ahora es la parte de atrás de la mesa de las novedades, debe ser un cincuenta por ciento de la facturación de una librería que vende mucha literatura y demás. De repente aparece alguien buscando una cosa que se llama **El caballero de la armadura oxidada** y me vengo a enterar de que es un libro de ésos; son muchísimos, para no hablar de Louise Hay. En estos momentos uno se mueve en los márgenes del sistema. La editorial tiene un nicho propio todavía que es el humor gráfico, donde no tenemos competencia. Entonces con lo que eso produce vamos apostando fichas a otras cosas más difíciles.

—Por ejemplo, ¿cuál es una apuesta para este año?

—El traductor, la novela de Salvador Benesdra que es una maravilla total, un libro fascinante. Yo empecé a leer el manuscrito, que era un mamotreto, el día que leí en el diario que se había suicidado. No lo conocí, me lo había traído un amigo de él. Y, curiosamente, una novela que ganó el premio del Sindicato de Porteros, que se llama **La voz amiga**, de Sergio Rosenberg, que es absolutamente deliciosa. Vamos a reeditar **Lo impenetrable** de Griselda Gábaro que hace tiempo que está agotada.

—Pero, por ejemplo, cuando sacás El amor último, un libro sobre el acompañamiento de enfermos terminales, ¿pensabas que podía haber un efecto relacionado con la new age?

—Cuando le conté todos los problemas que me planteaba la lectura del original en francés a mi analista él me dijo: «Usted sabe que hay 340 instituciones formando asistentes terapéuticos para acompañamiento de enfermos terminales?». Entonces no vi que fuera tan absurdo publicar un libro para gente que estaba en eso. Son cosas que no pueden explicarse en ningún otro ramo. Buena parte de los libros que encontrás en mi catálogo reciente son hijos del suceso enorme de **Toda Mafalda**, un libro gordo que costó mucho más caro que cualquier otro de todo el catálogo, que se vendió muy bien y que me dio un margen. Yo no fumo, bebo poco, entonces mi timba es apostar a libros que me gustan.

—¿Cuáles fueron las apuestas de este año?

—Es un libro absurdo, que puede ser un best-seller, que a vos no te va a gustar un carajo. Se llama **Mujer soltera busca hombre impotente para relación duradera**. Es de una periodista alemana, muy gracioso, una novela que ha vendido millones en Alemania, la leí en francés, me causó gracia el título y la leí de un tirón. Es una mina que se cansa tanto de los avances sexuales de los tipos que decide buscar un impotente por el diario, entonces se trata de las distintas relaciones con los tipos que se van presentando, contadas con muchísima gracia. Y la novela de Germán García, cosa que me genera mucha ilusión porque temí que esta reformulación fuera muy lacaniana y no, es preciosa, se lee muy bien.

—¿Querés agregar algo más?

—Tal vez tendría algo que callar. ■

LA GANDHI

HÉCTOR LIBERTELLA: JACULATORIAS O EL ARTE DE LANZAR DARDOS

POR ADRIÁN CANGI

COMO BUEN INTEGRANTE DE LAS MINORÍAS LITERARIAS -CUYO ESPACIO SUELE INVENTAR CON UN ADEMÁN FESTIVO-, HÉCTOR LIBERTELLA PIENSA QUE EL MERCADO SE CONSTITUYE ALLÍ DONDE HAY UN SOLO INTERLOCUTOR. O QUE ES COMO UN GRAN SALÓN DE BAILE DONDE LAS PROSAS BAILAN CADA UNA A SU MANERA «EL BAILE DE LAS LOCAS». O COMO UN ENORME JARDÍN PLURALISTA DONDE CONVIVEN LA ROSA, EL GLADIOLLO, EL BAOBAB Y EL YUYO.

Se puede sentir el patio como una estancia en el barrio de Palermo. Inesperadamente cordial, Héctor Libertella se presenta con un gesto de confianza construido en el arrabal. Dueño de una prosa implacable y filosa, que en su camino al centro no ha dejado de lanzar, en su propio lenguaje, «jaculatorias», es decir, pequeños dardos verbales al vacío, pequeños disparos a la sien del mercado. Publicó las novelas *El camino de los hiperbóreos* (Premio Paidós, 1968), *Aventuras de los misticistas* (Premio Internacional Monte Ávila, 1971) y *Personas en pose de combate* (1975); los libros de relatos *¡Cavernícolas!* (1985) y *El paseo internacional del perverso* (Premio Juan Rulfo, 1986). Entre sus varios libros de ensayos y conversaciones se destaca *Las sagradas escrituras* (1993).

Recientemente ha compilado los dos volúmenes de la colección Ficciones de la editorial Perfil, donde se destaca especialmente *11 relatos argentinos del siglo XX (una antología alternativa)* (1997) por la afinada selección de sus textos y, en algunos casos, por lo dificultoso de su acceso.

Próximamente será publicada su novela *Memorias de un semidiós*.

Ha sido profesor en la Universidad de Nueva York y en la de Méjico, tanto como editor en distintas casas de América.

—Las minorías literarias, aquellas que en tu prólogo a 11 relatos argentinos del siglo XX definiste por su gramática especial, su fraseo bizarro, su singularidad estilística, su sofisticada violencia a las convenciones de los géneros, su transversal erudición, su estrategia de invisibilidad, ¿qué relación guardan con las llamadas vanguardias y con la homogeneizadora experiencia del mercado editorial?

—Te agradezco la pregunta porque varias de las cosas que dije en ese prólogo merecerían clasificarse más en detalle. Como una actividad de entomólogo, del que separa y valora insectos según especies. Y las minorías literarias son una especie de mosca molesta que siempre anda rondando el plato caliente de la literatura. Aunque, pensándolo bien, hoy por hoy como están las cosas te diría que la literatura toda es una especie de mosca molesta en el plato caliente de la comunicación. En mis años en Méjico escuché una metáfora que me dejó pensando: Octavio Paz sería el rey azteca que está adentro del templo y todo alrededor, por afuera, circulando con sus taparrabos en medio del campo, estarían los demás escritores (Carlos Fuentes incluido), como tribus nómades de tarahumaras a las que les está vedado el ingreso al sanctasanctórum. Una manera de pensar el centro y, en ese mismo acto, la periferia. Por supuesto que para mí, argentino, ese templo es un templo virtual: sus paredes son un holograma y su concreción es tan ilusoria como terminó siendo el espesor macizo y casi «inexpugnable» del Muro de Berlín cuando cayó la Unión Soviética. Debo pensar esto porque aquí en Argentina el rey azteca es un perfecto marginal, un descentrado cualquiera. Y esto es algo que retomo de ese prólogo: el rey Borges es un producto caprichoso y lateral en las llamadas literaturas universales, y Argentina es un país caprichoso por el solo hecho de haber elegido a ese hombre como su figura central. ¿Dónde está aquí el templo?

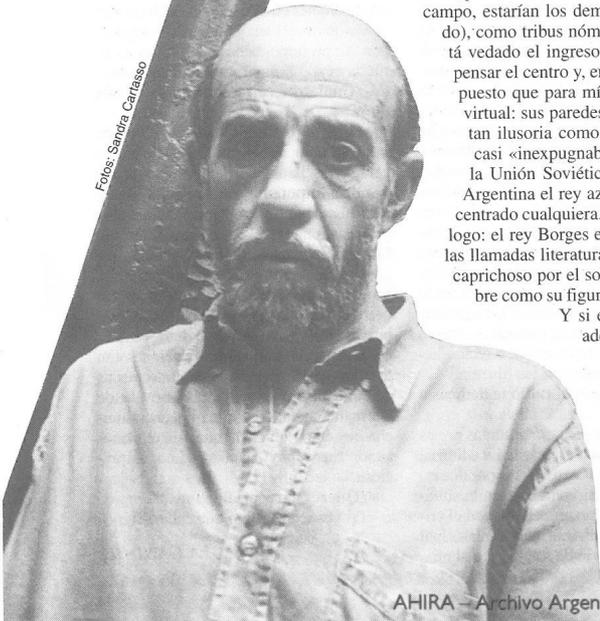
Y si está en algún lado ¿qué afuera y qué adentro separan sus paredes?

—¿Es posible pensar las escrituras marginales como verdaderas escrituras del desastre (Blanchot) que en su condición de ilegibilidad experimentan esa singularidad tan extrema que le da a la obra una caducidad immanente? (Escrituras, en tu lenguaje, «patográficas» o que gozan con el morbo de la letra para terminar en la corrupción de sus tejidos.)

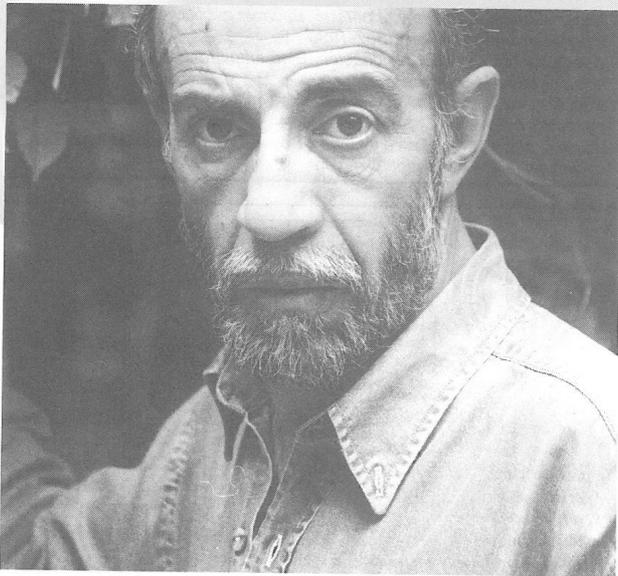
—Son escrituras de la desaparición. También la literatura terminó su etapa de inflación, de adiposidad, y vuelve a roer en fino su propio hueso, se replegó sobre sí en una etapa que, por un rato, se me hace de laboratorio. De revisarse. Aquí yo veo el desierto por todos lados, lo que nos caracteriza: la pampa, esa «gran llanura de los chistes» que anunciaba Osvaldo Lamborghini. Para volver a Méjico: la arqueología tiene un gran yacimiento allí. Todos los días se descubren fastuosos templos que dejaron los indios como recuerdo de su paso por el tiempo. El único templo que nos dejaron nuestros indios acá en el sur es El Desierto, más maravilloso que todas las construcciones del hombre. Ésa es la condición elegante, *light*, un poco displicente del indio sureño: no haber tocado ni un punto ni una coma a la sintaxis del orden natural. Y si por razones étnicas, geográficas, sociales y políticas, o lo que sea, Argentina es un país marginal, la condición elegante y *light* de muchos escritores como Borges es no haberle cambiado ni un punto ni una coma a *pathos* también marginal de nuestra naturaleza literaria. Una condición, yo la llamaría, además de elegante, «civil». Más allá o más acá de Borges, si aparece un Macedonio que además quiere señalar esa condición, reduplicarla y llevarla a los límites de un modelo, entonces estaríamos ante un caso de militancia, ya no de civilidad. Por eso tiendo a creer que Macedonio es un vanguardista, por lo mismo que hace de la literatura una militancia, el deliberado dibujo de una forma que se señala a sí misma con el dedo y hasta guarda en su interior un gesto docenete: «Mírenme. Yo soy un Extremo posible». Ese gesto patético (torcer la naturaleza ambigua de la literatura para convertirla en una actividad propedéutica; darle carácter y orden militar a lo que coquetea con la inestabilidad) no lo veo en otros autores posmacedonianos. Pienso en un espacio amplio, una especie de constelación donde titilan nombres como Wilcock, Copi, Osvaldo Lamborghini, no sé, Néstor Sánchez... Ellos respiran con toda naturalidad la condición excéntrica de su oficio en un país marginal, periférico en geopolítica pero central en literatura, para establecer alguna especie de silogismo: si a es a', entonces b es a. Por eso algunos se han convertido en autores de culto y otros ya son «ilustres» que circulan de boca en boca entre las mentes más claras y cesibles de nuestra generación a fin de siglo. En cuanto a eso que decís de que el mercado homogeneiza te contestaría con algo que estoy usando como muletilla desde hace un tiempo: «Allí donde haya un interlocutor, un solo interlocutor, allí se constituye el mercado». De manera que no son las cifras, ni las estadísticas, ni las ventas, ni la transpiración pública del escritor buscando difundirse las que determinan dónde está ese ubicuo llamado Mercado. Tiendo a pensar que también aquí las paredes que separan lo que quedó adentro de lo que quedó afuera son invisibles. En todo caso, el mercado podría ser visto con un ojo más blando como un gran salón de baile donde las prosas bailan cada una a su manera «el baile de las locas». O como un enorme jardín pluralista donde conviven la rosa, el gladiolo, el peligroso baobab que te come y hasta el yuyo malo. Y, como lector, uno puede caminar relajado por los senderos de ese jardín como quien estira un poco las piernas por un parque... gráfico.

—¿Creés que estos textos tan singulares como trágicos deban su potencia mítica a su condición de retaguardia? ¿Te parece posible sostener esta idea? ¿Es posible pensar la existencia de una retaguardia de la literatura nacional, así cuanto existe una condición de arrabal en estas escrituras?

—Es curioso esto que decís de una retaguardia. Pero de todos modos la palabra me evoca algo también militante: un lugar, una estrategia posicional en un combate dado. Y yo no veo en autores como Dabove, el Perlongher prosista, César Aira más que un indolente discurrir. Sí digo que hay, por supuesto, literaturas que tardan un poco más que otras en llegar del arrabal al centro. Pero esto no deberá entenderse como que son escrituras «arrabaleras». A menos que la gente que vive en los arrabales sea la gente que tiene más «calles». Y en ese caso sí se trataría de un grupo de escritores con mucha calle literaria. Arrabal explícito como unidad teatral de lugar hay en *El frascito* de Gusmán, pero la elaboración es hipersofisticada. Muchos otros se constituyen en lo exótico, cuanto más lejos del bajo fondo mejor. Por ejemplo María Moreno haciéndole una transbiografía a Dolly Skeffington en el París de la *belle époque*. Aira diseñando en Nueva York al extraño pianista Cacil Taylor, Wilcock dedicado a un *regisseur* catalán y sus ilusiones puestas en Europa. Pizarnik, en su única ficción en prosa, pro-



Fotos: Sandra Carrasco



yectando la melancolía argentina a una lejana condesa centroeuropea. No sé cuánto tendrán que ver con la vieja receta de Borges cuando trasladaba a la India una historia en un conventillo de la calle Paraná para que su inverosimilitud fuera más tolerable. Llevar las cosas a su nadir o su opuesto para ponerlas a prueba de los ojos, lupas y balas de la crítica.

—¿Pensás que la estrategia de estas singularidades es ser reconocidas en la centralidad del mercado o que constituyen inseparablemente una política de invisibilidad que se corresponde con su contenido de ruina?

—Alguien me traía el otro día una paradoja: el único individuo que no puede construir una bodega en su casa es el enfermo alcohólico, porque esa bodega siempre estará devastada y será una ruina antes de inaugurarse. Estos escritores llevan a cuevas una paradoja parecida. Se bebieron toda la literatura y no aspiran a inaugurar sus Obras Completas. Todo en ellos es proceso invisible de lectura. Es lo que no está dicho, o bien lo que sólo está dicho entre líneas, lo que hay que adivinar en el texto de los otros, lo que los otros no pudieron escribir. No sé si aspiran a ser centrales. Para mí sí lo son pero (otra paradoja) sólo como resonancia, como un fantasma. ¿Te acordás de la definición de *retombée*? consecuencia de algo que no se ha producido, o eco que precede a un sonido. Ellos ya son la literatura que nadie sabe si vendrá.

—¿Pensás el estilo como una de las resistencias del tiempo frente a un escritor (Lezama)? ¿Cómo vincularías este enunciado a la frase de Osvaldo Lamborghini que citás en la revista Confinés: «La Argentina no es ninguna raza ni nacionalidad, sino puro estilo y lengua.»?

—Qué increíble. Muchas veces he citado esa frase de Lezama sin saber muy bien qué quiso decir con eso. Me parece que en el fondo yo estaba haciendo una práctica también lezamesca: tirar citas oscuras al aire, arrojar pequeños dardos verbales, jaculatorias, cosas un poco enigmáticas para que todos lleguemos juntos a una comunidad indecifrada de lecturas. Sólo puedo adivinar que el estilo, cuando sobrevive en un escritor, es un elemento resistente de su adolescencia que ni la madurez ni la sabia decrepitud pudieron, digamos, abolir en él. El estilo es la etapa adolescente de la literatura: puro reflejo del estanque del Narciso. Como diría

Barthes, pura biología, pasado, sexo, familia. Una fuerza ciega que se hunde en lo más remoto del individuo y no reconoce el control de la lengua y sus convenciones. A lo mejor Osvaldo estaba diciendo lo mismo en su frase: todavía no somos Nación, no somos sistema; sólo un tipo de fraseo, una inflexión de voz, un vagido de bebé. No sé. Una forma de la fiaca, tal vez, porque todavía no hemos aprendido a trabajar el delicado cruce entre la voz y el género, sus mutuos filtros, la per-versión del que se piensa otro.

—¿Seguís pensando, según tus términos, en un «pacto de sangre en el mercado» y en «una bolsa común de lecturas» realizados por estas prácticas singulares?

—Claro. El pacto de sangre es el pacto de amor en una letra que transmigra de unos a otros. La más bella historia de amor rojo: Drácula clavando sus colmillos en el cuello de la literatura y dejando a todos adictos, por todas partes atacados del mal de la letra, poseídos por una práctica que los tomó de cuerpo entero. Y la bolsa común de lecturas habrá que verla como un cuadro donde todos aparecen retratados y sonrientes, y detrás de ellos, de fondo, se erige una Biblioteca de Babel. Es la Biblioteca Total que los arma como a *golems* o a robots. Después, sólo después, vendrán sus formas únicas, personales, privadas y diferenciales de leer esa biblioteca. Éste es otro asunto que alguna vez formulé como programa: ¿cómo leer lo que los escritores leen?

—¿Qué relación guarda hoy tu obra de ficción con tu obra crítica? ¿Cuál es tu posición ante aquella idea expuesta en *Literal* de no confundir «diferencia con frontera» a la hora de pensar las relaciones entre crítica poética y ficción?

—Hace años, al principio de uno de los primeros talleres literarios que coordiné, le propuse a los participantes un juego para estirar los dedos: a ver cómo hacían ficción de un trozo teórico impenetrable; a ver cómo transformaban un cuento en ensayo. El resultado fue espeluznante, y entonces me quedé yo con el encargo. Acordate de que cualquier cosa puede tener un carácter narrativo porque, al fin y al cabo, el relato es una de las formas clásicas, intocadas, de entender e interpretar. Desde las parábolas bíblicas en adelante. ¡Si hasta los sueños se suelen interpretar según un régimen que se parece al del relato! En esta vida cada uno se hace un cuento de sí mismo, tal vez para sobrevivir en sociedad gozando de los privilegios de cierta «identidad». Esa identidad es la que pone en juego las nociones de diferencia y de frontera con los otros. Yo -te soy sincero- desconfío mucho de esos hábitos narrativos que han sido el vicio típico y la rutina de toda literatura. Por mi propia patología (que no sé cuál es) preferiría una práctica de ficción donde no se ponga en juego ninguna identidad sino más bien una cosa de «entidad», cierto escribir como un ente que todavía no tiene imagen de sí mismo y por ese motivo es como una célula fotoeléctrica que registra y se deja armar por las cosas del mundo. Alguien sin nombre ni apellido. Por eso mismo la pesada carga de los hábitos narrativos se la echo al ensayo literario (siempre tan apodéctico, como si alguien se creyera la trivialidad de su propia doxa y necesitara, además, transmitirla con parábolas) y retengo para mis ficciones la emoción de algo que siempre tiene la nostalgia de un dibujo, un cuadro, una sonata. En fin, andar medrando un poco en aquello que es falta, o lo que siempre le falta a la literatura. Recuerdo ahora la intriga y la preocupación de Freud cuando se preguntaba: «¿Por qué será que mis historiales clínicos se leen como novelas?». Tal vez cuanto menos se piense en las fronteras genéricas más a la vista quedarán los cuerpos como diferencias, ¿no? ■

SERIE BREVES

La izquierda en la era de karaoke,
de Bobbio, Vattimo y otros

El capitalismo argentino,
de Aldo Ferrer

Hechos y ficciones de la globalización,
de Aldo Ferrer

Políticos, periodistas y ciudadanos,
de Heriberto Muraro

Cosmopolitas o patriotas,
de Martha Nussbaum, Richard Rorty y otros

El hilo de la razón,
de Ralf Dahrendorf y otros

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Pasiones nacionalistas
de Carlos Floria

Pan y afectos. La familia en el siglo XXI
de Elizabeth Jelin

Fondo de Cultura Económica

El Salvador 5665 - Tel.: 771-8977 / 775-2790

e-mail: fondo@fce.com.ar



Editorial de Belgrano

Obras de reciente aparición

A FUEGO LENTO, Mario Paoletti

Dos semanas de 1977 en la cárcel de Sierra Chica, en el momento más duro de la represión. El autor logra una magnífica recreación del infierno carcelario sin agobiar ni desesperar al lector. 272 páginas.

POÉTICAS ARGENTINAS DEL SIGLO XX. Literatura y Teatro.

Jorge Dibatti (compilador)

Una invitación al teatro y las letras de nuestro país en fronteras abiertas y caleidoscópicas. 444 páginas.

SOMBRALUNA, Eduardo Galli Mainini

"Es una novela fuerte, despiadada y poética a la vez. Las historias que narra se entrelazan en un mundo emblemático, con sus terribles realidades". Ernesto Sabato. 376 páginas.

CUANDO ES PRECISO SER PADRES.

Ricardo Levy-Lilian Banderas

Ofrece pautas orientadoras para padres y también para todos aquellos que en sus manos el cuidado, protección, guía y formación de niños, incluyendo a los educadores y profesionales de la salud. 340 páginas.

LOS FERROCARRILES ANTE EL SIGLO XXI.

Juan A. Roccatagliata

El fin de siglo ha "redescubierto el ferrocarril". La obra analiza la experiencia internacional y reflexiona sobre el caso argentino, la crisis del sistema y el proceso de concesión de la red de capital privado. 450 páginas.

LA INSEGURIDAD SOCIAL DE LOS ARGENTINOS.

Luis E. Malacrida

Profundo análisis de las causas que provocaron el empobrecimiento de millones de argentinos, desprotegidos en su vejez por el Sistema Nacional de Prevención. 228 páginas.

Pedidos a: Av. Federico Lacroze 1959 P.B.
(C.P. 1426) Bs. As. Tel/Fax: 775-8788

Una invitación a la reflexión

Giulia Sissa

El placer y el mal: filosofía de la droga

¿Estamos hechos para gozar todo lo que somos capaces, al máximo? G. Sissa pone en juego la filosofía antigua para interrogar el placer de las drogas, analizando también los testimonios de Quincey, Burroughs y Freud en tanto variaciones sobre este tema filosófico: el deseo es insaciable, el placer es negativo, o sea, ausencia de malestar. En ese doble movimiento de la filosofía a la experiencia y de lo vivido a lo reflexivo, este libro esboza una historia del goce en Occidente.

Leo Bersani

Homos

Bersani, uno de los más importantes críticos culturales contemporáneos de Estados Unidos, se ocupa en este ensayo de la homosexualidad en la cultura moderna. El autor argumenta a favor de una presentación más audaz de lo que significa ser gay y advierte sobre los peligros de cualquier tipo de identificación grupal. (Fecha de publicación: agosto)

MANANTIAL

Libros



UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Publicaciones recientes

- Juan María Gutiérrez, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. 1868*
- Elías Palti, *"Giro lingüístico" e historia intelectual*
- José María Simonetti, *El ocaso de la virtud*
- Bernardo Kosacoff et al., *Estrategias empresariales en tiempos de cambio*
- Susana Finquelievich y Ester Schiavo (comps.), *La ciudad y sus TICS. Tecnologías de Información y Comunicación*

Publicaciones de próxima aparición

- Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*
- Gabriel Cohn, *Crítica y resignación. Elementos fundamentales de la sociología de Max Weber*
- Ariel Armony, *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*
- Bruno Amable, Rémi Barré y Robert Boyer, *Los sistemas de innovación en la era de la globalización*



Jaques Derrida
Aporías

David Gauthier
Egoísmo, moralidad y sociedad liberal

Maurice Godelier
El enigma del don

Giacomo Marramao
*Cielo y tierra
Genealogía de la secularización*

Ulrich Beck
Qué es la globalización?

R. Heilbroner y W. Milberg
La crisis de visión en el pensamiento económico moderno

Adam przerworski y otros
Democracia sustentable

Francis Mark Mondimore
Una historia natural de la homosexualidad

Hershel Shanks
Los manuscritos del Mar Muerto

Edward C. Whitmont
El retorno de la diosa

Elina Dabas
Redes sociales, familias y escuelas

Mabel Burin e Irene Meler
Género y psicoanálisis

Isidoro Vegh
Hacia una clínica de lo real

Jaques-Alain Miller
Los signos del goce

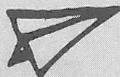
Jaques-Alain Miller
Elucidación de Lacan

Cecilia Moise
Prevención y psicoanálisis

Defensa 599 1º piso. Tel y fax: 331-2275/9008 331-9399 342-6997
Buenos Aires (1065) Argentina

EDICIONES EL CIELO POR ASALTO

Sarmiento 3433 (1196) Buenos Aires



LAS NOVEDADES DEL CIELO (Plan editorial)

TONI NEGRI

Crisis de la Política Escritos sobre Marx, Keynes, las crisis y las nuevas subjetividades

DARDO SCAVINO

La idea materialista Para una crítica del nihilismo

R. BLACKBURN/F. HALLIDAY/B. KAGARLISKY/E. LACLAU/J. SAZBÓN
H. TARCUS/R. GRAZIANO/R. ASTARITA/EZEQUIEL ADAMOVSKY (ED.)

Octubre hoy: Conversaciones sobre la idea comunista a 150 años del Manifiesto y a 80 de la Revolución Rusa

AXEL BARSTZ/EUGENIO MORENO

La Revolución de Octubre Materiales para un debate

GUILLERMO FANTONI

Arte, vanguardia y política en los '60
Conversaciones con Juan Pablo Renzi

ARIEL PETRUCCELLI

Ensayo sobre la teoría marxista de la historia

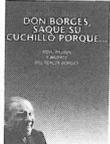
EDITORIAL GALERNA



HABLA COPI

HABLA COPI

Homosexualidad y Creación
José Tcherkaski



DON BORGES SAQUE SU CUCHILLO PORQUE...

Vida pasión y muerte del tercer Borges
Rodolfo Braceli

Estudios sobre teatro iberoamericano y argentino
Oswaldo Pelletieri (editor) "TEATRO Y SU CRÍTICA"

Galerina S.R.L. Charcas 3741 (1425) Bs. As.
Tel.Fax:831-1739/4458 832-6693 833-3100 (líneas rotativas)

NOVEDADES



Bolivar 547 Piso 3º of.1
(1066) Telefax: 331-1945
Buenos Aires - Argentina

Manual Teórico Práctico de Investigación Social

Apuntes Preliminares
Gloria E. Mendicoa (comp.)

Integración o Desintegración Social en el Mundo del Siglo XXI

Raquel Castronovo (coord.)

Promoción Social Comunitaria

Alberto Diéguez y equipo de investigación

Flexibilización Laboral y Crisis del sindicalismo

Arturo Fernández

La función Social de la locura

Una mirada desde el Poder
Varios Autores

Una perspectiva Teórica Metodológica de la Intervención en Trabajo Social

Margarita Rozas

Mercosur e Impacto Social en Latinoamérica

Jornadas Nacionales de Trabajo Social
Mar del Plata - Octubre 97
Varios Autores

Salud Comunitaria

Diagnóstico - Estrategia - Participación
Susana Conde - Mabel Leal - Sandra Schmunk

Familia y Trabajo Social

Enfoque Clínico e Interdisciplinario
Carlos Eroles y equipo



Ediciones Nueva Visión

Antonio Gramsci



Los intelectuales y la organización de la cultura

Nueva Visión

Antonio Gramsci



El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce

Nueva Visión

Antonio Gramsci



Notas sobre MAQUIAVELO sobre la política y sobre el Estado moderno

Nueva Visión

R. Lo Iudico y A. Barbato

Ginecología Frigotto

Jaime Martínez Bonajé

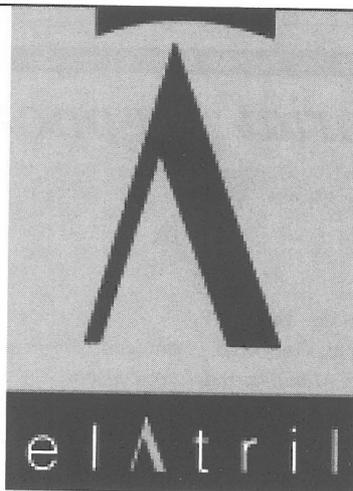
Maria C. Davini

Jaime Talis (Coord.)

Presenta sus colecciones

- Investigaciones sobre formación docente
- Retardo mental y educación especial
- Psicopedagogía & aprendizaje
- Enfoques en educación
- Educación, crítica y debate
- Educación internacional
- Pedagogos y pedagogías
- Aprendizaje y subjetividad
- Políticas Públicas

Nueva dirección:
Pasaje José M. Giuffra 339 - (1064) San Telmo - Capital
tel/fax 361-6743 - mydavila@overnet.com.ar



DISCOS COMPACTOS

libros gandhi

Corrientes 1551
Buenos Aires ARGENTINA
Tel. (54 1) 371-2235
Fax (54 1) 855-0894
Email.jschjaer@cvtci.com.ar

Colección "Archivos"

- **La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX.** Francine Masiello, comp.
- **La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del '80.** Bonnie Frederick, comp.

Colección "Temas Contemporáneos"

- **Feminismo/posmodernismo.** Linda J. Nicholson, comp.
- **Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual.** Diana Maffia y Clara Kuschnir, comps.
- **Acción pública y sociedad. Las mujeres en el cambio estructural.** Haydée Birgin, comp.

Colección "Literatura y Crítica"

- **Escritoras y escritura.** Ursula Le Guin y Angélica Gorodischer
- **El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti.** Cristina Iglesia, comp.
- **Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX.** Lea Fletcher, comp.
- **Báthory. Acercamiento al mito de la Condesa Sangrienta.** Isabel Monzón
- **Boca de dama: la narrativa de Angélica Gorodischer.** Miriam Balboa Echeverría y Ester Gimbernat González, comps.
- **Doña Catalina.** Miriam Balboa Echeverría [Teatro]
- **Lo propio y lo ajeno.** Diana Bellessi [Reflexiones]

Colección "Revista"

- **Feminaria**, en su XIº año, contiene teoría y reflexión, bibliografía, notas y entrevistas, opiniones, humor, arte; FEMINARIA LITERARIA: teoría y crítica literarias, cuentos y poesía



C.C. 402
1000 Buenos Aires
Argentina



editorial universitaria
de buenos aires



N. Goldman y
R. Salvatore (comps.)
Caudillismos rioplatenses
Nuevas miradas a un viejo problema
\$ 26



Jacques Derrida

Bernard Stiegler
Ecografías de la televisión
entrevistas filmadas
\$ 21



A. Green
La Metapsicología
Revisada
\$ 31

librería central

av. Rivadavia 1571, buenos aires
tel.: 383-8025 fax: 383-2202 e-mail: ventas@eudeba.com.ar



LIBROS DE TIERRA FIRME

- Jorge Aulicino:** LA POESÍA ES UN BELLO PAÍS (Antología)
Diana Bellessi: SUR
Juana Bigozzi: LAS POETAS VISITAN A ANDREA DEL SARTO
Miguel Angel Bustos: DESPEDIDA DE LOS ANGELES (Antología)
Leopoldo Castilla: BANIANO
Daniel G. Helder: (TOMAS PARA UN DOCUMENTAL)
Martin Prieto: LA FRAGANCIA DE UNA PLANTA DE MAÍZ
Roberto V. Raschella: TIMIDA HIERBA DE AGOSTO
Daniel Samoilovich: RUSIA ES EL TEMA (Antología)
Roberto Santoro: INFORME SOBRE SANTORO (Antología)
Alberto Szpunberg: LUCES QUE A LO LEJOS



Distribuidor: EDITORIAL CELTIA
Tel.: 771-0085 // 772-6685
E-Mail: celtia@gedisa.com
Internet: www.gedisa.com

NOVEDADES

AGOSTO-SEPTIEMBRE

EL SACRIFICIO Y LA ENVIDIA. El liberalismo frente a la justicia social
Jean-Pierre Dupuy

CONOCIMIENTO E IMAGINARIO SOCIAL
David Bloom

SOCIOLOGÍA SIMÉTRICA. Ensayos sobre ciencias, tecnología y sociedad
M. Doménech y F. Tirado (comps.)

TALLER DE ESCRITURA PARA CINE
Lorenzo Vilches (comp.)

COMUNICACIÓN Y POLÍTICA
G. Gauthier, A. Gosselin y J. Mouchon (coord.)

LOS AVATARES DE "EL CORTESANO"
Peter Burke

Lee y difunde las publicaciones de

Editorial Argonauta



- Oliverio Girondo: *Antología*
Antonin Artaud: *Van Gogh, el suicidado por la sociedad*
André Breton: *Manifiestos del surrealismo*
Antonin Artaud: *Heliogábalo o el anarquista coronado*
D.H. Lawrence: *Poemas*
Álvaro Mutis: *Antología personal (Prólogo de Octavio Paz)*
Ítalo Svevo: *James Joyce*
Pichon-Rivière: *Psicoanálisis del conde de Lautréamont*
Jacques Lacan: *La familia (Prólogo de O. Masotta)*

DE PRÓXIMA APARICIÓN

- Francisco Madariaga: *Criollo del universo*
Mario Trejo: *Tangos públicos y privados*
Las revistas surrealistas argentinas (1928-1967):
edición íntegra de las revistas *Qué, A partir de cero,*
Ciclo, Letra y Línea y La rueda;
dirigidas por Enrique Molina, Aldo Pellegrini,
Enrique Pichon-Rivière y otros.

ESTAS PUBLICACIONES PUEDEN ADQUIRIRSE EN LIBRERÍA GANDHI

Distribución
EUDEBA (Editorial Universitaria de Buenos Aires)
Avenida Rivadavia 1573
Telefax: 383-8025 / 2202

CATÁLOGOS SRL
Avenida Independencia 1860
Telefax: 381-5708 / 5878

LOS "RAROS" DE LA FLOR SE CONSIGUEN EN GANDHI

El traductor. *Salvador Benesdra.* Primera y póstuma novela de quien se revela como uno de los nombres a tener en cuenta en la narrativa argentina del fin de siglo. Libertad, delirio y densidad en el relato del imaginario del "mácho" porteño y la "postmodernidad" empresarial.

La voz amiga. *Sergio Rosenfeldt.* Primer premio en el concurso de la Fundación Octubre. Jurado: Angélica Gorodischer, Andrés Rivera y Rodrigo Fresán. Una novela divertidísima y tersa, que marca la aparición de un escritor original y que atrapa con las andanzas de un post-adolescente y su extraña familia.

Como sobrevivir al viejazo de su marido. *Graciela Skilton.* Un enfoque humorístico de una experiencia común a muchas mujeres: el repentino ataque de falsa juventud que experimentan algunos señores, convirtiéndose en patéticos o divertidos "pendeviejos".

No juegues con fuego porque lo podés apagar. *Leo Masliah.* El teatro del cantautor uruguayo: varias obras que evidencian su excelente manejo del humor disparatado y delirante llevando el lenguaje a los máximos colmos como en sus novelas y cuentos.

Risas en el infierno. *Una lectura divertida de la Biblia. Daniel Samper.* Ilustrado por *Fontanarrosa.* Sátira e irreverente versión del Antiguo Testamento por el humorista colombiano de *El sexo puesto* y biógrafo oficial de Les Luthiers: incluye desopilantes diálogos de Dios con su mamá, quien le reprocha su inactividad y pereza y desencadena la Creación.

Quién te ha visto y quién TV. *Pablo Sirvén.* Una edición puesta al día de la primera -casi única- historia informal de la televisión argentina. A la crónica que cubre desde los orígenes hasta 1988 se suma el análisis de lo sucedido desde entonces, con especial énfasis en los cambios en la propiedad y manejo de los canales.

El lector apócrifo. *Roberto Ferro.* Un enfoque crítico original sobre los principales escritores latinoamericanos: de cómo el que lee está "constituido" por sus lecturas. Entre los muchos autores abordados, Rodolfo Walsh, García Márquez y César Bruto.



Ediciones de la Flor

Gorriti 3695 (1172) Buenos Aires Fax: 963-5616 Email: edic-flor@datamarkets.com.ar